

Elizabeth Gaskell
La Prima Phillis

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA PRIMA PHILLIS

ELIZABETH GASKELL

**PUBLICADO: 1864
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ANÓNIMO
EDICIÓN ORIGINAL: MADRID: LECTURAS PARA TODOS (1932)**

INTRODUCCIÓN

Isabel Cleghorn Stevenson de Gaskell nació en Chelsea en 1810. Empezó muy joven su carrera literaria como cuentista; su facilidad, su finura de observación, sus dotes descriptivas la llevaron espontáneamente de modo insensible a la novela. Su primera obra de este género, "Mary Barton", es ya una obra maestra. Era difícil en su época destacar en la literatura inglesa, una de las literaturas más gratas, más simpáticas y más honradas, porque daban una nota fuerte, heroica y romántica las novelas legendarias de Walter Scott, y pintaba magistralmente la sociedad inglesa William Thackeray y aun no estaba lejano Oliverio Goldsmith, que con su Vicario de Wakefield era como una visión anticipada de Dickens. Puede decirse que en estos nombres están sintetizados los caracteres, las notas más salientes de la literatura inglesa. Isabel Cleghorn, por efecto de una cualidad muy femenina; la capacidad de impresión, los tiene todos en mayor o menor medida, pero ninguno de ellos deja de aparecer a lo largo de sus tersas y apacibles páginas. Tan los tiene todos que parece como el punto de enlace entre Goldsmith y Dickens; en su novela "Ruth" ven muchos como una anticipación de "Los tiempos difíciles". Había llegado a conocer la capa más humilde del pueblo inglés, no por curiosidad de escritora, sino llevada por sus sentimientos caritativos, que le hacían acudir a los hogares más humildes y más pobres, a llevar, no sólo la limosna material, sino la de más quilates de la palabra y el consejo. Cuando la escritora evocaba los ambientes que tan bien conocía, no los recordaba de manera escueta, dura y esquinada, sino a través de los sentimientos que a ellos la condujeron, y hay en la pintura un tono de piedad, de dulzura, de tibieza de afectos, que ganan al lector, lo convencen y lo conmueven. Su inteligencia tenía un poder de comprensión

formidable; consecuencia de él es la sorprendente claridad, la diafanidad con que habla, sin perderse nunca en los miles de detalles que acumula meticulosamente, por tres razones convincentes: por amor a la descripción, por inglesa y por mujer. Esta claridad suya está teñida de una placidez, de una serenidad clásica, griega y latina. Este sentido clásico es un fenómeno muy característico en la literatura inglesa, que por su constancia contrasta con nuestras veleidades e ingratitudes hacia los modelos inmortales. Un sentimiento derivado de ella es la que da esa nota de sencillez, de concepto del paisaje, de amor al campo y a la naturaleza tan característica de la novela inglesa, que ha trascendido de ella en varias ocasiones a los pueblos latinos más cercanos, herederos más directos de la tradición clásica. Este sentido clásico se hace más patente que en ninguna de sus obras en "Cousin Phillis" (Mi prima Filis), publicada en 1864. Toda una época, un aspecto de la vida inglesa late en esta novela, que con ser tan inglesa es, sin embargo, de un concepto puramente clásico, toda ella es como un recuerdo de las pastorales de Longo, que probablemente la autora no leyó jamás, con la diferencia de que ella no ha hecho un idilio, sino una especie de templada y dulce elegía, al final de la cual brota el dinamismo, la recia voluntad, el ímpetu optimista británico. El asunto, sin que pierda interés un solo momento, parece que se diluye constantemente en la visión del campo, no un campo fantástico indeterminado, que la imaginación de la autora pinta a su antojo, sino un campo de labor, lleno de actividad, de faenas de movimientos, de rumor de trabajo, un campo que evoca la visión de las Geórgicas, a las que alude varias veces. Y la paz de la amable abundancia, del trabajo sereno, del hogar apacible y tranquilo. Una ráfaga de pasión lo conmueve todo. ¡Cuántas veces después de Isabel Cleghorn ha servido de motivo inspirador a tantos escritores esta perturbación de un ambiente tranquilo, esta caída de una piedra en aguas remansadas y quietas de vidas serenas! Pero ella, inglesa, enamorada de la fuerza de voluntad, no quiere guiñapos llorones, sino espíritus enérgicos que sepan encararse con la vida, capaces de seguir viviendo y saboreándola. Todo el regusto pagano que en muchos espíritus deja la influencia clásica se neutraliza así y se transforma en un sentido británico, en la visión amable del hogar, en escenas de familia, en todo ese encanto que sublimó Dickens en su "Cuento de Navidad", sentido tan permanente en Inglaterra, que tiene su representación plástica en esas estampas inglesas del XVIII y del XIX, suaves, gratas y apacibles, en las que nuestro Benavente ha visto, por boca de uno de sus personajes, la representación de

la felicidad posible acá en la tierra. Esta es la sensación que deja la lectura de "Mi prima Filis", que no por ello carece de la sal del humorismo, el tipo del muchacho que narra, los que admirablemente dibujados con toques ciertos, se adivinan a través del relato, tienen, a más de una gran finura, una gracia y una intención verdaderamente encantadora. Isabel Cleghorn contrajo matrimonio con Clergyman Guillermo Gaskell, de la confesión unitaria; desde su matrimonio, contra el ejemplo de otras escritoras, que conservaban como nombre literario su nombre de familia, siempre firmó con el de su marido. Algunos biógrafos quieren ver un retrato de él en el tipo de Ebenezer Holman de esta novela. Murió en Holybourne, el año de 1865, joven aún, en plena actividad literaria, admirada por toda Inglaterra, a pesar de que ya empezaba a ser gigantesca la figura de Dickens.

LA PRIMA PHILLIS

PRIMERA PARTE

Acaso uno de los mayores acontecimientos para un muchacho sea el de encontrarse por primera vez viviendo independiente. No creo haber estado en mi vida más satisfecho y orgulloso que a los diecisiete años, en un cuartito irregular situado sobre una pastelería, en la ciudad de Eltham. Mi padre se había separado de mí aquella tarde, después de haberme dado, con sencillez, pero con energía, unos cuantos consejos que habían de servirme de norma para la nueva vida en que entraba; iba a ser secretario del ingeniero director de las obras del ramal de ferrocarril entre Eltham y Hornby. Mi padre me había conseguido este destino, algo superior a su propia posición, o, mejor dicho, que aquella en que nació y se educó, porque por sus méritos de año en año ascendía en la consideración y respeto de las gentes. Mecánico de profesión, tenía mi padre talento inventivo y mucha perseverancia; había discurrido varias mejoras importantes para maquinaria para ferrocarriles, y no por puro lucro, aunque dentro de lo razonable, aceptaba lo que buenamente podía sacar de ello, llevaba a práctica sus ideas, porque decía que "hasta que no les daba forma no le dejaban en paz ni de día ni de noche". Y basta ya de hablar de mi padre; dichosa la nación que cuente con muchos hombres como él. Por herencia y por convicción, era un convencido "independiente", y ésta fue la razón, creo yo, de que me buscara alo-

jamiento en la pastelería, porque a su frente estaban las dos hermanas del pastor de mi pueblo, lo que consideró como una especie de salvaguardia para mi espíritu, al encontrarme expuesto a las tentaciones de la ciudad, con un sueldo anual de treinta libras. Mi padre, vestido con su traje dominguero, había perdido dos de sus atareados días para traerme a Eltham, acompañarme primero a la oficina y presentarme a mi nuevo jefe —que estaba obligado a mi padre por ciertas ideas que le había sugerido— y para visitar después al pastor independiente de la pequeña grey de Eltham. Luego me dejó, y aunque sentí separarme de él me consoló pronto saborear el placer de ser yo mi único dueño. Registré el cesto con que mi madre me había provisto, y olí los tarros de conservas con el placer del propietario que puede gustar de ellos en el momento en que se le antoje. Sopesé con la mano y con la imaginación el jamón curado en casa, que parecía brindarme interminables festines, y, sobre todo, me recreé sabiendo que podía comerme todas aquellas golosinas cuando quisiera, que estaban a mi entera discreción, sin depender de la voluntad de nadie, por complaciente que fuese. Guardé mis provisiones en un armarito que había en un rincón; en aquel cuarto todo eran rincones, y cada cosa, chimenea, ventana, armario, estaba en uno de ellos; parecía que lo único que había en el centro de la habitación era yo, y para eso casi no me quedaba sitio. La mesa era plegable y estaba colocada debajo de la ventana, que tenía vistas a la plaza del mercado, de modo que los estudios, por cuya continuación se había sacrificado mi padre hasta el punto de pagar más para que tuviera yo un gabinete, corrían gran peligro de desviarse de los libros y dirigirse a los hombres y las mujeres. Las comidas, por lo menos el desayuno y almuerzo, las hacía con las dos ya maduras miss Dawson, en la salita del piso bajo, situada detrás de la tienda; pero el té y la cena serían independientes, porque, probablemente, mis horas libres por la tarde no serían fijas. Después del orgullo de sentirme libre, vino la sensación de soledad; nunca había vivido fuera de casa, y hay que tener en cuenta que era aún un niño, y si bien la máxima de mi padre había sido: "Economiza el palo, y echarás a perder al chico", su predilección se inclinaba inconscientemente a mí; su conducta era más indulgente de lo que él mismo se figuraba y aún más de lo que se habría permitido, si de ello se hubiera dado cuenta. Mi madre, sin hacer profesión de rigor, era bastante más severa que mi padre; tal vez la incomodaban más mis travesuras infantiles; porque ahora que escribo esto recuerdo que, siendo yo un hombre, se puso de mi parte en una ocasión en que ofendí de veras a mi padre en su concep-

to de lo justo. Aunque nada de esto tiene que ver en lo que ahora me ocupa; lo que voy a escribir atañe a mi prima Filis, y hasta ahora no he dicho siquiera quién era.

Durante los primeros meses de mi instalación en Eltham, la novedad de mi empleo y la nueva independencia de mi vida, absorbían todos mis pensamientos. A las ocho de la mañana estaba en la oficina, trabajando ante la mesa; iba a casa a la una para comer y volvía a la oficina a las dos. La tarea de la tarde no era tan regular como la de la mañana; unas veces era la misma, pero otras tenía que acompañar a algún punto de la línea, entre Eltham y Hornby, al ingeniero director, míster Holdsworth, lo que me agradaba mucho en parte por variar de ocupación y en parte por el campo que teníamos que cruzar, agreste y hermoso, y también por estar en compañía de míster Holdsworth, que a mis ojos pasaba por un héroe. Era hombre de unos veinticinco años, superior a mí por nacimiento y educación, que había viajado mucho por Europa y que llevaba bigote y patillas con arreglo a una moda extraña. Yo me sentía muy orgulloso de que me vieran con él; en realidad, era una buena persona y podía haber caído en manos mucho peores. Los sábados escribía a mis padres, relatando lo que había hecho durante la semana; mi padre había insistido mucho en ello, pero mi vida era tan igual y monótona, que pronto se me hizo difícil la tarea de escribir una carta larga. Los domingos iba a la iglesia, atravesando un oscuro y estrecho vestíbulo para escuchar los himnos que los fieles cantaban con voz gangosa, las largas oraciones y un sermón dirigido al escaso auditorio, del que era yo, con diferencia de veinte años, el miembro más joven. A veces, el pastor, míster Peters, me invitaba a tomar el té en su casa, después del segundo servicio religioso; semejante honor me causaba espanto, porque tenía que pasarme la tarde sentado en el borde de una silla contestando a graves preguntas, hechas con voz de bajo profundo, hasta las ocho de la noche, que entraba mistress Peters estirándose el delantal, a gritos de la criada. Después de un capítulo de la Biblia, al que seguía una larga oración improvisada, algún instinto especial advertía a mistress Peters que había llegado la hora de cenar. Tras la cena, el pastor se permitía una o dos bromitas. A las diez me retiraba, y antes de acostarme, daba suelta en mi cuarto a los bostezos tanto tiempo reprimidos. Las hermanas Dinah y Hannah Dawson —así figuraban sus nombres en la muestra de la tienda, aunque yo las llamaba siempre miss Dawson y miss Hannah— consideraban estas visitas a míster Peters como el mayor honor que podía recibir un joven, pensando sin duda que, si de-

spués de gozar de tal privilegio no lograba salvar mi alma, es que era una especie de Judas Iscariote a la moderna. Pero cuando hablaban de mis revelaciones con míster Holdsworth, movían tristemente la cabeza. Había sido tan amable conmigo, que a veces, al cortar una loncha de jamón, daba vueltas a la idea de invitarle a tomar el té en mi cuarto. Y tanto más cuanto que por aquellos días se celebraba la feria anual en la plaza del mercado de Eltham y tenía muchos atractivos — al menos así lo creía yo a mis diecisiete años — la vista de las casetas, los "tio vivos", las barracas con fenómenos, casas de fieras y otras grandezas pueblerinas. Cuando en términos velados me aventuré a aludir a mi deseo, me paró en seco miss Hannah, pintando la perversidad de mi intención y hablando de algo así como encenagarse en el vicio; luego saltó a Francia y dijo horrores de esta nación y de todos los que en ella habían puesto el pie. A tal extremo llegó su indignación, que al ver que su cólera tendía a concentrarse en un foco, y que éste era míster Holdsworth, pensé que lo mejor era terminar a todo correr mi desayuno y ponerme lo antes posible fuera del alcance de aquella voz. Algún tiempo después me quedé atónito al oírla contar con júbilo, en compañía de miss Dawson, las ganancias de la semana, mientras dirían que no era mal negocio durante la época de ferias tener una pastelería en la plaza del mercado de Eltham. Sin embargo, no me decidí nunca a invitar a míster Holdsworth a venir a mi habitación.

No es mucho lo que tengo que contar del primer año de mi estancia en Eltham. Cerca ya de los diecinueve, y cuando empezaba a pensar en tener patillas por cuenta propia, conocí a mi prima Filis, de cuya existencia no había sospechado hasta entonces. Un día de gran trabajo habíamos ido míster Holdsworth y yo hasta Heathbridge, cerca de Hornby; estaba terminada ya más de la mitad del ferrocarril. Un día de excursión era un acontecimiento que merecía ser referido en la carta semanal; así es que me puse a describir la campiña, defecto en que incurro a menudo, pintando a mi padre los pantanos cubiertos de mirto silvestre y de suave musgo y el terreno poco firme sobre el que teníamos que tender la vía; le contaba que míster Holdsworth y yo habíamos ido a almorzar a un pintoresco pueblecito cercano, llamado Heathbridge, en el que estuvimos dos días y una noche y al que esperábamos tener que volver con frecuencia, a causa de que el terreno, poco consistente y movedizo, era una pesadilla para los ingenieros; porque los rieles se levantaban por un extremo tan pronto como se cargaban de peso por el otro. Como se verá, no pensaba mucho en los intereses de los

accionistas. Fue preciso tender una nueva vía en terreno más firme para que pudiera terminarse el ramal. Relataba todo esto con gran lujo de detalles satisfecho de poder llenar las cuatro carillas de la carta. Por el primer correo supe que una prima segunda de mi madre estaba casada con el pastor independiente de Hornby, un tal Ebenezer Holman, que vivía en Heathbridge, el pueblo de que yo había hablado. Así, al menos, lo creía mi madre, que nunca había visto a su prima Filis Green, quien, por ser hija única, era una especie de rica heredera — así lo suponía mi padre —, ya que el viejo Thomas Green había poseído una finca de unos cincuenta acres, que debía haber pasado a su hija. El sentimiento del parentesco debió conmover profundamente a mi madre al leer el nombre de Heathbridge, porque mi padre me comunicó su deseo de que, en caso de volver a este pueblo, preguntase por el reverendo Ebenezer Holman, y si, en efecto, vivía allí, me enterase de si estaba casado con una tal Filis Green, y si obtenía respuesta afirmativa a estas dos preguntas, fuera yo y me presentara como único hijo de Margaret Manning, de soltera Moneypenny. Ante lo que se me venía encima, me enfurecí conmigo mismo por habérseme ocurrido mencionar a Heathbridge. "Con un pastor independiente basta y sobra para cualquier hombre" — me dije, recordando al nuestro, míster Hunter, y de la cortés paciencia que había derrochado con el viejo Peters para soportarlo cinco horas seguidas cada vez que me había invitado a tomar el té. ¡Y ahora, en Heathbridge, precisamente cuando sentía soplar en torno mío el aire libre del campo, iba a tener que seguir la pista a otro pastor, que tal vez me catequizaría o me invitaría a tomar el té! Sobre todo, no me gustaba nada importunar a personas desconocidas, que tal vez no habían oído jamás el nombre de mi madre, y ¡qué nombre! ¡Moneypenny! Y si lo conocían, no se habían acordado de él ni más ni menos que mi madre del de ellas, en apariencia por lo menos, hasta que en un mal momento hice yo mención de Heathbridge en una malhadada carta. No quise, sin embargo, desobedecer a mis padres en cosa tan insignificante, aunque enfadosa, y el primer día que nuestros trabajos nos llevaron a Heathbridge, estando comiendo en la pequeña sala enarenada de la posada, aproveché un momento en que míster Holdsworth había salido para hacer a la sonrosada doncella que me servía las preguntas que me habían sido encargadas. O yo no acerté a hacerme entender, o ella era estúpida, porque me contestó que no sabía nada; pero que preguntaría al dueño. En efecto, a poco vino éste para saber qué era lo que yo quería y tuve que repetir mis balbucientes preguntas delante de míster Holdsworth,

quien, me atrevo a apostar, nunca se hubiera fijado en ella a no haberme turbado, sonrojado y equivocado, haciendo un papel ridículo.

—Sí —dijo el posadero—; la granja de la Esperanza está en Heathbridge: el nombre del dueño es Holman, pastor independiente, y si no estoy mal enterado el nombre de pila de su mujer es Filis; pero su nombre de soltera era Green. —¿Es que son parientes de usted? —me preguntó míster Holdsworth. —No, señor..., es decir sólo primos segundos de mi madre. Bueno, supongo que serán parientes; pero en mi vida los he visto. —Pues la granja de la Esperanza no está de aquí ni a un tiro de piedra —añadió el oficioso posadero, acercándose a la ventana—. Mire usted por encima de ese macizo de malvas y de los ciruelos de aquella huerta, verá una fila de chimeneas de piedra de formas raras; son las de la granja de la Esperanza. Es una casa antigua, pero míster Holman la conserva en buen estado. Míster Holdsworth se levantó de la mesa más pronto que yo y se puso a mirar por la ventana. Al oír las últimas palabras del posadero, se volvió y dijo sonriendo: —¿No hay muchos pastores que sepan conservar una tierra en buen estado, verdad? —Perdone, señor; pero tengo que decir lo que siento. El pastor Holman sabe lo que se trae entre manos tan bien como el mejor labrador de la comarca. Dedicar cinco días de la semana al trabajo de su finca, los otros dos a los del Señor, y es difícil decir en cuáles pone más empeño. Se pasa los sábados y domingos escribiendo sermones y visitando su feligresía de Hornby; pero a las cinco de la mañana del lunes está en su granja guiando el arado, como si no supiera leer ni escribir. Pero, señores..., se les está quedando frío el almuerzo.

Volvimos a la mesa y a poco me dijo míster Holdsworth, después de un silencio: —Yo, en el caso de usted, iría a echar un vistazo a esos parientes, Manning... Vaya usted a visitarlos mientras esperamos la tasación de Dobson. Entre tanto, fumaré un cigarro en el jardín. —Muchas gracias; pero no los conozco ni creo que me haga falta conocerlos. —Entonces, ¿por qué hizo usted toda esa serie de preguntas? —me dijo mirándome extrañado. Nunca decía o hacía nada sin motivo. Como yo no le respondí, nada añadió. —Descanse usted, vaya a ver qué tal es ese pastor-labrador y venga a decírmelo, porque me gustaría saberlo.

Estaba yo tan hecho a ceder ante su autoridad o influencia, que no se me ocurrió negarme, y salí a cumplir el encargo, aunque recuerdo haber tenido la sensación de que prefería que me hubieran cortado la cabeza. El

posadero, que por lo visto se había interesado en el resultado de nuestra conversación, del modo que lo hace esta clase de gente, me acompañó hasta la puerta de la calle, y me repitió las señas, como si fuera a extraviarme en el espacio de doscientas varas que tenía que recorrer. Yo le escuchaba, agradeciéndole la detención, que me permitía reunir ánimos para el esfuerzo que tenía que llevar a cabo; el verme cara a cara con gente desconocida y tener que presentarme a mí mismo. Recuerdo que fui por una calleja sacudiendo al pasar las altas hierbas que crecían en los bordes, a las dos o tres vueltas, me encontré ante la granja de la Esperanza. Entre la casa y la calleja umbrosa y cubierta de hierba había un jardín, que después supe que llamaban "el patio", tal vez por estar rodeado por un muro bajo, con verja de hierro y tener dos anchas puertas entre pilares coronados por bolas de piedra; un camino de losas cruzaba el patio y conducía a la puerta principal de la casa. No era costumbre entrar por estas puertas, así es que las encontré cerradas, aunque la de la casa estaba abierta de par en par. Tuve que dar la vuelta por un sendero casi borrado en una espaciosa pradera que, bordeando el muro y pasando cerca de un poyo medio cubierto de musgo y fumaria amarilla, me condujo a otra puerta, la del "curato", como, según me enteré después, la denominaba el dueño de la casa, mientras que la puerta principal, la de las "ocasiones solemnes", era llamada "la rectoral". Llamé con los nudillos en la puerta del "curato", y salió a abrirme una muchacha de mi edad aproximadamente, así me pareció, que esperó silenciosa que dijera el motivo de mi visita. Estoy viendo ahora a mi prima Filis, iluminada por el sol poniente, cuyos oblicuos rayos penetraban en la habitación que le servía de fondo. Llevaba un traje de algodón azul oscuro, con volantitos de la misma tela en todos aquellos sitios que tocaban a su blanca piel. ¡Qué piel tan blanca! En mi vida he visto otra igual. Tenía el cabello rubio, de un tono que tiraba más a amarillo que a otro color, y me miraba fijamente con sus ojos grandes y tranquilos, sin turbarse ante la presencia de un extraño. Me chocó que siendo ya crecida llevase un mandil sobre el vestido. Me quedé suspenso, y antes de que me hubiera decidido a contestar a su muda interrogación, se oyó una voz de mujer: —¿Quién es, Filis? Si es alguno que quiere suero, que vaya por la puerta trasera.

Sentí que respondería mejor a la dueña de aquella voz que a la muchacha que tenía delante; así es que entré y me quedé, sombrero en mano, a la entrada de una habitación, porque la puerta lateral daba directamente al vestíbulo, en donde por lo que vi, se reunía la familia una vez terminados

sus quehaceres. En este vestíbulo estaba una mujer pequeña y viva, de unos cuarenta años, planchando grandes corbatas de muselina a la luz que entraba por una amplia ventana sombreada por una parra. Me estuvo mirando con desconfianza hasta que empecé a hablar. — Me llamo Pablo Manning — dije. Pero me di cuenta de que no conocía este nombre —. El apellido de madre es Moneypenny — continué —, Margaret Moneypenny. — ¡Sí! Que se casó con un tal John Manning, de Birmingham — exclamó con vehemencia mistress Holman —. Y tú serás su hijo. ¡Siéntate! ¡Hombre, cuánto me alegro de verte! ¡Pensar que eres hijo de Margaret! Vamos, si hace poco que era casi una niña. Bueno, pero ahora caigo en que hace de esto veinticinco años. ¿Y qué te trae por estos lugares?

Se sentó como agobiada por la curiosidad y el ansia de saber lo que había sucedido durante los veinticinco años en que no había visto a mi madre. Su hija Filis volvió a coger su labor; recuerdo que estaba haciendo una media de lana, larga y gris, y que la continuó, sin mirar las agujas. Me di cuenta de que la penetrante mirada de sus profundos ojos grises estaba fija en mí, aunque una vez que la miré furtivamente vi que examinaba muy atenta algo que había en la pared por encima de mi cabeza. Cuando hube contestado a todas sus preguntas, mi prima Holman respiró profundamente y dijo: — ¡Pensar que está en nuestra casa el hijo de Margaret Moneypenny! Quisiera que estuviera aquí su padre. Filis, ¿en qué campo anda hoy? — En el de los cinco acres; hoy empiezan la siega. — No le gustará entonces que vayan a llamarle; quisiera que lo vieras. Aunque ese campo está un poco lejos. Antes de irte, tomarás, sin embargo, un vaso de vino y un pedazo de torta. Dices que tienes que marcharte, lástima, porque si no, el pastor suele venir a la hora de merendar los trabajadores. — Tengo que irme; debería haberme marchado ya. — Entonces, toma las llaves, Filis.

Y le dio unas instrucciones en voz baja. Filis salió de la habitación. — Es prima mía, ¿no es verdad? — pregunté. Sabía que lo era; pero necesitaba hablar de ella y no sabía cómo empezar. — Sí, Filis Holman, es nuestra única hija... ahora. Por aquel "ahora" y por un destello de melancolía que vi en sus ojos, comprendí que habían tenido más hijos y que habían muerto. — ¿Qué edad tiene Filis? — pregunté con timidez, sin atreverme apenas a nombrarla por su nombre, porque me parecía demasiada familiaridad llamarla así. Pero mi prima Holman no se fijó en ello y contestó: — Ha cumplido diecisiete años el día primero de mayo. "Pues yo cumpliré diecinueve."

ueve dentro de un mes", pensé para mis adentros, sin saber por qué. Filis entró, trayendo una bandeja con vino y tortas. — Tenemos una criada — me dijo mi prima Holman — ; pero como es día de hacer manteca está ocupada. Esto era como explicación un tanto orgullosa de que su hija hiciera de doncella. — Pero si a mí me gusta hacerlo, mamá — dijo Filis, con su voz seria y llena.

Me imaginé que era yo un personaje del Antiguo Testamento, no sabía cuál precisamente, atendido y servido por la hija del huésped. ¿Sería tal vez el mayordomo de Abraham cuando Rebeca le dio de beber en el pozo? Se me ocurrió que Isaac había tenido que pasar por cosas poco agradables para encontrar mujer. Sin embargo, Filis no parecía pensar en estas cosas; era una muchacha bien plantada y graciosa, con el vestido y la sencillez de una niña. Como me habían enseñado, bebí a la salud de mi prima y de su marido, después me atreví a nombrar a Filis haciendo a la vez una pequeña reverencia; pero estaba tan azorado, que no me di cuenta de cómo había tomado mi cumplido. — Y ahora tengo que marcharme — dije poniéndome en pie. Ninguna de las dos había probado el vino; mi prima Holman tomó un poco de torta por pura fórmula. — Hubiera querido que el pastor hubiese estado en casa — dijo levantándose también. Yo, interiormente, me alegraba de que no estuviera, pues en aquel tiempo no sentía gran predilección por los pastores. Antes de irme tuve que prometer que volvería el sábado siguiente y que pasaría con ellos el domingo. Así podría conocer al "pastor". "Ven el viernes, si puedes", fueron sus últimas palabras ya en la puerta, resguardando con la mano sus ojos de los rayos del sol poniente. Filis no salió, la vi dentro, iluminando con su rubia cabellera y su tez deslumbradora aquel rincón sombreado por la parra. No se levantó al decirle yo adiós, pero me miró con fijeza y se despidió de mí con pausadas palabras.

Encontré a míster Holdsworth en la vía muy ocupado en los trabajos. En un momento de respiro, dijo: — Bueno, Manning. ¿Qué tal son sus nuevos primos? ¿Cómo se acoplan el predicar y el labrar? Si el pastor resulta tan reverendo como práctico, acabaré por respetarlo. Apenas escuchó mi respuesta, ocupado como estaba en dar órdenes a los obreros. Verdad es que no le contesté con muchos detalles, lo más claro fue la mención del convite que me habían hecho. — ¡Claro!, naturalmente que puede ir, y el mismo viernes, si lo desea. No hay razón para que no lo haga esta semana. Además ha llevado usted una temporada de mucho trabajo.

Al pronto me pareció que no deseaba ir el viernes, pero al llegar este día me di cuenta de que prefería ir a quedarme; así que, aprovechando el permiso de míster Holdsworth, fui a la granja de la Esperanza después de almorzar y llegué más tarde que el día de mi primera visita. Estaba abierta la puerta del "curato", permitiendo la entrada al aire suave de septiembre, tan templado por el sol, que hacía más calor fuera que dentro, a pesar de que en el hogar ardía un leño sobre un montón de cenizas. Las hojas de la parra tenían un tinte más amarillo, con los bordes secos y oscuros en algunos sitios. No era día de plancha, y mi prima Holman estaba sentada fuera repasando una camisa. Filis hacía media dentro y parecía que se había pasado la semana entera haciendo lo mismo. Las varias aves de corral picoteaban en el patio de la granja, y colgadas al oreo estaban las relumbrantes cántaras de la leche. El patio estaba tan cuajado de flores, que cubrían el muro y el poyo, y hasta crecían espontáneas entre la hierba que bordeaba el sendero que iba a la parte de atrás de la casa. Días después, aun me parecía perfumado mi traje dominguero por las plantas de escaramujo y fraxinela que embalsamaban el ambiente. De vez en cuando metía mi prima Holman la mano en una cesta de tapas que tenía a los pies, y echaba puñados de grano a los pichones, que, arrullándose y revoloteando esperaban este regalo.

Así que me vio me hizo una calurosa acogida.

— Así se hace; esto es dar una prueba de confianza — dijo, estrechándome la mano con afecto —. ¡Filis ha venido tu primo Manning!

— ¿Quiere usted llamarme Pablo? — dije yo —. Es como me llaman en casa, me dicen Manning en la oficina.

— Bueno; te llamaré Pablo. Tu cuarto está preparado. Le dije al pastor al contarle tu visita: "Voy a disponerlo todo para el viernes, venga o no venga". Y él contestó que, vinieras o no, él tenía que ir al campo de los fresnos; pero que volvería temprano para ver si habías llegado. Voy a llevarte a tu cuarto para que puedas lavarte y sacudirte el polvo.

Al bajar tuve la impresión de que mi prima no sabía qué hacer conmigo, o que me suponía un tanto torpe, o que tenía que despachar algún quehacer para el cual mi presencia le estorbaba. El caso es que llamó a Filis, le mandó que se pusiera el sombrero y que me acompañara al campo de los fresnos a buscar a su padre. Nos pusimos en marcha, agitado yo por el deseo de hacerme agradable, pero sintiendo que Filis fuera tan alta; tenía más

estatura que yo. Cuando iba pensando cómo entablar conversación, empezó ella a hablar.

—Supongo, primo, que, ordinariamente estarás muy ocupado todo el día con tus trabajos.

—Sí; tengo que estar en la oficina a las ocho; me dejan una hora para comer, y después vuelvo hasta las ocho o las nueve.

—¿Entonces no te quedará mucho tiempo para leer?

—No —contesté, dándome cuenta en el momento de que no aprovechaba como debía el tiempo que me quedaba libre.

—Tampoco yo lo tengo. Papá siempre encuentra una hora por la mañana, antes de salir al campo; pero mamá quiere que me levante tan temprano.

—Pues cuando estoy en casa, siempre está mi madre deseando que madrugue más.

—¿A qué horas te levantas?

—¡Psche! Algunas veces a las seis y media, aunque no con frecuencia.

Me había acordado de que en todo el verano sólo me había levantado a esa hora un par de veces. Volvió la cabeza y me miró.

—Papá se levanta a las tres, y así lo hacía también mamá hasta que estuve enferma. A mí me gustaría levantarme a las cuatro.

—¿Que tu padre se levanta a las tres! ¿Y qué tiene que hacer a esa hora?

—¿Que qué es lo que tiene que hacer? Pues tiene que rezar sus oraciones; tocar la campana para que vengan los vaqueros a ordeñar; despertar a Betty, la criada; muchas veces tiene que dar el pienso a los caballos, porque el que los cuida, Jem, está ya viejo, y a papá no le gusta molestarlo; echa una ojeada a las terneras y a las guarniciones, da paja y grano a los caballos antes de que vayan al campo; ve comer a los cerdos; inspecciona los bebederos, y escribe los pedidos de lo que hace falta para los hombres y el ganado. Si después de esto le queda un rato libre, viene a leer conmigo, pero sólo en inglés, porque el latín lo reservamos para por las noches, para tener tiempo de gozar de él. Después, llama a los hombres a desayunar, corta el pan y el queso, se asegura de que las cantimploras están llenas y los manda al trabajo; entonces vienen a ser las seis y media, y desayunamos nosotros. ¡Ahí

está papá! —exclamó mostrándome un hombre en mangas de camisa, que en estatura llevaba la cabeza a los otros dos que con él trabajaban.

Como lo veíamos a través de las ramas de los fresnos que formaban el seto, creí haber equivocado o confundido las personas. Aquel hombre tenía todo el aspecto de un robusto trabajador, y no la apariencia de gravedad que siempre había creído fuese la característica de un pastor. Y, sin embargo, era el propio reverendo Ebenezer Holman. Nos hizo una afectuosa seña con la cabeza cuando entramos en el campo, y creo que, de no haber estado dando órdenes a los hombres, hubiera salido a nuestro encuentro. Vi que Filis había salido más al tipo de su padre que al de su madre. Como la hija, era el padre de vigorosa constitución, de cutis claro y rojo, mientras que el de ella era brillante y delicado. Su pelo, amarillo o rojizo en otro tiempo, era gris, sin que las canas indicasen decaimiento de fuerzas. Nunca he visto un hombre más robusto, alto de pecho, estrecho de caderas y con la cabeza bien plantada. Entretanto habíamos llegado a su lado; dejó su ocupación y vino, alargándome la mano, pero dirigiéndose a Filis.

—Bueno, muchachos; supongo que éste será el primo Manning. Aguarda un momento que me ponga la levita y te haré un recibimiento digno y formal. Pero... oiga usted Ned Hall, habría que hacer aquí un surco para el agua, porque es un trozo malo, arcilloso, lleno de barro; usted y yo lo haremos; venga el lunes próximo. Perdona, primo Manning. Además, la choza de Jem necesita paja en el techo; esto puedes hacerlo tú mañana, mientras yo estoy ocupado.

Cambió después su voz de bajo profundo por un tono que sugería ideas de iglesias y predicadores, y añadió:

—Ahora voy a entonar el salmo "Venid, lenguas armoniosas", y empezó a llevar el compás con una azada en la mano. Los dos trabajadores conocían letra y música, lo contrario de lo que me sucedía a mí, y mi prima también. La voz sonora de Filis siguió a la de su padre al dar el tono, y los hombres entraron después, sin tanta seguridad, pero armoniosamente, sin embargo. Filis me miró una o dos veces como extrañada de mi silencio; pero yo no sabía la letra. Y así, los cinco, con la cabeza descubierta, excepto Filis, permanecimos en el corto rastrojo, en el que aun quedaban algunos haces de mies; a un lado estaba un bosque sombrío, en el que se arrullaban las palomas torcaces, y por otro se extendía el inmenso azul, que veíamos a través

de los fresnos. Creo que aunque hubiese sabido la letra y podido cantar, mi garganta se hubiera ahogado ante el efecto que me produjo la extraordinaria escena.

Terminó el himno y los hombres se marcharon sin que yo me diera cuenta. Vi al pastor empezar a ponerse la levita, dirigiéndome una mirada de cariñosa inspección antes de que pudiera yo sacudir mi emoción.

—Estoy cierto de que vosotros, los caballeros del ferrocarril no termináis los trabajos del día cantando juntos un salmo —dijo—. No es una mala costumbre, no lo es. Hoy lo hemos hecho un poco antes en consideración a la hospitalidad... Esto es todo.

Aunque se me ocurrían muchas ideas, no tenía nada que decirle en concreto. De vez en cuando miraba a mi tío; su levita era negra, lo mismo que el chaleco; no llevaba corbata, y su cuello musculoso destacaba sobre la nivea blancura de la camisa. Tenía unos calzones grises de lana, medias de estambre del mismo color —me parece que reconocí al fabricante— y fuertes zapatos claveteados. Llevaba el sombrero en la mano, como si le gustase sentir la brisa enredándosele en el pelo. Después de un rato, vi que el padre cogía a su hija de la mano, y, así agarrados, emprendieron el camino hacia la casa. Tuvimos que cruzar una calleja, y en ella encontramos dos niños pequeños: uno, tumbado boca abajo sobre la hierba, llorando desesperadamente, y el otro, de pie, inmóvil, con un dedo en la boca y grandes lágrimas de simpatía, que le resbalaban por las mejillas. La causa del conflicto era evidente: en el suelo había un jarro roto al lado de un charco de leche.

—¡Vaya! ¡Vaya! ¿Qué ha pasado aquí? —preguntó el pastor—. ¿Qué habéis estado haciendo, Tommy?

Y levantó con brazo vigoroso al pequeñín que yacía sollozando; Tommy le miró con sorpresa en sus redondos ojos, pero sin temor. Evidentemente, eran antiguos conocidos.

—¡El jarro de mamá! —dijo por fin, llorando nuevamente.

—Bueno; ¿y crees tú que el llanto va a componer el jarro o recoger la leche vertida? ¿Cómo te las compusiste, Tommy?

—Ese —dijo indicando al otro con la cabeza— y yo estábamos echando una carrera.

—Tommy me dijo que corría más que yo —añadió el otro.

—Bueno; no sé qué os hará tener cuidado, grandísimos pillos, para que no volváis a echar carreras habiendo por medio un jarro de leche —dijo el pastor como meditando—. Podría daros unos azotes y ahorrar este trabajo a mamá, porque es seguro que lo hará ella si yo no lo hago.

Una nueva explosión de gemidos por parte de ambos pequeños demostró la posibilidad de esta hipótesis.

—O si no, llevaros a la granja de la Esperanza y daros la leche; pero entonces volveríais a correr, y la leche iría a parar al suelo, haciendo otro charco blanco. Me parece que lo mejor va a ser daros los azotes, ¿no es verdad?

—No volveremos a correr —dijo el mayor de los dos.

—Entonces no seríais niños, seríais ángeles.

—No, no podríamos ser ángeles.

—¿Y por qué no?

Se miraron uno a otro, como buscando respuesta a tan difícil pregunta. Al cabo, dijo uno de ellos:

—Es que... los ángeles están muertos.

—Bien, no vamos a profundizar demasiado en Teología. ¿Qué os parece si os prestara un cacharro de hoja de lata, con tapa, para que llevéis la leche a casa? Por lo menos no se romperá, aunque no respondo de que se vierta la leche si seguís corriendo. ¡Esto es lo mejor!

Soltó la mano de su hija y alargó las dos suyas a los pequeños. Filis y yo íbamos detrás, escuchando la charla con que al pastor asediaban los chiquillos y que le agradaba evidentemente. Al llegar a cierto sitio, se ofreció de repente a nuestros ojos un trozo de paisaje; un atardecer intenso y rojizo. El pastor se volvió hacia nosotros y dijo dos versos en latín.

—Es maravillosa —dijo— la precisión con que hace más de dos mil años, en Italia, empleó Virgilio estos imperecederos epítetos. Y, sin embargo, ¡qué bien se aplican hasta el último término al panorama que ahora tenemos delante en la parroquia de Heathbridge, condado de..., en Inglaterra!

—Es verdad —contesté yo, rojo de vergüenza, por haber olvidado el poco latín que en tiempos había aprendido.

El pastor volvió sus ojos hacia Filis, que tácitamente le dio el testimonio de conformidad que yo, en mi ignorancia, no pude expresar.

—Oye, Filis, vas a ir con estos pequeños a su casa y contarás a su madre lo de las carreras y la leche. La mamá debe siempre saber la verdad —añadió, dirigiéndose a los niños—. Y dile también, de mi parte, que tengo una magnífica vara, y que si alguna vez cree que estos chicos necesitan unos palos, que me los traiga, que si yo encuentro que los merecen, se los daré mejor aún que ella...

Con esto Filis se llevó los chicos a la lechería, situada hacia el corral y yo seguí al pastor a la casa.

—La madre de estos chiquillos —dijo— tiene la mano un poco larga y siempre está dispuesta a castigar a sus hijos sin ton ni son. Yo trato de conservar entre los vecinos tanto la autoridad material como la espiritual.

Se sentó en una butaca al lado de la chimenea, y echando una ojeada por la habitación se preguntó: "¿Dónde estará mi mujer?" Esta vino en seguida, según su costumbre a darle la bienvenida a su vuelta, con una mirada, con un golpecito cariñoso, nada más; y por esto él la echaba de menos. Sin hacer caso de mi presencia contó el pastor cuanto había hecho durante el día, y levantándose luego nos dijo que iba a ponerse de "reverendo" y que entonces tomaría con nosotros, en la sala, una taza de té. Esta sala era una habitación grande con dos puertas-ventanas que daban al costado del ancho pasadizo de losas, que conducía de la puerta rectoral a la amplia escalera de gastados peldaños de roble, en los que nunca se había puesto alfombra. El piso de la sala estaba cubierto a medias por un tapiz de confección casera, con cenefa. Una pareja de curiosos retratos de la familia Holman colgaba de las paredes; el hogar y los morillos de la chimenea tenían profusión de adornos de bronce, y sobre una mesa adosada a la pared, entre las dos ventanas, estaba colocado un gran tiesto de flores. Utilizaron esta sala en honor mío, y yo di muestras de agradecerlo; después de aquel día no volvimos a comer allí, de lo que me alegré, porque el otro gabinete, comedor o cuarto de estar, como se le quiera llamar, era mucho más alegre y confortable. Había en él una esterilla delante de la gran chimenea, un horno al lado de la rejilla y un gancho del que colgaba un caldero sobre el alegre fuego de leña.

Todo lo que en aquella habitación debía estar negro bruñido, negro y bruñido estaba, mientras que las cortinas y otras cosas que habían de estar blancas y limpias, entraban por los ojos su pureza inmaculada. En frente de la chimenea, y ocupando todo el largo de la habitación, había una tabla de roble para jugar al tejo, con la necesaria inclinación para que un jugador hábil pudiera lanzar los discos en el espacio señalado. Había unos cestitos de labor, y colgado de la pared, un pequeño estante con libros, cuyo aspecto demostraba que eran muy leídos. La primera noche que estuve en aquella habitación, y en un momento en que me dejaron solo, curioseé en ellos. ¡Virgilio, César, una "Gramática" griega! ¡Pobre de mí! Todos llevaban escrito el nombre de Filis Holman. Los cerré, volví a colocarlos en su sitio y me alejé cuanto pude del estante, dando un rodeo al pasar por delante de mi prima Filis, que estaba sentada tranquilamente ocupada en su labor, con el pelo más dorado, las oscuras pestañas más largas y el redondo cuello más blanco que nunca.

Cuando acabamos de tomar el té volvimos al gabinete para que el pastor pudiera fumar una pipa sin temor de contaminar las cortinas de damasco de la sala. Se había vestido de "reverendo" poniéndose una de aquellas voluminosas corbatas de muselina blanca que había visto planchar a mi prima Holman el día de mi primera visita a la granja de la Esperanza, y haciendo además en su traje una o dos ligeras modificaciones. Se sentó y me miró con fijeza; pero no puedo decir si me veía o no; a veces me parecía que sí y que me estaba midiendo en su interior de alguna manera desconocida. De vez en cuando se quitaba la pipa de la boca, sacudía la ceniza y me hacía una nueva pregunta. Mientras sus preguntas se refirieron a mis habilidades o a mis conocimientos, estuve en ascuas, sin saber qué contestar. Después abordó el asunto de los ferrocarriles, tema más práctico, y del que estaba yo más enterado, porque había tomado mi trabajo con verdadero interés. También es verdad que míster Holdsworth no me hubiera tenido a sus órdenes de no haberme entregado yo al asunto en cuerpo y alma. Además, yo estaba al corriente de las dificultades que nos preocupaban precisamente en aquellos días, a causa de no encontrar terreno firme en los pantanos de Heathbridge, a través de los cuales queríamos tender la línea. En medio de mi afán por responder con aplomo a todo esto, no dejó de sorprenderme lo pertinente de sus preguntas. No es decir que no ignorase muchos detalles técnicos como era lógico; pero con los datos que yo le daba, discurría claramente y razonaba con lógica. Filis, tan parecida a él, moral y físicamente, inter-

rumpía su labor de cuando en cuando para mirarme, tratando de comprender lo que yo decía. Tuve la impresión de que lo entendía, y tal vez por esto me esforcé, más de lo que de otra manera me hubiera hecho, en emplear expresiones claras y en ordenar mis ideas.

— Así verá que sé algo que vale la pena, aunque no sea de lenguas muertas y olvidadas — pensé yo.

— Bueno — dijo al fin el pastor —. Te explicas perfectamente. Tienes una cabeza despejada, muchacho; ¿a quién habrás salido?

— A mi padre — respondí con filial orgullo —. ¿No ha oído usted hablar de su invento, un nuevo sistema para cambios de vía? Lo publicó la "Gaceta", y está patentado. Yo creía que todo el mundo había oído hablar del cabrestante patentado de Manning.

— Aun no sabemos quién inventó el alfabeto — dijo el pastor medio sonriente, volviendo a coger su pipa.

— Es verdad, no se sabe — repliqué un poco amostazado —. ¡Hace ya tanto tiempo de eso! Tu padre debe ser un hombre notable. He oído hablar de él en otra ocasión y no hay muchos en cincuenta millas a la redonda cuya fama llegue hasta Heathbridge.

— Sí, señor; mi padre es un hombre notable. No soy yo el que lo dice; es míster Holdsworth y... y todo el mundo.

— Hace bien en defender a su padre — dijo mi prima Holman, como poniéndose de mi parte.

Yo estaba irritado interiormente pensando en que mi padre no necesitaba que lo defendiese nadie; se bastaba por sí mismo.

— Sí, tiene razón — dijo el pastor plácidamente —. Y tiene razón porque lo que dice sale de su corazón; tiene razón, también, porque, según noticias, es verdad. Hay por el mundo muchos gallitos que, subidos a una tapia, cacarean ensalzando a sus padres para hacer brillar de este modo su propio plumaje. Me gustaría conocer a tu padre — continuó, mirándome de frente con sus francos y fiables ojos.

Pero yo estaba tan molesto, que no quise fijarme en ello. En aquel momento terminó su pipa y salió de la habitación. Filis dejó apresuradamente la labor y salió tras él; regresó al cabo de un par de minutos y volvió a sen-

tarse. No había pasado mucho tiempo, casi no había acabado de sosegar-me, cuando el pastor abrió la puerta por la que se había marchado y me llamó. Crucé un estrecho pasillo y penetré en una rara habitación de forma irregular, de unos diez pies en cuadro, en parte estudio y en parte escritorio, con vistas al patio de la granja, con una mesa para trabajar sentado, otra para escribir de pie, un cesto de papeles, una serie de estantes con libros religiosos, otra más pequeña con libros de Veterinaria, agricultura, abonos y asuntos parecidos. Sujetos a la pared con obleas, clavos o alfileres, había pedazos de papel con notas; una caja de herramientas de carpintero en el suelo, y sobre la mesa unos manuscritos de taquigrafía. Al entrar se volvió hacia mí sonriendo:

—Esta cándida de mi hija cree que te he molestado —dijo, poniendo su ancha y poderosa mano sobre mi hombro—. Pero yo le he replicado que lo que se dice amistosamente hay que tomarlo también amistosamente; ¿no es así?

—No ha sido así —repliqué yo, desarmado por su franqueza—; pero lo será en lo sucesivo.

—Así me gusta; veo que seremos amigos. Te advierto que no a todo el mundo dejo entrar aquí. Esta mañana estuve leyendo un libro y no logro entenderlo bien. Es un libro que me dejaron un día por equivocación; me había suscrito a los sermones del hermano Robinson. Bueno; no hace al caso. Me quedé con él, porque todo lo que viene a mi red son peces. Tengo menos libros que tiempo para leerlos y mi apetito es prodigiosamente voraz. Este es el libro.

Era un tomo de Mecánica, plagado de términos técnicos y cálculos bastante superiores. Estos últimos, que a mí me hubieran dejado perplejo, eran cosa clara para él; todo lo que quería saber era la significación de las palabras técnicas, cosa fácilmente explicable.

Mientras hojeaba el libro, buscando los pasajes en que había tropezado con alguna dificultad, miré curiosamente los papeles que había en la pared y no pude menos de leer uno, que a primera vista parecía una especie de diario de la semana; pero fijándome vi que los siete días estaban repartidos entre oraciones especiales e intercesiones. Nos llamaron desde el gabinete para cenar. Entramos en él. Se abrió una puerta que comunicaba con la cocina, y permanecimos en pie todos los que estábamos en ambas habitaciones,

mientras el pastor, alto, ancho, con una mano sobre la mesa y alzada la otra, dijo con su voz profunda, que hubiera sido atronadora de no ser tan llena y sonora:

— Todo lo que comamos o bebamos o cualquier otra cosa que realicemos, sea por la gloria de Dios.

La cena se reducía a un enorme pastel de carne. Primero nos sirvieron a los del gabinete; después, el pastor dio un golpe en la mesa con el mango de cuerno del cuchillo y dijo:

— Ahora o nunca.

Lo que equivalía a preguntar si alguno de nosotros quería más. Cuando hubimos dicho todos que no, golpeó dos veces la mesa con el cuchillo, entró Betty y se llevó la enorme fuente a la cocina, donde aguardaban la cena un viejo, un mozo y una asistenta.

— Haz el favor de cerrar la puerta —dijo el pastor a Betty.

— Esto es en honor tuyo —explicó mi prima Holman con tono de satisfacción una vez cerrada la puerta—. Cuando no hay gente de fuera, al pastor le gusta quede abierta la puerta para poder hablar con los mozos y las criadas, y lo mismo nos sucede a Filis y a mí.

— De esa manera estamos todos reunidos como una familia, de la misma manera que cuando rezamos —dijo el pastor como dando una explicación—. Pero, volviendo a lo que estábamos hablando, ¿puedes indicarme algún libro elemental de Mecánica que pueda llevar en el bolsillo y estudiarlo un poco en los ratos de ocio que tengo durante el día?

— ¿Ratos de ocio, papá? —exclamó Filis, dibujando una sonrisa, cosa que aún no había visto en su cara.

— Sí, ratos de ocio, hija mía. Se pierde mucho tiempo esperando a la gente, y ahora que se acerca el ferrocarril es conveniente saber algo de su funcionamiento.

Recordé lo que me había dicho de su apetito por aprender, "prodigiosamente voraz", según su propia frase. Tampoco le faltaba para los manjares, pero noté o creí notar que guardaba cierta regla en el comer y beber. Cuando terminó la cena se reunieron familia y criados para las oraciones. El pastor permaneció de rodillas en el centro del círculo que formábamos los

demás, con los ojos cerrados, las manos abiertas y unidas por las palmas, haciendo a veces largas pausas, como esperando recordar si había alguna otra cosa que "exponer al Señor" — según su propia expresión — antes de terminar, dando la bendición. No debo olvidar aquí una nota curiosa: El pastor, aún de rodillas en medio de nosotros, pero con los ojos bien abiertos y los brazos colgando, habló al más anciano de los criados, quien tuvo que dar una vuelta sobre sus rodillas para atender a lo que decían.

— John, ¿te cuidaste de dar esta noche a "Daisy" la papilla caliente? Porque no hay que olvidar los medios, John — dos cuartillos de avena molida, una cuchara de jengibre y un poco de cerveza —; el pobre animal lo necesita y me he dado cuenta de que no me había acordado de decírtelo. Estaba pidiendo la bendición y olvidaba los medios, y esto es una burla — añadió bajando la voz.

Al irnos a acostar me dijo que durante el resto de la estancia que terminaba el domingo, por la noche, le vería poco o nada, porque siempre dedicaba el sábado y domingo a las tareas propias de su ministerio. Recordé que el posadero me había dicho lo mismo el día que le pregunté acerca de estos nuevos parientes míos, y no me desagradó la oportunidad que su ausencia me deparaba de intimar con mis primas, aunque deseaba ardientemente que Filis no volviera a atacarme en el terreno de las lenguas muertas. Me dormí y soñé que era tan alto como Filis y que de repente, como por milagro, me habían crecido las patillas, y soñé aún otra cosa más milagrosa: que sabía latín y griego. Pero, ¡ay de mí!, me desperté con la misma estatura, sin patillas y con "*tempus fugit*", como único resto del poco latín que en tiempos había aprendido. Mientras me vestía se me ocurrió una idea salvadora: hacer preguntas a Filis, en lugar de que ella me las hiciera a mí; y así podría conseguir que quedase a mi arbitrio la elección de los temas de conversación.

A pesar de lo temprano que era ya había desayunado todo el mundo, y sobre la tapa del horno aguardaba mi aparición un tazón de sopas de leche. Cada cual había marchado a sus quehaceres. La primera persona que entró en el gabinete fue Filis, con un cesto de huevos. Fiel a mi resolución, pregunté:

— ¿Qué traes ahí?

Me miró un momento y me dijo seriamente:

—Patatas.

—No, no son patatas —repliqué—. Son huevos. ¿Por qué me dices que son patatas?

—¿Y por qué me preguntas si estás viendo que son huevos? —respondió ella.

—Pues no lo sé; quería charlar contigo y me asustaba la idea de que me hablaras de libros, como ayer. Como leo poco, y en cambio, tú y tu padre ¡habéis leído tanto!

—No he leído tanto —me dijo—. Además, eres nuestro huésped y mamá quiere que te hagamos agradable la estancia aquí. No hablaremos de libros. ¿De qué quieres tú que hablemos?

—No lo sé. ¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete cumplí en el mes de mayo último. ¿Y tú?

—Yo tengo diecinueve, dos más que tú —respondí, estirándome todo lo que pude.

—Pues no creí que tendrías más de dieciséis —me dijo tan tranquilamente como si no hubiese dicho la cosa más desagradable que podía habersele ocurrido.

Y nos callamos los dos.

—¿Qué vas a hacer ahora? —pregunté.

—Debía estar arreglando los dormitorios; pero mamá me dijo que estaría mejor contigo para distraerte —contestó en tono un poco lastimero, como si sacudir el polvo fuera tarea más sencilla para ella.

—¿Quieres llevarme a ver el ganado? Me gustan mucho los animales, aunque no entiendo gran cosa de sus costumbres.

—¡Ah! ¡Te gustan! ¡Cuánto me alegro! Temía que te sucediera con los animales, lo mismo que con los libros.

No sé por qué dijo esto, supongo que sería por haber empezado a creer que nuestros gustos habían de ser diferentes por necesidad. Recorrimos juntos el corral; dimos de comer a las gallinas; ella, arrodillada, con el mandil lleno de granos y semillas, haciendo caer en tentación a los pollitos, tímidos

y suaves, con gran ansiedad de la gallina, alborotadora y erizada. Filis llamó a los pichones, que acudieron al sonido de su voz. Vimos los grandes y lustrosos caballos de tiro; coincidimos en la aversión por los cerdos; vimos comer a las terneras; acariciamos a "Daisy", la vaca enferma, y admiramos las otras que estaban pastando. A la hora del almuerzo volvimos cansados y sucios, olvidados de que existían cosas como las lenguas muertas, y, por consiguiente, convertidos en excelentes amigos.

SEGUNDA PARTE

Mi prima Holman me dio el semanario local para que se lo leyese en alta voz, mientras ella, con la ayuda de Filis, repasaba la ropa amontonada en una cesta. Yo leía y leía, sin cuidarme de lo que iba diciendo, mientras pensaba en cosas totalmente ajenas; en el brillante color del pelo de Filis, dorado por el sol de la tarde que iluminaba su cabeza inclinada; en el silencio de la casa, que me permitía oír el doble tic-tac del antiguo reloj del descanso de la escalera; en la variedad de exclamaciones inarticuladas que lanzaba mi prima Holman mientras yo leía, para demostrar su agrado, horror o admiración, según las noticias. La tranquila monotonía de aquella hora me produjo la sensación de que siempre había vivido y tenía que seguir viviendo entregado a esta ocupación de mosconear párrafos en aquel cuarto soleado, con mis dos plácidos oyentes, con el gato dormido, enroscado junto al fuego, y el reloj de la escalera contando perpetuamente la fuga de los minutos. En esto se asomó Betty a la puerta de la cocina, e hizo una seña a Filis, quien, dejando la media que remendaba, se marchó sin decir una palabra. Cuando, pasados unos minutos, miré a mi prima Holman, vi que se había quedado dormida con la barbilla apoyada en el pecho. Solté el periódico y casi iba yo a seguir su ejemplo, cuando una ráfaga de viento, un soplo de la brisa de la tarde, entreabrió la puerta que comunicaba con la cocina, cuyo pestillo, sin duda, no había echado Filis, y pude ver parte de su figura sentada ante una mesa, mondando manzanas con gran habilidad, y volviendo repetidas veces la cabeza hacia un libro que tenía al lado. Me levanté sin hacer ruido, entré en la cocina, eché una mirada por encima del hombro de Filis. Antes de que se diese cuenta de mi presencia, pude ver que el libro estaba escrito en idioma desconocido para mí, y que llevaba por título "*L'Inferno*". Cuando buscaba la relación entre esa palabra e "infernál", se dio

cuenta Filis de mi presencia y se volvió, murmurando como si continuase su pensamiento:

—¡Oh, qué difícil es esto! ¿Puedes tú ayudarme a traducirlo? —y señalaba un renglón con el dedo.

—¿Yo? ¡Yo no! ¡Ni siquiera sé en qué idioma está escrito!

—¿Pero no ves que es del Dante? —replicó casi con petulancia, tantas ganas tenía de que la sacasen de dudas.

—¿Entonces es italiano? —dije yo con tono de duda, porque no estaba seguro del todo.

—Sí, y me interesa mucho saber lo que dice aquí. Papá puede ayudarme algo, porque sabe latín. ¡Pero tiene tan poco tiempo!

—Me parece que a ti tampoco te queda mucho, puesto que, como ahora sucede, tienes que hacer dos cosas a la vez.

—¡Bah, eso no vale nada! Papá compró muy barato un montón de libros viejos. Ya tenía yo noticias de Dante y como además siempre me gustó Virgilio... el mondar manzanas no significaría nada con tal de que pudiera yo entender este italiano antiguo. ¡Qué bien si lo supieras tú!

—También quisiera —contesté arrastrado por la impetuosidad de su tono—. ¡Si estuviera aquí míster Holdsworth! Creo que habla el italiano como su propia lengua.

—¿Quién es míster Holdsworth? —preguntó Filis alzando la cabeza.

—Pues nuestro ingeniero director. Un hombre de primera fuerza; sabe hacer de todo.

El culto por el héroe y el orgullo por el jefe me arrastraron. Además, ya que yo no era inteligente ni instruido, algo valía, por lo menos, estar a las órdenes de uno que lo fuera.

—¿Y cómo es que habla italiano? —preguntó Filis.

—Porque tuvo que dirigir un ferrocarril en el Piamonte, que está en Italia, según creo, y, por lo tanto, tenía que hablar en italiano con los obreros. Le he oído decir que durante unos dos años que vivió en aquellos países tan remotos, no tuvo para leer más que libros italianos.

—¡Qué bien! ¡Cómo me gustaría!... —dijo Filis, y no continuó.

Yo dudaba si decirle o no lo que se me estaba ocurriendo, pero al fin me decidí:

—¿Quieres que le pregunte algo sobre tu libro y de las dificultades que encuentres?

Permaneció silenciosa unos instantes, y replicó después:

—No, mejor es que no. Sin embargo, muchas gracias. Casi siempre consigo resolver las dificultades con el tiempo, y entonces las recuerdo mejor que si me hubiese ayudado alguien. Bueno; ahora voy a dejar el libro y tú te vas a marchar, porque tengo que hacer la pasta para las empanadas; los domingos cenamos siempre cosas frías.

—¿Y no podría quedarme para ayudarte?

—Bueno, quédate; pero no porque me puedas ayudar en nada, sino porque me gusta tenerte a mi lado.

Esta franca confesión me halagó y me molestó al mismo tiempo. Estaba contento de que me quisiera; pero me daba cuenta de que era yo aún demasiado joven para dedicarme a hacerle el amor, y además, comprendí perfectamente que, de pasársele a ella por la cabeza tal idea, jamás me habría hablado con la franqueza que lo hizo. A pesar de todo, me consolé en seguida, pensando que las uvas estaban verdes. Aquel día fue el último en que pensé en mi querida prima Filis como dueña de mi corazón y de mi vida. ¡Una muchacha grandona, con mandil, que me llevaba media cabeza, que leía libros de los que yo no tenía la menor idea y hablaba de ellos con más interés que de cualquier otro asunto personal! Al prescindir por completo de mi ilusión arrojada y desterrada de mi espíritu, quedamos siendo aún mejores amigos.

Muy avanzada la tarde, regresó de Hornby el pastor. Había estado visitando a varios de sus feligreses, tarea que debió resultarle poco grata, a juzgar por los comentarios que a su pesar se le escaparon en la conversación.

—No consigo ver a los hombres; todos están en sus quehaceres, en sus tiendas o en sus campos; ahí es donde deben estar. No tengo nada que reprocharles por esto; pero si de algo sirven las enseñanzas de un pastor o las palabras de consejo, tanto las necesitan los hombres como las mujeres.

—¿No puedes ir a verlos a los lugares donde están ocupados? —preguntó su mujer—. Pero de todas maneras, haces el bien a las mujeres, y tal vez éstas repitan tus palabras a sus maridos y a sus hijos.

—Es de creer que lo hagan, ya que no puedo entenderme directamente con los hombres; pero las mujeres tardan en presentarse ante mí, por ponerse cintajos y adornos, como si pudieran entender mejor lo que les digo cuando están más compuestas. Hoy mistress Dobson... en fin, Filis, doy gracias a Dios porque no te preocupa la vanidad del vestir.

Filis se sonrojó ligeramente, y contestó en voz baja y humilde:

—Pues sí que me preocupa, papá. Algunas veces se me antoja llevar al cuello alguna cinta de colores, como las hijas del barón.

—Eso es natural —dijo su madre—. Yo misma prefiero un traje de seda a uno de algodón.

—La pasión por los trajes es una vanidad y una asechanza —dijo el pastor gravemente—. El verdadero adorno es un espíritu humilde y tranquilo. Pero, mujer —dijo, siguiendo una rápida idea que cruzó por su mente—, en este asunto también ya he pecado. Quería preguntarte si no podríamos dormir en el cuarto gris, en vez del de ahora.

—¡Dormir en el cuarto gris! ¡Cambiar de habitación a estas horas! —preguntó con horror mi prima Holman.

—Sí —contestó él—. Me evitaría el tener que encolerizarme todos los días. ¡Mírame la barbilla! —continuó—. Me corté esta mañana al afeitarme y me corté también el miércoles pasado. No sé cuántas veces me he cortado en estos últimos días, y todo por la indignación que me causa el ver trabajar en el patio a Timothy Cooper.

—Es un completo holgazán —dijo mi prima Holman—. No merece lo que gana. Poco es lo que puede trabajar, pero lo que hace, lo hace mal.

—Verdad —replicó el pastor—; pero el pobre es medio idiota y tiene mujer e hijos.

—Más vergüenza debía darle.

—Eso es caso perdido. Si yo lo despido, nadie le dará trabajo. Sin embargo, no puedo evitar el fijarme en él, cuando por la mañana está dando

vueltas en el patio y le contemplo, y me va irritando hasta que su holgazanería despierta en mí el hombre salvaje que todos llevamos dentro, y estoy viendo que el mejor día bajo y lo pongo en la calle —esto sin contar los cortes que por su causa me doy al afeitarme—, y entonces morirán de hambre su mujer y sus hijos. Preferiría que nos trasladáramos al cuarto gris.

Pocas cosas más recuerdo de mi primera visita a la granja de la Esperanza. Fuimos a la capilla de Heathbridge, caminando lenta y dignamente por las callejas, bajo los árboles, dorados por los calores del otoño, que ya se acercaba. El pastor marchaba delante de nosotros, con las manos a la espalda y la cabeza baja, pensando en la plática que iba a pronunciar. Nosotros íbamos detrás, hablando en voz baja para no distraerle de sus meditaciones. Me fijé en los respetuosos saludos que de todos recibía al pasar, a los que contestaba con un afectuoso movimiento de mano, aunque sin decir una palabra. Al entrar en el pueblo vi la admiración con que algunos muchachos miraban a Filis, y esto me hizo fijarme a mí también. Llevaba un traje blanco y una capa corta de seda negra, según la moda de aquel tiempo; un sombrero de paja con bridas de cinta oscura, y nada más; pero los colores que faltaban en el vestido los tenía en su dulce y linda cara. El paseo había teñido de rosa sus mejillas; el blanco de sus ojos había tomado un matiz azulado, y las oscuras pestañas hacían resaltar el intenso azul de sus pupilas. Llevaba el dorado pelo tan liso como lo permitían sus rizos naturales. Aunque Filis no se daba cuenta de la admiración que causaba, mi prima Holman sí, porque su semblante sereno reflejaba todo el orgullo y la satisfacción que era capaz de demostrar al ver cómo las gentes admiraban el tesoro que iba custodiando.

Aquella misma tarde tuve que regresar a Eltham para poder volver a la oficina al día siguiente. Después me enteré de que el pastor y su familia habían celebrado "consejo" acerca de si era procedente invitarme a volver a la granja, teniendo en cuenta que forzosamente había yo de regresar a Eltham los domingos. Me invitaron, sin embargo, y continué yendo a verlos siempre que mis ocupaciones me lo permitieron.

Míster Holdsworth se portó en esto, según costumbre, como el más amable e indulgente de los amigos. Mis nuevas amistades no le quitaron nada de mi fuerte adhesión ni de mi afecto; puedo decir afortunadamente que en mi corazón había sitio para todos, y por lo que aún recuerdo, continué alabándolos a todos de tal manera que, de haber tenido unos años más o más

mundo, me hubiera parecido no sólo exagerada, sino también un poco ridícula. El pastor acostumbraba a escuchar con el mayor interés y con su buena fe natural los relatos que le hacía de los muchos conocimientos y las varias aventuras de míster Holdsworth, y a éste, en correspondencia, le agradaba saber de mis visitas a la granja y le gustaba que le describiera la clase de vida que llevaban mis primos; le agradaba en el sentido de que le gustaba todo lo que era pura narración sin conducir a la acción.

Durante aquel otoño fui a la granja una vez al mes. La vida se deslizaba en ella tan tranquila y apacible, que sólo recuerdo un pequeño acontecimiento, y eso porque creo que me fijé en él más que nadie; Filis dejó de usar los mandiles que tanto me molestaban; ignoro la causa de tal cambio, pero en una de mis visitas los encontré reemplazados por unos preciosos delantales de batista durante la mañana y de seda negra por las tardes. También al acercarse el invierno el vestido de algodón azul fue sustituido por otro de tela oscura.

Hacia Navidad vino mi padre a visitarme y a consultar a míster Holdsworth sobre el invento conocido desde entonces con el nombre de "Rueda motriz de Manning". Según creo haber dicho, míster Holdsworth tenía un gran concepto de mi padre; había trabajado con él en un gran taller de construcción mecánica, donde míster Holdsworth había hecho sus prácticas. Los dos se habían mofado mucho de uno de esos señoritos-aprendices que, para no estropearse las manos, se ponían guantes de gamuza blanca para trabajar en el taller de forja. Míster Holdsworth me había hablado con frecuencia de mi padre diciéndome que tenía la misma especie de talento para las invenciones mecánicas que George Stepheson. En la presente ocasión, la venida de mi padre era para consultarle acerca de varias mejoras y ofrecerle una participación en el negocio. Me satisfizo mucho ver la mutua estimación en que se tenían. Míster Holdsworth, joven, guapo, dispuesto y elegante, admirado por toda la juventud de Eltham; mi padre, en cambio, con su traje de días de fiesta, decente, pero fuera de moda; con su cara ingenua e inteligente surcada de arrugas, señal de trabajo y de cavilaciones, ennegrecidas las manos, con las que ya no podían el agua ni el jabón, por los largos años de labor en la fundición; hablando con el rudo acento del Norte, mientras que míster Holdsworth, como muchos meridionales, tenía un dejo suave, del cual presumía en Eltham.

Mi padre que durante la mayor parte de las vacaciones estuvo ocupado con las conversaciones de negocios que he dicho, creyó que no debía marcharse de Eltham sin hacer una visita a los parientes que tan cariñosos se han mostrado con su hijo. En consecuencia, fuimos en una máquina hasta Heathbridge, por la línea aún no terminada, y quedamos invitados a pasar un día en la granja. Experimenté una sensación curiosa, y, muy agradable al ver cómo estos dos hombres, que hasta entonces habían vivido de modo tan diferente, parecieron coincidir como por instinto, después de haberse mirado por primera vez cara a cara, francamente. Mi padre era un hombre delgado, pero fuerte, de cinco pies y siete pulgadas de alto; el pastor era ancho de espaldas, tostado de color, de seis pies y una pulgada de estatura. Ninguno de los dos era por naturaleza muy dado a hablar, acaso tal vez el pastor era el más callado; pero hablaron mucho los dos. Ambos salieron al campo; me parece estar viendo a mi padre con las manos a la espalda escuchando con interés todas las explicaciones referentes a la labranza y a los diferentes métodos de cultivo; cogiendo a veces una herramienta, como por casualidad, y examinándola con ojo crítico; haciendo de vez en cuando una pregunta que, según podía ver yo, era juzgada como oportuna por su compañero. Después fuimos a ver el ganado, encerrado ya ante la amenaza de una tormenta de nieve que amenazaba por poniente con sus negruras, mi padre se enteró de las condiciones que debía reunir una buena vaca, como si fuera a dedicarse a labrador. Sacó un cuaderno de notas, que le servía para apuntar datos técnicos y medidas, y debajo del epígrafe "vaca" escribió: "lomo recto", "hocico pequeño", "vientre amplio" y no sé cuántas cosas más. Se burló mucho de una máquina para cortar nabos, cuya tosquedad le incitó a criticarla duramente. Cuando volvimos a la casa estuvo pensativo un rato, mientras Filis y su madre hacían los últimos preparativos para el té, acompañados de una disculpa de esta última, a la que nadie prestó atención, por no llevarnos a la sala, que estaría destemplada con aquella noche tan fría. Para mí nada mejor que el fuego crepitante y alegre que iluminaba el gabinete entero y se reflejaba en los pegotes de nieve adheridos a nuestros pies, haciendo que los viéramos más encendidos aún que el color escarlata de la alfombra tendida delante de la chimenea. Después de tomar el té, y cuando Filis y yo departíamos tranquilamente, oí decir a mi prima Holman, sin poderse contener:

— ¡Pero qué va a hacer ese hombre!

Miré y vi que mi padre había cogido un tizón de la chimenea, y después de esperar un momento a examinar el extremo quemado para ver si le servía, se dirigió a la mesa donde habíamos merendado, fregada y restregada hasta el grado máximo de limpieza y blancura, empezó a dibujar sobre ella con el tizón el primer sustitutivo que halló a mano de la tiza o el carboncillo, porque el lápiz de su libro de notas no era lo bastante duro ni negro para su propósito. Cuando hubo terminado el dibujo, empezó a explicar al pastor, que había permanecido silencioso todo este tiempo, un nuevo modelo de máquina para cortar nabos. Mientras tanto, mi prima Holman había sacado un plumero del cajón, y pretextando estar tan interesada como su marido en la explicación, probaba con disimulo, en una raya cerca del borde, si se borraba con facilidad, para ver si podría dejar después la mesa tan blanca como antes. Filis tuvo que ir a buscar el libro de Dinámica, acerca del cual fui consultado en mi primera visita, y mi padre tuvo que resolver al pastor muchas dificultades, y lo hizo con palabra tan clara como su pensamiento, ilustrando la explicación, siempre que lo necesitaba, con nuevos dibujos hechos con el tizón. El pastor permaneció sentado, de codos sobre la mesa, su maciza cabeza descansando entre las manos. Filis, como hija que era de su padre, escuchaba ansiosa, con una mano apoyada en su hombro.

Yo sentía por mi prima Holman lo que estaba pasando, como en otras ocasiones, porque por mucho que luciera ésta, ni siquiera alcanzaba a comprender el placer con que su marido e hija se entregaban a las cuestiones intelectuales, con lo que ella quedaba inevitablemente descartada de algunas de sus actividades. Varias veces pensé que estaba un poco celosa de su propia hija, por ser ésta compañera más apropiada para su marido que ella misma, y me imaginaba que el pastor se daba cuenta de este sentimiento, pues ya en diversas ocasiones había notado que daba un repentino cambio en la conversación y ponía cierta ternura en la voz al dirigirse a ella, con lo que volvía a quedar tranquila y contenta. No creo que Filis llegase a percatarse de estas ligeras nubes; en primer término, porque tenía devoción completa por sus padres, a los que escuchaba como si fueran oráculos, y además, porque siempre estaba abstraída en cualquier asunto, para fijarse en los hechos de los demás. Aquella noche pude notar, aunque ella no se dio cuenta, del mucho terreno que iba ganando Filis con mi padre. Hizo unas cuantas preguntas demostradoras de que había seguido perfectamente las explicaciones; también es posible que su rara belleza influyera para impre-

sionar favorablemente a mi padre. De todos modos, no se recató para expresar la admiración que por Filis sentía, en un momento en que ella salió del gabinete.

Me parece que de aquella tarde data un proyecto que mi padre me comunicó uno o dos días después, estando en mi habitación en Eltham.

—Pablo —me dijo—, nunca pensé ser rico; pero me parece que ahora estoy camino de serlo. Algunas personas están dando gran importancia a mi nueva máquina, y Ellison, el de los talleres de Borough Green, ha llegado a preguntarme si quiero ser socio suyo.

—¡Míster Ellison, el juez, que vive en King Street! ¡Pero si tiene coche propio! —dije yo entre dudoso y regocijado.

—Ese mismo, hijo, sólo que hasta ahora no hay señales de que yo pueda tener también coche propio, aunque bien me gustaría que tu madre no tuviera que andar a pie, porque ya no es muy joven. De todas maneras, queda mucho camino que andar. Cuento empezar con una participación de la tercera parte de los beneficios, unas setecientas libras o cosa así. Me gustaría tener medios para llevar a la práctica algunas de mis fantasías, lo que me interesa más que el dinero. Además, Ellison no tiene hijos varones, y dada la índole del negocio, vendría a parar a ti con el tiempo. Las hijas de Ellison son todavía muy jóvenes y no es probable que se casen por ahora, y cuando lo hagan puede ser que sus maridos no se dediquen a la mecánica. Si eres formal, ahí tienes tu porvenir. Ya sé que en cuestión de inventos no eres una lumbrera; pero hay mucha gente que prospera, sin fantasear sobre cosas que no han visto nunca. Me ha complacido mucho ver que los primos de tu madre son gente de buen sentido y honradez poco comunes. Al pastor lo considero ya como un hermano, y ella es una mujer de su casa, apacible y tranquila. Y voy a serte franco, Pablo; sería para mí un día feliz aquel en que vinieras a decirme que Filis Holman iba a ser mi hija. Creo que aunque la muchacha no tuviera un céntimo, sería una adquisición para un hombre; además, con el tiempo será dueña de aquella casa y de las fincas, y tú, si todo marcha bien, estarías a su altura en cuestión de fortuna.

Me puse tan encendido como la grana, sin saber qué decir y queriendo, sin embargo, decir algo. La idea de verme casado algún día, aunque ya había cruzado por mi mente en varias ocasiones, me pareció muy extraña, al

oír a mi padre expresarla ahora por primera vez. Al ver mi azoramiento, dijo con una sonrisa:

—Bueno, muchacho, ¿qué tienes que decir de los proyectos de tu viejo padre? Verdad que eres aún muy joven; pero cuando yo tenía tu edad hubiera dado la mano derecha sólo por haber podido pensar en la posibilidad de casarme con la muchacha que me gustaba.

—¿Mi madre? —pregunté un poco sorprendido al notar cierta emoción en su voz.

—¡No! No era tu madre. Tu madre es una santa mujer, no la hay mejor. ¡No! La muchacha que me gustaba cuando yo tenía diecinueve años nunca adivinó que la quería y nunca lo llegó a saber, porque murió uno o dos años después. Pobre Molly, creo que se hubiera alegrado de saberlo; pero tuve que marcharme del pueblo en que los dos vivíamos para buscar modo de ganarme la vida. Tenía propósito de volver; pero ella murió antes de que yo pudiera conseguirlo. No he ido por allá desde entonces. Si te gusta Filis Holman y puedes conseguir agradarle, hijo mío, no te pasará a ti lo que a tu padre.

Recapacité con gran rapidez y llegué a una conclusión que me parecía muy clara.

—Padre —dije—, por mucho que me gustara Filis, nunca llegaré a gustarle a ella. La quiero como a una hermana, y ella me corresponde como si yo fuera su hermano, su hermano pequeño.

Noté que el semblante de mi padre se oscurecía un poco.

—Ya has visto que es muy inteligente; su cultura más parece de un hombre que de una mujer: sabe latín y griego.

—Todo eso olvidaría cuando tuviera unos cuantos hijos —fue el comentario de mi padre.

—Pero es que además sabe otras muchas cosas; es tan discreta como instruida, ha convivido mucho con su padre. Nunca llegará a tener una gran opinión de mí, y yo quiero que la que sea mi mujer tenga un alto concepto de su marido.

—No es el haber estudiado mucho, ni la ignorancia lo que hace a una mujer estimar en mucho o en poco a su marido —replicó mi padre con visi-

ble repugnancia de abandonar un proyecto que había arraigado profundamente en su ánimo—. Es otra cosa, un algo, no sé cómo explicarlo con exactitud, que el hombre sea varonil, cariñoso y recto, y yo sé, hijo mío, que reúnes estas condiciones.

—No me gustaría que mi mujer fuera más alta que yo, "papá" —dije sonriendo.

También él se sonrió, pero de mala gana.

—Bueno —dijo después de una pausa—. Sólo hace unos días que he pensado en ello, pero me había encariñado con la idea como si fuera una nueva máquina que hubiese estado planeando. Ahí está nuestro Pablo, pensaba para mis adentros, un muchacho de buena pasta, con un buen negocio a la vista, diecinueve años, de no mala presencia, sin que se le pueda llamar guapo, y ahí está su prima, no muy cercana, pero lo bastante, podríamos decir; de diecisiete años, buena y sencilla; tan acostumbrada a trabajar con la cabeza como con las manos; ilustrada —cosa que ya no tiene remedio, y es más desgracia suya que defecto, teniendo en cuenta que es hija de un erudito—, pero como ya he dicho, estoy seguro de que una vez que sea madre lo olvidará todo; con una buena fortuna en campos y casas, el día en que el Señor quiera llevarse a sus padres; con unos ojos tan hermosos como los de Molly, un color tan sano sobre una piel tan blanca como la leche y una boca tan bonita como...

—Pero míster Manning, ¿qué hermosa dama está describiendo usted? —preguntó míster Holdsworth, que al entrar sin ruido sorprendió nuestra conversación y oyó las últimas palabras del elogio de mi padre.

Tanto mi padre como yo, nos quedamos algo confusos, por la naturaleza del tema que estábamos tratando; pero mi padre, hombre sencillo y recto, dijo la verdad.

—Estaba hablando a mi hijo de la oferta de Ellison, haciéndole ver el porvenir que esto representa para él.

—Quisiera yo tenerlo tan bueno —dijo míster Holdsworth—. Pero ¿tiene este negocio una boca bonita?

—Usted siempre de broma, míster Holdsworth —contestó mi padre—. Iba a decir que si él y su prima Filis Holman llegaban a estudiarse, no sería yo quien pusiera inconvenientes.

— ¡Filis Holman! —dijo míster Holdsworth—. ¿La hija del pastor-agricultor de Heathbridge? ¿A que he estado ayudando al desarrollo de un amor verdadero con dejarlo ir por allá tan a menudo? No sabía nada de esto.

—No hay nada que saber —dije yo, más enojado de lo que hubiera deseado aparentar—. No hay más amor verdadero en este caso que el que pueda existir entre los demás primos que se ven por ahí. Decía a mi padre que nunca pensará ella en mí; es mucho más alta y más lista que yo, y yo quiero, el día que la tenga, ser más alto y listo que mi mujer.

—¿Entonces es ella la que tiene la boca bonita de que hablaba su padre? Me parece que eso es un antídoto contra la inteligencia y el saber. Perdónenme ustedes por haberles interrumpido en la última noche que pasan juntos, pero tenía que tratar de negocios con su padre.

Se pusieron a hablar de muchas cosas que por entonces no me interesaban, y yo me di a recapitular sobre la conversación que había tenido con mi padre. Cuanto más pensaba, más me convencía de haber dicho la verdad áurea de mis sentimientos hacia Filis Holman. La quería tanto como a una hermana; pero no podía figurármela mi mujer, y aun mucho antes "condescendiente", esa es la palabra, a casarse conmigo.

La voz de mi padre, ensalzando caballerosamente al pastor y tratándolo de hombre extraordinario, me sacó de mi ensueño. Nunca sabré cómo pasaron del diámetro de las ruedas motrices a tratar de la familia de Holman; pero vi que las ponderosas alabanzas de mi padre habían excitado la curiosidad de míster Holdsworth, quien me dijo con tono casi de reproche:

—Pablo, nunca me había dicho qué clase de persona era ese pastor pariente de usted.

—No me había dado cuenta de ello —dije—. Pero aunque le hubiera hablado, usted no me habría escuchado como ha hecho con mi padre.

—¡No! ¡Probablemente, no, querido! —contestó riendo míster Holdsworth.

Una vez más noté lo agradable y distinguida que era su cara, y aunque aquella noche me había enfadado un poco por su entrada repentina y por haber oído la franca confidencia de mi padre, el héroe recobró con su jovial y simpática risa todo su ascendiente sobre mí. Si aquella noche no hubiese recobrado su antiguo prestigio lo habría conquistado a la mañana siguiente,

cuando, después de la marcha de mi padre, habló de él con todo respeto a su carácter y tanta admiración entusiasta por su gran genio mecánico, que, casi sin darme cuenta, me sentí obligado a decirle:

—Muchas gracias, le estoy a usted muy agradecido.

—De ninguna manera; sólo digo la verdad. He ahí un obrero de Birmingham que se ha educado a sí mismo; podríamos decir que jamás ha estado asociado con quienes pudieran estimularlo ni ha gozado de las ventajas que proporcionan el viajar y el contacto con el mundo; que ha moldeado sus propias ideas en hierro y en acero, haciéndose él solo un nombre científico como puede hacerse una fortuna si quiere trabajar por el dinero, y que ha conservado su rectitud de corazón y una perfecta sencillez de modales. Me indigno al pensar en el mucho dinero que han gastado mis padres en darme instrucción, en hacerme viajar de acá para allá, en montones de libros científicos, para que yo no haya hecho nada digno de mención. No hay duda de que eso está en la masa de la sangre, y si no, ahí está ese primo de ustedes, míster Holman, que debe estar hecho del mismo material.

—Pero el pastor sólo es pariente nuestro por haberse casado con una prima segunda de mi madre —dije yo.

—Esto echa por tierra mi teoría. Pero me gustaría hacer conocimiento con Holman.

—Estoy seguro de que se alegrarían mucho de verle a usted por su granja de la Esperanza —dije con vehemencia—. El caso es que me han dicho varias veces que le llevara a usted; pero yo no se lo he dicho, porque me figuraba que encontraría usted aquello aburrido.

—De ningún modo. Por ahora, sin embargo, no puedo ir, aunque me traiga usted una invitación; la Compañía quiere que haga una visita al valle de... para examinar el terreno y ver si sirve para construir un ramal. Es tarea que me ocupará algún tiempo; tendré que estar yendo y viniendo. Usted ya está al corriente de lo que ha de hacer durante mi ausencia. La única tarea que le queda fuera de su trabajo ordinario es la de evitar que se emborrache el viejo Jévons.

Continuó dándome instrucciones para la dirección de los obreros que trabajaban en el tendido del ferrocarril, y ni entonces ni en un plazo de varios meses se volvió a hablar una palabra de la granja de la Esperanza.

Míster Holdsworth se marchó al valle de..., estrecho y tan sombrío, que en pleno verano el sol se ponía por detrás de los montes antes de las cuatro de la tarde. Acaso fuera esto lo que le ocasionó una fiebre palúdica poco después del Año Nuevo. Estuvo enfermo mucho tiempo, casi muchos meses, por lo que vino a cuidarle una hermana casada que tenía en Londres. Yo iba a verle siempre que podía y le llevaba noticias "masculinas", como él las llamaba, le daba cuenta de los progresos que hacía el ferrocarril, que, celebró decirlo, dirigía yo en ausencia suya, al paso lento y seguro que mejor convenía a la Compañía en aquel tiempo en que los negocios languidecían y estaba caro el dinero en el mercado.

Como es lógico, con tanta ocupación y con el escaso tiempo que tenía libre, no fui muy a menudo a la granja de la Esperanza; pero siempre que lo hice encontré cariñosa acogida y me hicieron muchas preguntas relativas a la enfermedad de Holdsworth y a los progresos de su convalecencia. Por fin, allá por el mes de junio, se encontró míster Holdsworth lo suficientemente repuesto para volver a su alojamiento de Eltham a encargarse, poco a poco, de su trabajo. Su hermana, mistress Robinson, había tenido que marcharse algunas semanas antes a causa de una epidemia que se había desarrollado entre sus hijos. Mientras vi a míster Holdsworth en la habitación de la insignificante posada de Hensleydale, donde había pasado la enfermedad y en donde me había acostumbrado a considerarlo como un inválido, no me había percatado del gran daño que la fiebre había causado a su naturaleza; pero una vez que regresó a sus antiguas habitaciones, en las que en otros tiempos siempre le había visto tan enérgico, elocuente, decidido y vigoroso, se me cayó el alma a los pies. Me entristeció ver el cambio sufrido por una persona por la cual siempre había tenido un hondo sentimiento de afecto y admiración. El menor esfuerzo le dejaba débil y desalentado; parecía como si no pudiera decidirse a ejecutar acción alguna, o como si, una vez hecha la intención, le faltasen fuerzas para llevar a cabo su propósito. Claro que todo era un fenómeno natural de la lenta convalecencia después de una enfermedad tan larga; pero como en aquel tiempo yo no sabía esto, tal vez exagerase su estado y lo hiciera aparecer como más grave a los ojos de mis cariñosos parientes de la granja, quienes, dada su manera de ser, sencilla, seria y vehemente, me propusieron la única ayuda que podían prestar.

—Tráetelo aquí —dijo el pastor—. Estos aires son magníficos. Los días de junio son templados; puede matar el tiempo en el campo de heno, cuyo

perfume es un bálsamo mejor que todas las medicinas.

— Y dile — añadió mi prima Holman, casi quitándole la palabra a su marido — que hay aquí buena leche y huevos frescos a pedir de boca; precisamente "Daisy" acaba de parir, y su leche es tan espesa como la nata de las demás vacas. Además, tenemos el cuarto escocés, en el que entra el sol a torrentes por las mañanas.

Filis no dijo nada; pero me pareció tan interesada en el proyecto como los demás. Me encargué del asunto, porque deseaba que vieran a Holdsworth y que él los conociera, y así se lo propuse al volver a casa. Lo encontré demasiado lánguido después de las fatigas del día para decidirse a hacer el pequeño esfuerzo de irse a vivir entre personas extrañas, y me contrarió mucho que se negase en redondo a aceptar la invitación que le traía. A la mañana siguiente lo encontré cambiado; se excusó por su descortesía de la noche anterior y me dijo que dispondría todo para poder ir conmigo a la granja de la Esperanza el sábado próximo.

— Me decido a ir porque viene usted conmigo, Manning — dijo —. Yo tenía antes todo el atrevimiento que puede tener un hombre y hasta me gustaba estar entre gente extraña y hacerme oír, pero desde que he estado enfermo soy casi una muchacha y me pongo rojo de vergüenza, como les pasa a ellas, según yo me imagino.

Quedó resuelto que iríamos a la granja el sábado siguiente, y también que, si la vida y el aire le sentaban bien, se quedaría allí una semana, o diez días, trabajando lo que pudiera en aquel extremo de la línea, mientras yo le reemplazaba en Eltham lo mejor posible. A medida que se acercaba el día de la marcha me iba entrando una gran nerviosidad, pensando en cómo se llevaría el brillante míster Holdsworth con la pacífica y tranquila familia del pastor, y cómo juzgarían éstos su persona y sus costumbres medio extranjeras. Traté de ponerlo en antecedentes refiriéndole de vez en cuando pequeños incidentes de la vida en la granja de la Esperanza.

— Manning — me dijo —. Me parece que no me considera usted a la altura de sus parientes. Vamos, hombre, confíeselo usted.

— No — repliqué atrevidamente —. Le tengo a usted por una buena persona, pero no sé si la bondad de usted será de la misma clase que la de ellos.

— Y usted ha pensado ya que hay mayor dificultad para entenderse entre "dos clases de bondad", cada una con su idea propia de lo justo, que entre una cierta bondad y un grado moderado de maldad, que con frecuencia puede provenir de la indiferencia por lo justo, ¿no es eso?

— No lo sé. Me parece que se mete usted en honduras metafísicas, y tengo la certeza de que eso no puede hacerle provecho.

— Vamos, cuando alguien le habla a usted en términos que usted no comprende, sobre un asunto que él tampoco entiende, eso es metafísica, ¿no? ¿Se acuerda usted, Manning, de la definición del "clown"?

— No, no me acuerdo — contesté —; lo único que sé es que debe usted acostarse y decirme a qué hora vamos a salir mañana, para ir a ver a Hepworth, y que escriba esas cartas de que hablábamos hoy.

— Espere usted hasta mañana y veremos qué tal se presenta el día — lo dijo con tanta languidez e indecisión, que me demostró que estaba más que fatigado.

En vista de esto le dejé solo. El día amaneció despejado y sereno; un verdadero modelo de día de principios de verano. Míster Holdsworth rebosaba impaciencia por marchar al campo. La mañana le había devuelto fuerza y frescura y con ellas una verdadera prisa por ponerse en camino. Yo tenía mis temores de que fuéramos a llegar a la granja demasiado temprano, antes de la hora en que nos esperaban; pero ¿cómo podía yo contener a hombre tan inquieto y vehemente como estaba míster Holdsworth aquella mañana? Llegamos a la granja de la Esperanza antes de que hubiera desaparecido el rocío de la hierba en los lugares sombríos de la calleja. El gran mastín estaba suelto tumbado al sol, cerca de la puerta lateral, que estaba cerrada, lo que me sorprendió, porque durante todo el verano había estado abierta noche y día. Como sólo tenía echado el pestillo, la abrí mientras Rover me contemplaba con ojos medio confiados, medio desconfiados. La habitación estaba vacía.

— No sé por dónde andarán — dije yo —; pero entre usted y siéntese mientras voy a buscarlos. ¡Debe usted estar cansado!

— No lo estoy. Este aire suave y puro vale más que un millar de tónicos. Además esta habitación está templada y huelen bien esas cenizas acres de madera. ¿Qué hacemos?

—Vamos a la cocina; Betty nos dirá dónde están.

Dimos la vuelta por el corral, acompañados por "Rover", que marchaba gravemente, como cumpliendo un deber. Betty estaba lavando los cántaros de la leche en un pilón de piedra, por el que corría mansamente el agua fresca de un manantial. En el buen tiempo, hacía al aire libre gran parte de sus trabajos de cocina.

—¡Hombre! —dijo la muchacha—. ¡El señor y la señora están en Hornby! No les pasó por la imaginación pudieran venir ustedes tan temprano. La señora tenía que hacer unos encargos y decidió ir con el pastor, para estar de vuelta a la hora de comer.

—¿No nos esperaban a comer? —pregunté.

—Sí, bueno; los esperaban y no los esperaban, podría decirse. La señora me dijo: "Si no vienen, hay bastante con el cordero fiambre, y si vienen, pon a cocer un pollo y un poco de jamón", y esto es lo que voy a hacer ahora mismo, porque el jamón es difícil de cocer.

—¿Y Filis también se fue?

Míster Holdsworth estaba haciendo amistad con Rover.

—¡No! Anda por ahí. Seguramente la encontrarán cogiendo guisantes en la huerta.

—Vamos allá —dijo Holdsworth dejando de acariciar al perro.

Inicié la marcha hacia la huerta, que prometía aquel verano gran abundancia de hortalizas y de frutas. Tal vez no estaba tan atendida como las otras partes de la finca, pero sí más cuidada que la mayoría de las huertas de las granjas. A los lados de los caminos enarenados había arriates de flores, y en la parte norte, un antiguo muro de abrigo, cubierto de árboles frutales, variedades escogidas. El terreno se deslizaba en pendiente hacia el estanque de los peces, situado en un extremo, en donde había grandes bancales de fresas y, aprovechando los menores espacios, plantas de frambuesas y rosales esparcidos como al azar. Largas plantaciones de guisantes formaban ángulo recto con el paseo central, y entre ellas vi a Filis, agachada, antes de que ella se percatara de nuestra presencia. En cuanto oyó el rechinar de nuestros pasos en la arena, se puso de pie, y resguardando sus ojos del sol, nos reconoció. Se quedó inmóvil un momento y acabó por acercarse, sonroján-

dose un poco, con muestra de cortedad. Yo nunca había visto ruborizarse a Filis.

—Filis, éste es míster Holdsworth —dije dándole la mano.

Ella le miró y bajó la vista, más encendida que antes, al ver que se quitaba el sombrero y le hacía una cortesía. Jamás se habían usado semejantes modales en la granja de la Esperanza.

—Papá y mamá han salido. ¡Lo van a sentir mucho! ¿Por qué no escribiste, Pablo, como habías prometido?

—La culpa ha sido mía —dijo Holdsworth, adivinando su intención como si la hubiera expresado por completo—. Todavía no he renunciado a los privilegios que tienen los inválidos, y uno de ellos es la indecisión. Cuando su primo me preguntó anoche a qué hora partiríamos, no supe verdaderamente decidirme.

Tampoco parecía mi prima haber decidido lo que iba a hacer con nosotros y traté de ayudarla.

—¿Has acabado de coger guisantes —dije quitándole la cesta a medio llenar, que inconscientemente conservaba en la mano—, o nos quedamos para ayudarte?

—Si quieren ustedes... Pero tal vez se fatigue usted —añadió dirigiéndose a Holdsworth.

—Nada de eso —dijo éste—; al contrario, esto va a rejuvenecerme veinte años, cuando cogía guisantes en la huerta de mi abuelo. Supongo que podré comer algunos.

—Desde luego; pero si va usted a los bancales de fresa, encontrará algunas maduras. Pablo le indicará a usted dónde están.

—Me parece que no tiene usted mucha confianza en mí. Aseguro a usted que conozco perfectamente el grado de madurez en que deben ser cogidos los guisantes; tendré gran cuidado en no coger los verdes. No me avengo a ser despedido como inepto para el trabajo.

Como Filis no estaba acostumbrada a este estilo medio en broma, se le quedó mirando como si pensara defenderse de la traviesa acusación de desconfianza, pero acabó por no decir palabra. Los cinco minutos que siguieron

ieron fueron empleados silenciosamente en coger guisantes, hasta que Holdsworth, poniéndose de pie entre las filas, exclamó un poco fatigado:

—Me parece que voy a tener que declararme en huelga. No estoy tan fuerte como mis ilusiones me hacían creer.

Filis se arrepintió inmediatamente, pues Holdsworth estaba muy pálido, y ella se culpaba por haber permitido que la ayudase.

—Ha sido una desconsideración mía. No sabía; creí que tal vez le agradaría a usted. ¡Debí haberle ofrecido algo de alimento! ¡Mira, Pablo, ya hemos cogido bastantes! ¡Qué tonta he sido! ¡Debí darme cuenta de que míster Holdsworth ha estado enfermo!

Y presurosa y avergonzada nos dirigió hacia la casa. Entramos y acercó una cómoda butaca, en la que Holdsworth con gran satisfacción, se dejó caer. Afanosa y ligera, trajo después una bandeja pequeña con vino, agua, una torta, pan casero y manteca fresca. Permaneció llena de ansiedad hasta que, después de tomar un bocado y un sorbo de vino, volvió el color a la cara de míster Holdsworth, quien se creyó obligado a excusarse sonriendo por el susto que nos había dado. Esto fue motivo de que Filis cesara en su demostración inocente de solicitud y de interés y cayera de nuevo en la fría reserva habitual en ella cuando por primera vez se encontraba entre personas extrañas. Trajo el periódico local de la última semana —leído ya por míster Holdsworth hacía cinco días— y se retiró silenciosamente. Él cayó en un desfallecimiento y se recostó con los ojos cerrados, como si quisiera dormir. Fui a la cocina, en busca de Filis; pero ella había dado la vuelta, y la encontré sentada en el poyo, con la cesta de guisantes y una cazuela al lado, en la que los echaba una vez desgranados. Rover, tumbado a sus pies, tiraba bocados a las moscas. Me acerqué y me puse a ayudarle; pero los tiernos guisantes iban a parar a mi boca con más frecuencia que a la cazuela, mientras hablábamos en voz baja, por temor de ser oídos a través de las abiertas ventanas del gabinete, en el que descansaba Holdsworth.

—¿No lo encuentras guapo? —pregunté yo.

—Tal vez sí... Casi no me he fijado en él.

—Pero ¿no es verdad que parece extranjero?

—Sí; lleva cortado el pelo a la moda extranjera.

—A mí me gusta que los ingleses parezcan ingleses.

—No parece que él se fije mucho en eso. Dice que empezó a pelarse así cuando estuvo en Italia, porque así lo llevaba allí todo el mundo, y es lógico que lo conserve en Inglaterra.

—No es lógico; si empezó en Italia porque todo el mundo lo llevaba así, todo el mundo lo gasta aquí de otra manera.

Me molestó un poco la dialéctica de Filis, para encontrar faltas a mi amigo y quise cambiar de conversación.

—¿Cuándo vuelve tu madre?

—Creo que vendrá de un momento a otro; pero como tenía que ver a mistress Morton, que está enferma, tal vez se detenga y acaso no llegue a casa, hasta la hora de almorzar. ¿No crees, Pablo, que debías ir a ver cómo se encuentra míster Holdsworth? Puede haberse desmayado otra vez.

Para complacerla entré; pero sus temores eran infundados. Míster Holdsworth estaba de pie, delante de la ventana, con las manos en los bolsillos, y evidentemente había estado mirándonos. Al entrar yo se volvió.

—¿De modo, Pablo, que ésta es aquella joven de la boca bonita que su padre le proponía para mujer, cuando los interrumpí? ¿Sigue usted pensando aún con la misma modestia? No lo parecía hace unos minutos.

—Filis y yo nos llevamos perfectamente —repliqué de mal humor—. Somos como dos hermanos. Aunque no hubiese más hombre que yo en el mundo, probablemente no me aceptaría por marido, y haría falta mucho para que yo pensase en ella como... como mi padre desea —de ningún modo quería yo decir "como mi mujer"—: pero nos queremos tiernamente.

—Bueno; no deja de sorprenderme bastante, no el que se quieran ustedes como hermano y hermana, sino que considere usted tan imposible enamorarse de una mujer tan bonita...

¡Mujer! ¡Mujer bonita! Yo consideraba a Filis como una muchacha bien parecida, pero un poco agreste, y no podía borrar de mi imaginación el mandil cuando trataba de representármela. Entonces me volví para verla por la ventana, como hacía míster Holdsworth; había terminado de desgranar guisantes, y estaba de pie, de espaldas a nosotros, con la cesta y la cazuela en alto, para quitarla del alcance de "Rover", que con saltos, ladridos y

acometidas, a lo que se figuró ser un premio rehusado, daba suelta a su gozo. Por fin se cansó Filis de este juego y lo terminó, haciendo ademán de pegar al perro y con un "¡Abajo, Rover, quieto!", miró hacia la ventana en donde estábamos, como para cerciorarse de que el ruido no había molestado a nadie. Al vernos se sonrojó y apresuró el paso, mientras "Rover" describía curvas saltando a su alrededor.

— ¡Cuánto me gustaría haber sacado un apunte de ella en este momento! — dijo míster Holdsworth volviéndose. Se dejó caer en la butaca, estuvo en silencio un momento y tornó a ponerse en pie —. Daría cualquier cosa por ojear un libro — dijo —. Así me estaría más tranquilo.

Se puso a mirar a su alrededor: en la mesa de jugar al tejo había unos cuantos libros.

— «Quinto tomo del Comentario», por Matthew Henry — dijo leyendo los títulos en alta voz —. «Manual completo de la mujer de su casa»; «Dodridge en oración» — de pronto exclamó, con sorpresa —: ¡«La divina comedia» de Dante! Pero ¿quién lee esto?

— Ya le dije a usted que lo leía Filis. ¿No se acuerda? También sabe latín y griego.

— ¡Claro, ya me acuerdo! Siempre me ha sucedido esto de no saber atar cabos. ¿Esta muchacha apacible, llena de virtudes domésticas, es entonces la erudita extraordinaria que con sus preguntas le puso en tanto aprieto la primera vez que vino usted aquí? ¡Seguro! ¡La prima Filis! ¿Qué es esto? Un papel en el que están apuntadas las palabras difíciles y anticuadas. No acierto a adivinar qué diccionario manejará. Ni el de Baret le dirá el significado de todas. ¡Hombre! Aquí hay un lápiz. Voy a escribir los significados aceptados más corrientemente, y así le ahorro ese trabajo.

Se fue con el libro y el papel a una mesita y se puso a escribir la traducción y definición de las palabras que habían chocado a Filis. Me pareció que se estaba tomando una libertad y no me agradó, ni todavía sé el porqué.

No había hecho más que terminar, meter el papel en el libro y colocarlo en su sitio, cuando oí el ruido de ruedas que se detenían en la calleja, y al mirar por la ventana, vi a mi prima Holman apearse del carricoche de un vecino, hacer una pequeña cortesía en señal de gracias y dirigirse hacia la casa. Salí a su encuentro.

—¡Oh, Pablo! —dijo—. ¡Cuánto siento haberme retrasado! Además, Thomas Dobson me dijo que si quería esperar un rato me... Pero, ¿dónde está tu amigo, míster Holdsworth? Supongo que habrá venido.

En aquel momento salió Holdsworth, y estrechándole la mano, le dio las gracias en su manera cordial y agradable por haberle invitado a venir a reponerse.

—Me alegro mucho ver a usted aquí. Fue idea de mi marido. A mí se me metió en la cabeza que iba a aburrirse en esta casa, demasiado tranquila para usted, porque Pablo me ha dicho que ha viajado usted mucho; pero el pastor me contestó que tal vez le conviniese a usted la tranquilidad mientras estuviese delicado y que yo dijera a Pablo que permaneciese aquí todo el tiempo que pudiera. Espero que se encontrará a gusto entre nosotros, casi seguro. No sé si Filis le habrá dado algo de comer y beber. Hay que comer poco, pero con frecuencia, para reponerse después de una enfermedad.

Después, con su manera sencilla y maternal, empezó a preguntarle detalles de su enfermedad. Él pareció conocerla al momento y simpatizó en seguida con ella. No fue tan sencilla la cosa por la noche, cuando volvió el pastor. Los hombres, la primera vez que se tratan, tienen que vencer un poco de su reserva natural. En este caso, cada uno de ellos estaba dispuesto a hacer un esfuerzo para agradar al otro; sólo que uno era para el otro un ejemplar de clase desconocida.

En la tarde del domingo tuve que marcharme de la granja para poder desempeñar en Eltham no sólo mi trabajo, sino también el de míster Holdsworth. No estaba yo muy seguro de cómo marcharían las cosas durante la semana que Holdsworth iba a pasar en la granja. Varias veces había estado yo sobre ascuas, esperando un inminente choque de opiniones entre el pastor y mi tan celebrado amigo. El miércoles recibí dos cartas de Holdsworth diciendo que se quedaba para regresar conmigo el domingo siguiente y que le enviase algunos libros, su teodolito y otros instrumentos de Geodesia, todo lo cual podía remitirle fácilmente a Heathbridge por ferrocarril.

Fui a su alojamiento y escogí los libros, italianos, latín y Trigonometría, con los que hice un paquete bastante considerable, y, además, los instrumentos. Empecé a sentir curiosidad por saber el curso que llevaban los acontecimientos en la granja; pero no pude ir hasta el sábado. En Heath-

bridge encontré a míster Holdsworth, que había salido a esperarme. Parecía un hombre totalmente distinto del que yo había dejado; curtido, chispeantes los ojos, antes tan lánguidos. Le dije lo repuesto y lo fuerte que lo encontraba.

— Sí — me contestó —. Tengo afán por volver a trabajar. La semana pasada me horrorizaba pensar en mis ocupaciones y ahora estoy deseando hacer algo. Esta semana de campo ha obrado maravillas en mí.

— ¿Entonces lo ha pasado bien usted?

— ¡Oh!, ha sido una temporada perfecta en su género. ¡Una vida de campo tan completa! Y, sin embargo, nada del aburrimiento que yo siempre me imaginaba como inseparable de la vida campestre; todo ello a causa de la extraordinaria inteligencia del pastor. He acabado por llamarle "el pastor", como los demás.

— Vamos, ¿entonces se entienden ustedes bien? — pregunté yo —. Tenía ciertos temores.

— Me parece que una o dos veces he estado a punto de molestarle por mis afirmaciones impetuosas y mis frases exageradas, como las que acostumbra uno a emplear con el resto del mundo sin darles importancia; pero procuré reprimirme al ver cómo se escandalizaba el hombre. Realmente es un ejercicio saludable cuidar de que las palabras representen los pensamientos de uno mismo, en vez de fijarse solamente en el efecto que producen en los demás.

— ¿Entonces ahora son ustedes casi amigos? — pregunté.

— Sin casi, amigos del todo, por lo menos por mi parte. Jamás he encontrado otro hombre con tan gran deseo de saber. En cultura, en lo que puede saberse por los libros, está por encima de mí en muchas cuestiones; en cambio yo he viajado y he visto... ¿No le ha sorprendido la lista de cosas que le pedí?

— Sí, por cierto que no prometían mucho descanso para usted.

— ¡Oh, algunos de los libros eran para el pastor y otros para su hija! Para mí la nombro Filis, pero empleo un modo indirecto cuando tengo que hablar de ella a otras personas. No quiero resultar demasiado familiar, y, sin embargo, el "miss Holman" es un término con el que nunca la nombra nadie.

— Ya me figuro que los libros italianos serían para ella.

— ¡Sí! Figúrese que para primer libro en italiano escoge uno de Dante. Yo tenía una magnífica novela de Manzoni, "I promessi sposi — Los novios", lo más apropiado para un principiante. Además, si quiere seguir leyendo el Dante, mi diccionario es mucho mejor que el suyo.

— Entonces, ¿supo ella que usted había escrito aquellas definiciones en su lista de palabras?

— ¡Oh, sí!... — me dijo con una sonrisa de placer y de satisfacción.

Iba a contarme lo que había ocurrido cuando se contuvo.

— Me parece que acaso no le agrada al pastor que le haya usted dado a leer una novela.

— ¡Bah! ¿Puede haber cosas más inofensivas? ¿Por qué hacerle aspavientos a una palabra? Es el cuento más bonito e inocente que puede usted figurarse. Creo que no supondrá usted que confunden a Virgilio con el Evangelio.

En esto llegamos a la granja. Me pareció que Filis me hizo un recibimiento más efusivo que de costumbre y que mi prima Holman se me mostró como la bondad personificada. Sentí, sin embargo, la impresión de que había perdido mi puesto y de haber sido reemplazado por Holdsworth. Éste sabía ya todas las costumbres de la casa; prodigaba mil pequeñas atenciones filiales a mi prima Holman, trataba a Filis con la afectuosa condescendencia de un hermano mayor, pero sin pasar de ahí, sin darle otra significación. Con el mayor interés me hizo varias preguntas relacionadas con la marcha de los asuntos en Eltham.

— ¡Ah! — dijo mi prima Holman —. La semana que viene va a pasarla usted de muy distinto modo a como ha pasado ésta. Me figuro lo ocupado que va usted a estar. Si no tiene usted cuidado caerá enfermo otra vez y tendrá que volver a nuestra tranquila manera de vivir.

— ¿Pero es que cree usted que necesito verme enfermo para estar deseando volver aquí? — contestó Holdsworth con calor —. Lo único que temo es que, como me han tratado ustedes con tanto cariño, de ahora en adelante siempre voy a estar queriendo volver a esta casa.

—Eso me parece muy bien —replicó mi prima—. Sólo que es necesario que no vaya usted a trabajar demasiado y caiga enfermo otra vez. Le recomiendo que por las mañanas siga usted tomando un vaso de leche fresca; es la mejor medicina; y si quiere, añada una cucharada de ron. Mucha gente dice que así es mejor; pero nosotros no tenemos ron en casa.

Llevé conmigo una atmósfera de vida activa que presumí había empezado a echar de menos Holdsworth, así que me pareció natural que buscara mi compañía después de una semana de tranquilidad. En un momento que estábamos charlando los dos vi que Filis nos miraba con expresión de seria curiosidad; pero tan pronto como su mirada se encontró con la mía, se volvió, ruborizándose profundamente.

Aquella noche tuve un rato de conversación con el pastor, salí a dar una vuelta por el camino de Hornby para encontrarle, porque Holdsworth estaba dando lección de italiano a Filis y mi prima Holman se había quedado dormida sobre su labor. No sé cómo, y con agrado por mi parte, nuestra conversación recayó sobre el amigo que había llevado a la granja de la Esperanza.

—¡Sí! ¡Me agrada! —dijo el pastor, pesando un tanto sus palabras al hablar—. Me agrada, y creo estar en lo cierto; pero, por decirlo así, me subyuga y casi he temido que me arrastrase, a pesar de mi serenidad. Es una buena persona.

—Sí que lo es —dije yo—. Mi padre tiene un gran concepto de él; yo mismo le he tratado bastante y no le hubiera traído si no hubiese supuesto que le iba a agradar a usted.

—Sí —dijo dudando una vez más—. Me agrada y lo tengo por hombre recto. A veces noto falta de seriedad en su conversación; pero, al mismo tiempo, encanta oírle. Hace revivir a Horacio y a Virgilio con las narraciones de su estancia en los países donde vivieron y donde dice que hoy en día... Es como una bebida espirituosa. Lo escucho hasta el punto de descuidar mis deberes y me siento atraído. En la noche del último domingo llevó la conversación a un terreno hartamente profano, nada propio del día.

En aquel momento habíamos llegado a la casa y terminó nuestra conversación; pero antes de terminar el día vi el inconsciente dominio que sobre toda la familia había logrado mi amigo. Y no hay que maravillarse de esto;

era tanto lo que había visto, tantas cosas había hecho por el mundo en comparación con ellos, y las refería con tanta facilidad y naturalidad, como nunca he visto hacer a otra persona. Siempre tenía preparado el lápiz para dibujar en cualquier papel toda clase de ilustraciones: maneras de sacar agua en el Norte de Italia, carros para transportar vino, bueyes, pinos y no sé cuántas cosas más. Después que todos habíamos visto los dibujos, los recogía Filis y los guardaba.

¡Muchos años hace que no veo a Edward Holdsworth; era un hombre encantador! ¡Ah, y bueno también, aunque ha sido mucho el daño que me causó!

TERCERA PARTE

Después de lo que he contado fui a mi casa a pasar una semana de vacaciones. Me encontré con que todo prosperaba en ella y que la nueva sociedad en que había entrado mi padre satisfacía por entero a ambos partícipes. En nuestro modesto hogar no se notaba el aumento de bienestar; sólo mi madre gozaba de unas cuantas comodidades que mi padre le procuraba. Hice conocimiento con míster y mistress Ellison, y hablé por primera vez a la preciosa Margaret Ellison, hoy mi mujer.

Cuando regresé a Eltham encontré resuelta una cuestión que habíamos estado tratando hacía ya algún tiempo: que Holdsworth y yo íbamos a trasladar nuestra residencia a Hornby, en donde era precisa nuestra presencia la mayor parte del tiempo para terminar el ferrocarril por aquel lado. Esto tuvo la natural consecuencia de una mayor facilidad de comunicaciones con los habitantes de la granja de la Esperanza, puesto que podíamos ir a ella con toda comodidad dando un paseo, una vez terminadas nuestras tareas cotidianas, y pasar en ella un par de horas y aun teníamos tiempo para regresar antes de que desapareciera por completo la luz del crepúsculo estival.

Muchas tardes nos quedamos con ganas de permanecer más tiempo en la granja; el aire libre y el campo fresco y abierto contrastaban demasiado con el alojamiento estrecho y caluroso que compartíamos en la ciudad míster Holdsworth y yo, pero el acostarse y levantarse temprano eran una costumbre tan imperiosa en el pastor, que no tenía reparo alguno en echarnos de su casa una vez terminada la oración de la tarde o "ejercicio", como él decía.

Cuando pienso en aquel verano me acuden recuerdos de días muy felices, en los que no ocurrieron acontecimientos de importancia. Se presentan

como cuadros ante mi memoria, y sólo puedo fijar las épocas en que transcurrieron, porque sé que la recolección del grano sigue a la siega del heno, y la recogida de las manzanas viene después de la cosecha del grano.

Nuestro traslado a Hornby nos ocupó algún tiempo, durante el cual ninguno de los dos tuvimos ocasión de ir a la granja. Mientras yo estuve de vacaciones en casa de mis padres míster Holdsworth solo fue una vez. Ya de vuelta una tarde de bochorno, terminada nuestra labor, me propuso Holdsworth ir dando un paseo a hacer una visita a los Holman. Sucedió que por las prisas de nuestro trabajo yo no había podido escribir a mi casa la carta semanal acostumbrada y deseaba escribirla antes de salir. Holdsworth dijo entonces que iría solo y que yo podía seguirle cuando terminara, lo que hice poco después de una hora. Recuerdo que el tiempo estaba tan bochornoso, que al poco rato de andar, me quité la americana y seguí con ella al brazo.

Al llegar a la granja encontré abiertas todas las puertas y ventanas. En los árboles no se movía ni la más pequeña hoja. El silencio era profundo, tanto, que en un principio supuse que la casa estaba desierta; pero al acercarme a la puerta oí una voz suave y débil que empezó a cantar. Era mi prima Holman, que completamente sola en el gabinete, entonaba un himno mientras que hacía labor de punto a la velada luz. Me acogió cariñosamente y me dio todas las pequeñas noticias domésticas de la pasada semana; yo a mi vez tuve que decirle cómo se encontraban mis padres y lo que había hecho durante mi estancia con ellos.

—¿En dónde están los demás? —pregunté al fin.

—Betty y los mozos estaban en el campo cargando apresuradamente el último carro de heno, porque el pastor había dicho que iba a llover antes de que amaneciera. El pastor mismo, Filis y míster Holdsworth, estaban ayudando a la faena. También ella pensaba que podía haber hecho algo, aunque tal vez era la menos a propósito de todos para cargar heno; pero, además, alguien tenía que quedar al cuidado de la casa con tantos vagabundos como rondaban por allí. Si yo no hubiese estado empleado en el ferrocarril, ella los habría llamado peones.

Le pregunté si no le importaba quedarse sola, porque también a mí me gustaría ir a ayudar; y habiendo obtenido permiso para dejarla, me marché siguiendo sus indicaciones; crucé el corral, pasando por el abrevadero;

seguí por el seto de los fresnos, y de este pasé a otro más alto, en cuyo centro había algunos acebos. Llegué por fin y encontré a Betty con todos los hombres; vi un campo limpio y un carro muy cargado; un hombre en lo alto de la gran pila listo para coger el fragante heno que los otros le echaban con las horcas y un montón de ropas en una esquina del campo —porque aunque ya eran las siete de la tarde, el calor era insoportable—; unos cuantos cestos y vasijas, y Rover, jadeante, tumbado al lado, montando la guardia. Abundaba la conversación, bulliciosa y animada; pero ni el pastor, ni Filis, ni míster Holdsworth aparecían por parte alguna. Betty me vio la primera y comprendiendo lo que buscaba se adelantó diciéndome:

—Están más allá, haciendo no sé qué con los aparatos de míster Holdsworth.

Así, pues, fui «más allá», a una elevada meseta llena de eminencias de arena rojiza y de altibajos, flanqueada por oscuros abetos teñidos de púrpura por el sol que caía, pero deslumbrantes con infinitad de hiniestas en flor o tojos, como las llamamos en el Mediodía, que, vistos sobre el fondo de los distantes árboles, parecían de reluciente oro. En este matorral, y un poco lejos de la entrada, vi a los tres. Noté sus cabezas reunidas en ansioso grupo, alrededor del teodolito de Holdsworth, que estaba enseñando prácticamente al pastor el arte de levantar planos y hacer una nivelación. Fue reclamada mi ayuda, y me encargaron en seguida del banderín y la cadena de medir. Filis estaba tan interesada como su padre, y casi no me miró para saludarme: tanto afán tenía por oír la contestación a una pregunta hecha por aquel.

Trabajamos como unos cinco minutos después de mi llegada, mientras se acumulaban cada vez más las oscuras nubes. De repente, justo sobre nuestras cabezas, brilló un relámpago deslumbrador y sonó el ruido sordo y el tableteo del trueno, antes de lo que todos nos figurábamos. La lluvia no tardó mucho; empezó a diluviar, y ¿dónde buscar refugio? Filis no tenía más que el traje de casa, sin sombrero ni chal. Rápido como los relámpagos que nos cegaban, Holdsworth se quitó la chaqueta y la echó por encima de la cabeza y los hombros de Filis, y casi sin decir palabra nos hizo ir con gran prisa en busca del escaso abrigo que ofrecía el saliente de uno de los montículos de arena. Allí nos refugiamos apiñados: Filis en el centro, tan apretada, que no podía mover los brazos para quitarse la chaqueta, que, a su

vez, quería colocar sobre la espalda de míster Holdsworth. Al hacerlo, le tocó la manga de la camisa.

—¡Oh, cómo está usted de mojado! —exclamó llena de lástima y de temor—. ¡Y casi no repuesto aún de la fiebre! ¡Cuánto lo siento, míster Holdsworth!

Este volvió un poco la cabeza sonriendo.

—Si cojo un resfriado, la culpa es solo mía, por haber entretenido a ustedes para que se quedasen aquí.

Ella volvió a murmurar:

—¡Cuánto lo siento!

Entonces nos dijo el pastor:

—Es un aguacero en toda regla. ¡Gracias a Dios que el heno está a salvo! Como esto no lleva trazas de acabar, lo mejor que se puede hacer es que vaya a casa y mandarles algo en que se envuelvan, porque los paraguas no son seguros con tantos truenos y relámpagos.

Holdsworth y yo nos ofrecimos a ir en su lugar; pero el pastor estaba decidido a ser él quien fuera, aunque habría sido más acertado que Holdsworth, mojado como estaba, hubiera continuado haciendo ejercicio.

Al marcharse su padre, salió Filis y echó una mirada sobre el páramo, barrido por la tormenta. Parte de los instrumentos de Holdsworth estaban allí expuestos a la lluvia. Antes de que pudiéramos darnos cuenta se lanzó al campo, recogió las varias cosas y las trajo triunfalmente al refugio en donde nos cobijábamos. Holdsworth permaneció indeciso entre ir o no a ayudarla. Filis regresó corriendo, flotante y mojado su pelo largo y encantador, los ojos alegres y brillantes y el color encendido por el ejercicio y por la lluvia.

—Bueno, miss Holman; a esto lo llamo yo terquedad —dijo Holdsworth al recibir los aparatos—. No, no pienso dar a usted las gracias —aunque le estaba contradiciendo la expresión y la mirada—. Mi insignificante mojadura ha molestado a usted porque piensa que fue en servicio suyo; así que decidió usted ponerme a mí tan molesto como usted estaba. Ha sido una venganza nada cristiana.

Su tono de *badinage* —como dicen los franceses— era bien perceptible para cualquiera que tuviera mundo; pero como a Filis no le sucedía esto, le dolió, o mejor dicho, la desorientó. «Nada cristiana» tenía para ella una significación muy seria; no eran palabras para ser empleadas con ligereza, y aunque no se dio perfecta cuenta del mal de que se le acusaba, rechazó vivamente la imputación. Al principio divirtió a Holdsworth el calor con que negaba los motivos de molestia, y la continuación de la broma por parte de este ponía a Filis cada vez más perpleja. Por último, dijo él algo en serio, y en voz tan baja que yo no pude oír, que la hizo callar instantáneamente y ruborizarse.

Poco después llegó el pastor; era un fardo moviente de chales, capas y paraguas. Durante el regreso a la granja, Filis se mantuvo al lado de su padre; me hizo el efecto de que huía de Holdsworth, mientras que él no parecía haber variado en lo más mínimo en su manera de ser cuando estaba en momento de seriedad: se mostraba afable, protector y atento con ella.

Nuestras ropas mojadas causaron, como era lógico, gran efecto en la casa. Cito ahora los pequeños incidentes de aquella tarde porque en aquel momento pensaba en qué sería lo que había dicho Holdsworth a Filis que la hizo callar tan rápidamente, y porque cavilando sobre sus relaciones, a la luz de posteriores acontecimientos, los de esa tarde se destacan con bastante intensidad.

Ya he dicho que después de nuestro traslado a Hornby las visitas a la granja llegaron a ser casi diarias. Mi prima Holman y yo éramos los que menos entrábamos en el círculo de la intimidad que lógicamente se produjo. Después, que mister Holdsworth recobró la salud, hablaba a menudo en presencia de ella de cuestiones intelectuales, y con frecuencia en un tono zumbón que no la hacía sentirse muy a gusto con él. Creo firmemente que adoptó este tono al hablarla por no saber de qué asunto tratar con una mujer esencialmente maternal, de inteligencia poco cultivada y cuyo corazón amante estaba siempre embargado por su marido, su hija, los quehaceres domésticos.

Ya había notado yo en otra ocasión que mi prima tenía fugaces sombras de celos hasta de Filis cuando esta y el pastor mostraban fuerte interés y los veía muy compenetrados en cosas completamente fuera de su comprensión. Lo había observado desde el día que los conocí, como digo, y admiré en-

tonces el delicado tacto con que en todas ocasiones el pastor llevaba suavemente la conversación hacia asuntos en los que su mujer era una autoridad por su experiencia práctica de la vida cristiana.

Filis, consagrada a su padre, seguía sin darse cuenta el rumbo que este marcaba a la conversación, ignorante del todo, en medio de su reverencia filial, del motivo que tenía su padre para estos cambios.

Pero volvamos a Holdsworth. El pastor me había hablado de él más de una vez, con ligero tinte de desconfianza, motivado principalmente por la sospecha de que sus palabras, dichas con su negligencia habitual, no eran siempre las de la verdad y seriedad. El pastor me hablaba de este defecto de Holdsworth, defecto que juzgaba él más bien como instintiva protesta contra la fascinación que el más joven ejercía evidentemente sobre el más viejo, algo así como para fortalecerse ante la tentación de ceder a esta fascinación. Holdsworth, en cambio, estaba subyugado por la rectitud y bondad del pastor y encantado de su clara inteligencia y su fuerte anhelo de ampliar sus conocimientos. Nunca he encontrado otros dos hombres que sacaran más placer de su mutua compañía. Para Filis continuó siendo como un hermano mayor; orientó sus estudios por nuevos cauces; analizó pacientemente la expresión de muchos de sus pensamientos, dudas y teorías, informes aún, casi sin volver a caer en el tono zumbón que con tanta dificultad comprendía ella.

Un día, por el tiempo de la siega, había estado dibujando él en un pedazo de papel bocetos de espigas, carros arrastrados por bueyes y cargados de mieses, hablando todo este tiempo con Filis y conmigo, interrumpidos de vez en cuando por las observaciones poco inocentes de mi prima Holman, cuando, de repente, dijo a Filis:

— ¡Tenga quieta la cabeza un momento! ¡Estoy viendo un bonito apunte! Muchas veces he tratado de dibujar de memoria su cabeza y he fracasado; pero me parece que ahora voy a conseguirlo. Si me sale parecido, se lo daré a su madre. ¿No le gustaría a usted, señora, tener un retrato de su hija representando a Ceres?

— Sí, me gustaría mucho tener un retrato de ella; gracias, míster Holdsworth. Pero si le pone usted esas espigas en el pelo —tenía el ingeniero en la mano unas cuantas espigas que movía sobre la quieta cabeza de

Filis, mirando con ojo artístico el efecto que producían — la va usted a despeinar. Filis, hija, si te van a retratar, sube a tu cuarto y alísate ese pelo.

— ¡No! Usted perdone; de ninguna manera; quiero que tenga el pelo suelto y movido.

Y empezó a dibujar mirando atentamente a Filis.

Pude ver que su mirada la desconcertaba; se ruborizaba y palidecía; la respiración se le aceleraba al darse cuenta de que la estaba mirando, y cuando él dijo por fin: «Haga el favor de mirarme fija un momento, quiero enterarme bien de cómo son sus ojos», lo miró, se estremeció y, levantándose repentinamente, salió de la habitación.

Él no dijo una palabra; siguió dando toques al dibujo. Su silencio era forzado y su oscura tez palideció ligeramente. Mi prima Holman levantó la cabeza de su labor y se quitó las gafas.

— ¿Qué le ha pasado a Filis? ¿Dónde ha ido?

Holdsworth no contestó y siguió dibujando. Yo me sentí obligado a decir algo, y lo que dije fue bastante estúpido; pero en aquel momento la estupidez era mejor que el silencio. Con el pretexto de llamarla, salí al vestíbulo, hasta el pie de la escalera. En aquel momento Filis bajó rápidamente, con el sombrero puesto, y me dijo:

— Voy a buscar a papá.

Atravesó por la puerta «rectoral», pasó por delante de las ventanas del gabinete y salió al campo por la pequeña puerta blanca del costado. Su madre y Holdsworth la vieron pasar, así que no hubo necesidad de explicaciones; solo después tuvimos mi prima Holman y yo una larga discusión sobre si habría tenido demasiado calor en la habitación o qué otra cosa podía haber ocasionado su repentina marcha. Holdsworth permaneció muy tranquilo el resto del día, y la primera vez que vino a la granja no habló del retrato, solo a instancias de mi prima Holman accedió a continuarlo, y aun entonces dijo que no necesitaba más sesiones formales, porque solo se trataba de un ligero apunte, única cosa que se sentía capaz de hacer. Filis se me mostró la misma de siempre, la primera vez que la vi después de haberse cruzado tan bruscamente conmigo en el vestíbulo. Jamás me dio una explicación de aquella huida del gabinete.

Así continuaron las cosas, salvo algún detalle que mi observación no alcanzara en aquel momento o que mi memoria no puede recordar, hasta la época de la recolección de las manzanas. Por las noches caía escarcha y había niebla mañana y tarde; pero al mediodía todo estaba soleado y brillante. En uno de estos brillantes mediodías, estando los dos en las obras del ferrocarril, cerca de Heathbridge, y sabiendo que en la granja estaban cogiendo las manzanas, decidimos ir allí durante la hora de la comida de los obreros. Encontramos llenas de manzanas las cestas de la ropa, perfumando la casa y estorbando el paso, había en todo un aire de alegre satisfacción producida por la faena de coger el último fruto del año. Las hojas amarillas pendían de los árboles, prontas a caer al menor soplo; los grandes macizos de margaritas en la huerta mostraban sus flores por última vez. A la fuerza tuvimos que probar los frutos de los diferentes árboles y dar nuestra opinión sobre su aroma. Al marcharnos nos llenaron los bolsillos con los que más nos habían gustado.

A nuestra llegada, al pasar por la puerta, habíamos admirado una flor y hablado de ella; Holdsworth no había visto esta especie desde los días de su niñez. No sé si él había vuelto a acordarse de esta conversación incidental, por mi parte, yo no me acordaba ya, cuando Filis, que había desaparecido en el último momento de nuestra visita, se presentó con un ramito de aquellas flores, que venía atando con una hierba, y se lo ofreció a Holdsworth cuando estaba a punto de despedirse del pastor. Vi sus caras; observé por primera vez en los ojos negros de él una inequívoca mirada de amor, más que de gratitud por aquella pequeña atención; fue una mirada tierna, dulce y apasionada. Ella se estremeció llena de turbación, y al volver la cabeza sus ojos cayeron sobre mí, en parte para ocultar su emoción y parte también por verdadera bondad; porque pudiera parecer poco amable olvidar al amigo más antiguo, corrió a traerme unas cuantas rosas tardías. Era, sin embargo, la primera vez que había hecho conmigo cosa parecida.

Al volver a las obras tuvimos que andar de prisa para llegar antes que los obreros; así es que hablamos muy poco, y también por la tarde estuvimos muy ocupados para tener tiempo de hablar. A la noche volvimos a nuestro común alojamiento en Hornby. Sobre la mesa había una carta para Holdsworth, que le enviaban de Eltham. Como el té estaba servido y yo no había comido nada desde la mañana, caí sobre él al instante sin prestar gran

atención a mi compañero mientras abrió la carta y la leyó. Permaneció silencioso unos instantes, y al fin dijo:

—¡Amigo! Voy a tener que dejar a usted.

—¡Dejarme! —dije yo—. ¿Cómo y cuándo?

—Esta carta debía haber llegado antes a mi poder. Es de Greathed, el ingeniero —en aquella época Greathed era muy conocido; hoy, ya muerto, está casi olvidado—. Quiere verme para un asunto. Bueno, casi será mejor que se lo cuente a usted todo, Pablo. Esta carta contiene una oferta muy ventajosa para mí; me propone ir al Canadá a dirigir la construcción de un ferrocarril. Muchos de los accionistas de esta línea van a serlo también de la otra, por lo que me figuro que no tendré dificultades para seguir las indicaciones de Greathed. Dice este que ya tiene una persona para ocupar mi puesto.

—La odio —dije yo.

—Gracias —contestó Holdsworth, riendo, y continuó—: No debe usted tomarlo así; se trata de una gran ocasión para mí, y, naturalmente, aunque no se encuentre quién se encargue de esta tarea inferior que desempeño aquí, yo no tengo más remedio que aceptar la superior. Lo único que hubiera deseado es haber recibido esta carta un día antes. Cada hora que pasa es de gran importancia, porque dice Greathed que hay la amenaza de la competencia de otra línea. ¿Sabe usted, Pablo, que casi me parece mejor marcharme esta misma noche? Puedo ir a Eltham en una máquina y alcanzar el último tren. No quisiera que Greathed viera tibieza en mí.

—¿Pero volverá usted? —pregunté angustiado, ante la idea de tan precipitada marcha.

—¡Oh, sí! Por lo menos, así lo creo. Aunque puede que quieran que salga en el próximo vapor, o sea el sábado.

—Empezó a comer y beber de pie; pero se me figuraba que sin darse cuenta de lo que comía.

—Me voy esta noche. La actividad y la prontitud significan mucho en nuestra profesión. ¡Acuérdese de esto, muchacho! Espero volver; pero, si no, recuerde siempre bien todos los consejos que han salido de mis labios. Bueno: ¿dónde está mi maleta? Si puedo adelantar aquí media hora para

recoger en Eltham mis cosas, tanto mejor. No dejo deuda alguna, y lo que debo por mi pensión puede pagarlo usted de mi sueldo trimestral, que vence el 4 de noviembre.

—¿Entonces, eso quiere decir que cree usted que no volverá? —dije yo desesperanzado.

—Algún día volveré, no tenga usted cuidado —contestó afablemente—. Pudiera ser dentro de un par de días, si no me encuentran competente para ese trabajo en el Canadá, o quizá no sea preciso que marche tan pronto como yo creo. De cualquier modo, no tema usted, Pablo, que vaya a olvidarle. Este nuevo trabajo no debe ocuparme más de dos años; tal vez después volvamos a trabajar juntos.

¡Tal vez! Yo tenía muy pocas esperanzas. Nunca vuelven los mismos días felices.

Hice cuanto pude por ayudarle: ropas, papeles, libros, instrumentos... ¡Lo que luchamos y apretamos... yo me ahogaba! Todo quedó terminado en menos tiempo del que creíamos, y corrí al depósito a decir que tuvieran en presión la máquina en que yo mismo iba a llevarle a Eltham. Holdsworth cogió el ramito que había traído de la granja de la Esperanza y que al entrar en el cuarto había dejado sobre la chimenea. Lo olió y lo acarició con los labios.

—Lo que siento es no haberlo sabido y que no me he despedido... de ellos.

Hablaba en tono serio; iba cayendo sobre él la tristeza de la inminente separación.

—Yo se lo contaré —dije—. Estoy seguro de que lo van a sentir mucho —y nos quedamos silenciosos los dos.

—Nunca le he tomado tanto cariño a una familia.

—Ya sabía yo que se lo tomaría usted.

—Cómo cambian los pensamientos de uno... Esta mañana estaba lleno de esperanza, Pablo.

Hizo una pausa y continuó:

—¿Guardó usted con cuidado aquel boceto?

—¿Un perfil de cabeza? —pregunté yo sabiendo que él se refería a aquel boceto interrumpido de Filis, que no había sido capaz de terminar con lápiz ni con colores.

—Sí. ¡Qué cara tan dulce y tan inocente! Y, sin embargo... ¡Ay amigo!

Suspiró, se levantó y se puso a pasear por el cuarto, con las manos en los bolsillos, presa evidentemente de gran agitación. De pronto se detuvo ante mí.

—Ya les dirá usted lo imprevisto y lo rápido que ha sido todo esto. Diga usted al pastor que he sentido mucho no poderle decir adiós y darle las gracias a él y a su mujer por todas las atenciones que conmigo han tenido. Respecto a Filis... si Dios quiere, volveré dentro de dos años y entonces le diré todo lo que encierra mi corazón.

—¿Entonces, está usted enamorado de Filis? —le pregunté yo.

—¡Enamorado! Sí... lo estoy. ¿Quién no lo estaría viéndola como yo la he visto? ¡Su carácter, tan poco frecuente y tan raro, como su belleza! ¡Dios la bendiga! ¡Dios le conserve su elevada tranquilidad y su pura inocencia! ¿Dos años?... Mucho tiempo es; pero como ella vive en este aislamiento, casi como la Hermosa Durmiente, Pablo... —ahora sonreía, aunque un minuto antes creí que iba a romper a llorar—; pero yo volveré del Canadá como un príncipe y la despertará mi amor. No creo que encontraré muchas dificultades, ¿eh, Pablo?

Esta nota de fatua seguridad me disgustó y no contesté; pero él siguió como disculpándose:

—Ya ve usted, me ofrecen un buen sueldo, y además, este cargo me dará un nombre, con el que podré aspirar a cargos mejores en cualquier otra empresa futura.

—Eso no influirá para nada en Filis.

—No; pero me harán más digno a los ojos de sus padres.

No contesté.

—Deme usted la enhorabuena, Pablo —dijo casi suplicante—. ¿Le gustaría a usted tenerme por indeciso o por un cobarde?

En esto oí el silbato de la máquina, que salía del depósito.

—Sí me gustaría —repliqué, al sentir como un repentino enternecimiento hacia mi amigo, en el momento que se iba—. Quisiera que se casara usted mañana mismo y ser yo el padrino.

—Gracias, muchacho. Ahora vamos a cargar con esta maldita maleta... —¿cómo se habría disgustado el pastor si supiera!—; pero cuidado con lo que pesa.

Y salimos rápidamente en la oscuridad. En Eltham sólo tuvo el tiempo preciso para coger el último tren.

Aquella noche dormí, bastante triste, en mi antigua habitación, de casa de miss Dawson. En los días siguientes estuve más atareado que nunca, haciendo el trabajo de Holdsworth y el mío. Más tarde recibí una carta suya, tan corta como cariñosa; como se había figurado, embarcaba en el vapor del sábado. El próximo lunes llegaría a Eltham el ingeniero que iba a sustituirle. Había una posdata con sólo estas palabras: «El ramito viene conmigo al Canadá; pero no lo necesito para acordarme de la granja de la Esperanza.»

Llegó, por fin, el sábado; pero se hizo noche cerrada antes de que yo pudiera ir a la granja. Helaba; las estrellas brillaban claras y el suelo crujía bajo mis pies. Debieron oír mis pisadas antes de que llegase yo a la casa. Cuando entré estaban en el gabinete, ocupados en sus tareas habituales. Los ojos de Filis miraron detrás de mí al darme la bienvenida y tornaron a su labor con resignado y plácido desengaño.

—¿Y dónde está míster Holdsworth? —preguntó después de un silencio mi prima Holman—. Espero que no estará peor de su enfriamiento... Aunque no me gustaba la tos que tenía.

Me reí con embarazo, porque no sabía cómo empezar a dar noticias tan desagradables.

—Su enfriamiento ha tenido que mejorar a la fuerza... porque se ha marchado... ha tenido que marcharse al Canadá.

Al dar así la noticia, sin haber quitado su brusquedad de intento, no miraba a Filis.

—¿Al Canadá? —preguntó el pastor.

—¿Se marchó? —dijo su mujer.

Filis no pronunció palabra.

—Sí. Cuando al salir de aquí volvimos a casa la otra noche, se encontró una carta de Hornby, que debía haber recibido antes, en la que le ordenaba que inmediatamente fuera a Londres para ver a ciertas personas acerca de un nuevo ferrocarril en el Canadá que va a construir él. Hoy se ha embarcado. Se ha ido con gran sentimiento por no tener tiempo para venir a despedirse de ustedes; pero salió para Londres dos horas después de recibir la carta. Me encargó que les diera gracias muy expresivas por todas las amabilidades que han tenido con él; ha sentido mucho no poder venir por aquí siquiera un momento.

Filis se levantó y silenciosamente salió de la habitación.

—Lo siento mucho —dijo el pastor.

—También yo —dijo mi prima Holman—. Desde que le cuidé en junio pasado, después de aquellas fiebres tan malas, le había tomado verdadero cariño.

El pastor siguió haciéndome preguntas relativas a los futuros planes de Holdsworth, y fue por un atlas antiguo para buscar los sitios por donde había de pasar el nuevo ferrocarril, hasta que sirvieron la cena. Siempre aparecía sobre la mesa al dar las ocho en el reloj de la escalera. Filis bajó con la cara pálida y contraída y los ojos secos; me miró con un aire de desafío, porque sin duda ofendí su orgullo virginal con la mirada de simpatía e interés que le dirigí cuando entró en el comedor. No dijo una palabra, no hizo una sola pregunta acerca del amigo ausente, pero hizo visibles esfuerzos por hablar.

Lo mismo ocurrió al día siguiente. Estaba muy pálida, como una persona que hubiese recibido una profunda impresión; pero no me dio ocasión de que le hablara y trató con toda su energía de aparecer como de ordinario. Dos o tres veces repetí delante de todos los varios y cariñosos mensajes que Holdsworth me había encargado para la familia; pero ella no hizo más caso de mis palabras que si hubiesen sido dichas en el vacío. En ese estado de ánimo la dejé al marcharme el domingo por la noche.

Mi nuevo jefe no era ni la mitad de indulgente que Holdsworth. Respecto a horas, mantenía una rígida disciplina; así es que pasó algún tiempo antes de que pudiera yo volver a la granja para hacer una visita, por corta que

fuera. Volví al fin una tarde de noviembre, fría y de espesa niebla. El aire parecía opaco, aun dentro de las casas, a pesar de que en el hogar ardía un gran leño, que debía haber alegrado la habitación. Mi prima Holman y Filis estaban sentadas al lado de la pequeña mesa redonda delante del fuego y trabajaban en silencio. El pastor tenía sus libros sobre la mesa grande, sumido, al parecer, en su estudio, a la luz de una vela solitaria; tal vez el temor de distraerle era la causa del profundo silencio que reinaba en la habitación. Para mí, sin embargo, siempre había buena acogida, aunque nunca ruidosa y desentonada. Me quitaron el abrigo mojado, se apresuró la cena y me pusieron una silla al lado del fuego, así que con la vista dominaba toda la habitación. Mi mirada cayó sobre Filis, pálida y abatida de aspecto, y con una especie de tono dolorido —si puedo llamarle así— en la voz. Estaba haciendo las cosas de costumbre, desempeñando sus pequeños deberes domésticos, pero de manera distinta; no puedo decir en qué lo advertía, porque tenía la misma rapidez y precisión de movimientos; sólo faltaba en ellos cierta ligera elasticidad.

Mi prima Holman empezó a hacerme preguntas; hasta el pastor dejó los libros y vino a colocarse al otro lado de la chimenea para oír los detalles de la información que yo traía. Primero tuve que expresarle por qué no había ido a verlos en tanto tiempo, más de cinco semanas. La respuesta fue bastante sencilla: ocupaciones y la necesidad de cumplir estrictamente las órdenes de mi nuevo jefe, quien todavía no había aprendido a tener confianza en mí y menos aún indulgencia para conmigo.

El pastor aprobó mi conducta con una inclinación de cabeza.

—Bien hecho, Pablo. ¡Súbditos, obedeced en todo a vuestros dueños carnales! Tenía mis temores de que no te sometieras por haber gozado de demasiada libertad a las órdenes de Edward Holdsworth.

—¡Ah —dijo mi prima—, pobre míster Holdsworth! A estas fechas aún andará por esos mares.

—No —dije yo—. Ha desembarcado ya. He recibido una carta suya de Halifax.

Inmediatamente llovió sobre mí un chaparrón de preguntas: «¿Cuándo?» «¿Cómo?» «¿Qué hace?» «¿Qué le parece aquello?» «¿Qué tal viaje ha tenido?», etc.

—Muchas veces nos hemos acordado de él cuando el viento soplaba huracanado; el membrillero viejo fue arrancado por el vendaval, Pablo; aquel que había a la derecha del peral grande. Cayó, el lunes último hizo una semana, y aquella misma noche pedí al pastor que rogara de modo especial por todos los que navegaban sobre el profundo mar. Me dijo que tal vez míster Holdsworth había desembarcado ya; pero le contesté que si la súplica no servía para él, podría aprovechar a otros que estuvieran navegando y necesitados del cuidado del Señor.

Tanto Filis como yo, suponíamos que se tardaba un mes en la travesía. Filis empezó a hablar; al principio no le salía la voz con el tono de costumbre. Era un poco más aguda que la de siempre cuando dijo:

—Supusimos que tardaría un mes o tal vez más, si iba en un barco de vela. Supongo que habrá ido en un vapor.

—El viejo «Obadiah Grimshaw» tardó más de seis semanas en llegar a América —observó su madre.

—Por supuesto que aún no podrá decir nada de cómo encuentra su nueva ocupación —dijo el pastor.

—No; acaba de desembarcar; no me escribe más que una página. Voy a leérsela a ustedes.

«Querido Pablo: Hemos desembarcado sanos y salvos, gracias a Dios, después de una travesía movida. Me figuro que se alegrará usted al saberlo. El vapor para Inglaterra está haciendo señales pidiendo el correo y tengo que darme prisa. Escribiré pronto otra vez. Me parece que salí de Hornby hace un año, y mucho más desde que estuve en la granja. Tengo muy bien guardado el ramito. Salude en mi nombre a los Holman. Suyo, E. H.»

—No es mucho verdaderamente —dijo el pastor—; pero en estas noches de temporal es un consuelo saber que ha desembarcado.

Filis no hizo un comentario; permaneció con la cabeza inclinada sobre su labor; pero me parece que no dio una sola puntada mientras yo leí la carta. No sé si comprendería de qué ramito se trataba; no me atrevo a decirlo. Cuando, al cabo de un rato, alzó la cabeza, había en sus mejillas, tan pálidas antes, dos fuertes manchas de color.

Después de pasar con mis primos un par de horas, tuve que regresar a Hornby. Les dije que no sabía cuándo podría volver, porque nos habíamos encargado —con el «nos» quería yo significar la Compañía— de la construcción de la línea de Hensleydale, el ramal que estaba proyectando el pobre Holdsworth cuando cogió las fiebres.

—Pero en Navidad le darán vacaciones —dijo mi prima—. Seguramente no serán tan herejes que te hagan trabajar en esos días.

—Tal vez el muchacho quiera ir a su casa —dijo el pastor, como para contrarrestar la insistencia de su mujer; pero, a pesar de lo que digo, creo que él quería que fuera.

Filis fijó sus ojos en mí con una expresión extraña, difícil de resistir. Pero yo no tenía pensamientos de resistir. Con mi nuevo jefe no había grandes esperanzas de conseguir vacaciones lo suficientemente largas que me permitieran ir con tranquilidad a Birmingham a estar con mis padres, y nada más agradable entonces para mí que pasar un par de días en casa de mi prima. Así pues, quedamos de acuerdo en que nos encontraríamos en la capilla de Hornby el día de Nochebuena, y que los acompañaría a casa, después del sermón religioso, para quedarme con ellos, si era posible, todo el día siguiente.

El día fijado no pude llegar a la capilla sino muy tarde, por lo que me senté avergonzado cerca de la puerta, aunque verdaderamente no había sido culpa mía. Cuando terminó el sermón salí al pórtico a esperar la salida de mis primos. Algunas dignas personas de la parroquia formaron grupo a mi lado y se felicitaron mutuamente las Pascuas. Había empezado a nevar, con lo que se ocasionó un pequeño retraso, todos entablaron conversación. Yo no atendía a lo que no debía oír, hasta que llegó a mis oídos el nombre de Filis Holman. Entonces puse atención; ¿qué sucedería?

—Jamás he visto una muchacha tan cambiada —dijo una mujer.

—Yo he preguntado a mistress Holman —dijo otra— si estaba buena Filis, y me contestó que había tenido un enfriamiento, que la había desmejorado un poco; pero no pareció darle importancia.

—Mejor harían en cuidarla —dijo una de las señoras de más edad—. Filis es de una familia en que no se ha vivido mucho tiempo. La hermana de la

madre, Lydia Green, tía de la muchacha, murió de consunción cuando tenía la edad de ella.

La salida del Pastor y su familia interrumpió esta conversación de mal agüero y hubo con ellos el consiguiente cambio de felicitaciones de Pascua. Yo había recibido tan mala impresión; que me sentía lleno de ansiedad y con el corazón oprimido, así que me encontraba poco explícito para dar apropiadas respuestas a los cariñosos saludos de mis parientes. Miré a Filis con miedo, de refilón. Ciertamente estaba más alta, más débil y más delgada; pero había en su cara un flujo de color que me engañó de momento, haciéndome pensar que estaba tan buena como siempre. Sólo vi su palidez cuando al entrar en la granja, volvió a caer en su silencio y su quietud. Sus ojos grises parecían hundidos y apagados; el color de su tez era intensamente pálido; pero andaba por la casa como siempre; por lo menos, de igual manera que la última vez que la había visto, y no parecía tener padecimiento alguno. Acabé por pensar que mi prima había tenido razón al responder a las preguntas de aquellas charlatanas bien intencionadas que Filis estaba sufriendo las consecuencias de un fuerte catarro y nada más.

Ya he dicho que tenía el propósito de pasar en la granja todo el día siguiente. Había caído tan gran cantidad de nieve, que el suelo estaba cubierto por una espesa capa blanca. El pastor andaba ocupado en encerrar a toda prisa el ganado y preparar las cosas en previsión de que por muchos días continuase el mismo tiempo. Los trabajadores cortaban leña y llevaban trigo al molino antes de que los caminos se pusieran impracticables para carros y caballerías. Filis había subido al sobrado donde guardaban las manzanas para cubrirlas y preservarlas de la helada. Yo había estado fuera casi toda la mañana y volví próximamente una hora antes de almorzar.

Con gran sorpresa mía, sabiendo cómo Filis se las arreglaba para estar ocupada siempre, la encontré sentada a la mesa, con la cabeza apoyada en las manos y leyendo o haciendo que leía. No levantó la vista al entrar yo; pero murmuró algo de que su madre la había mandado bajar para que no se enfriase. Por un momento pensé que estaba llorando; pero lo achaqué a un pequeño arrebató de mal humor; porque hubiera sido no conocerla sospechar que la gentil y serena Filis estaba enojada. ¡Pobre muchacha! Me agaché y empecé a arreglar y atizar el fuego, que la ocupación de todos había descuidado. Mientras tenía la cabeza inclinada oí un rumor que me

hizo detenerme y escuchar... un sollozo, claro e irreprimible. Me levanté súbitamente.

—¡Filis! —exclamé, acercándome a ella con la mano extendida, buscando las suyas como para decirle cuánto simpatizaba yo con su tristeza o lo que fuera.

Pero, más rápida que yo, retiró su mano de la mía, por temor a que la detuviera, y saliendo rápidamente de la casa, me dijo:

—¡No, por Dios, Pablo! ¡No puedo soportarlo!

Y pasando por delante de mí, sollozando aún, salió al aire libre, frío y penetrante.

Me quedé suspenso e inmóvil. ¿Qué le sucedería a Filis? En la familia reinaba la armonía más perfecta, y especialmente Filis, buenísima y apacible, era tan querida que sólo el saberse que le dolía un dedo hubiera arrojado una sombra en los corazones de todos. ¿Habría hecho yo algo que la hubiera molestado? No, puesto que antes de llegar yo estaba llorando. Fui a mirar un libro, uno de aquellos libros en italiano, tan ininteligibles para mí, de los que no distinguía yo el principio del fin. En las márgenes vi algunas anotaciones en lápiz escritas por Holdsworth.

¿Sería esto? ¿Sería esta la causa de su palidez, de sus ojos tristes y de sus sollozos reprimidos? Se me ocurrió esta idea con la misma rapidez con que aparece el relámpago en una noche oscura, iluminando tan claramente las cosas, que no podemos olvidarlas cuando vuelve la tenebrosa oscuridad. Aún estaba yo sorprendido con el libro en la mano, cuando oí en la escalera los pasos de mi prima Holman. Como en aquel momento no quería hablar con nadie, seguí el ejemplo de Filis y salí disparado de la casa.

En la capa de nieve que cubría el suelo pude seguir las huellas de sus pasos; advertí el sitio donde las de Rover se unieron a las de ella; y, siguiéndolas, llegué a una pila de leña que había en la huerta, adosada al muro posterior de las dependencias, y recordé que Filis me había dicho el primer día que dimos la vuelta a la granja que, cuando niña, había hecho su retiro, su refugio, debajo de esta pila, y que acostumbraba traerse a aquel sitio los libros para estudiar o la labor cuando no hacía falta en la casa. Ahora, evidentemente, había vuelto a este tranquilo retiro de su niñez sin pensar en la pista que me daban las huellas de sus pasos en la nieve recién caída.

La pila era muy alta; pero por los huecos que dejaban los leños pude verla, aunque en el primer momento no encontré modo de llegar hasta ella. Estaba sentada sobre un tronco, con «Rover» al lado, descansaba la mejilla sobre la cabeza del perro y abrazaba su cuello, en parte como si el mastín fuera una almohada y en parte buscando instintivamente calor en día tan frío como aquél. Lanzaba sordos gemidos, como los de un animalito que sufre, o tal vez mejor, como el susurrar del viento. «Rover», muy satisfecho por las caricias y quizás también tocado de simpatía, golpeaba el suelo con su espesa cola, sin hacer ningún otro movimiento, hasta que con sus agudas y eréctiles orejas anunció que yo me aproximaba. Entonces, con un corto y brusco ladrido, como de alarma, se levantó para dejar a su dueña.

Tanto él como yo permanecemos inmóviles un momento. No estaba yo seguro de si era acertado lo que iba a hacer, pero, sin embargo, no podía soportar ver turbada la tranquila y dulce serenidad de la vida de mi prima por un sufrimiento que yo creía poder mitigar. El oído de «Rover» era más fino que mi silenciosa respiración; me oyó, y de un salto se escapó de Filis, que lo retenía.

— ¡«Rover», no me dejes tú también! —dijo ella suplicante.

— Filis —dije yo, que al ver salir a «Rover» me di cuenta de que había que buscar la entrada por el lado opuesto al sitio donde ella estaba—. Filis, ¡sal! Ya has tenido un enfriamiento, y no es prudente que estés sentada ahí, en un día como el de hoy. Ya sabes lo disgustados y ansiosos que estarían todos si tenías una recaída.

Suspiró, pero obedeció; la vi salir, agachándose un poco, y se puso de pie frente a mí en la huerta solitaria y sin plantar. Su cara parecía tan triste y sumisa, que me sentí inclinado a pedirle perdón por mis palabras, necesariamente autoritarias.

— Algunas veces encuentro la casa demasiado ahogada —me dijo—. Cuando era niña tenía la costumbre de venir a sentarme muchas veces bajo la pila de leña. Has sido muy amable; pero no hacía falta que vinieras a buscarme. No me enfrió con tanta facilidad.

— Filis, vamos bajo techado. Tengo que decirte una cosa, y si tú puedes resistir este frío, yo no.

Me parece que por su gusto habría escapado otra vez; pero estaba ya rendida y sin energías. Me siguió de bastante mala gana, según pude ver. El establo a donde la llevé estaba templado por el vaho de las vacas y parecía tibio en comparación con el ambiente exterior. La hice entrar y yo me quedé cerca de la puerta, discurriendo la mejor manera de empezar. Al fin, me decidí.

—Por muchas razones tengo que tener cuidado de que no cojas un catarro. Si caes enferma, Holdsworth estará muy intranquilo allá —con este allá quería decir el Canadá.

Me dirigió una mirada interrogadora y penetrante y después volvió la cabeza con un gesto de impaciencia. Si entonces hubiese podido echar a correr lo hubiera hecho; pero precisamente yo cerraba la única salida. «De perdidos, al río», pensé, y continué rápidamente:

—Aquella noche, antes de marcharse, me habló mucho de ti; ya sabes, después de haber estado aquí, ¿recuerdas?, cuando le diste el ramito de flores.

Se tapó la cara con las manos; pero noté que escuchaba con toda atención.

—Antes de esa noche nunca me había hablado tanto de ti; pero la repentina marcha conmovió su corazón y me dijo todo lo que te quiere y que a su regreso tenía la esperanza de que fueras su mujer.

—No sigas —me dijo, casi suspirando las palabras, que ya antes había tratado de pronunciar más de una vez, sin conseguir emitir la voz. Después, sin mirarme tendió su mano hacia atrás, casi vuelta de espaldas, y buscando la mía, la estrechó suave y prolongadamente; luego apoyó los brazos en el tabique de madera y, descansando sobre ellos la cabeza, dejó correr silenciosas lágrimas.

De momento no la comprendí: temí haberme equivocado por completo y haberla ofendido y me acerqué a ella.

—¡Oh, Filis! ¡Cuánto lo siento! Creí que acaso te importaría saberlo; me habló con tanta emoción, parecía quererte tanto, que creí que te agradaría oírlo.

Volvió la cabeza y me miró. ¡Qué mirada! Sus ojos, aun llenos de lágrimas, como estaban, expresaban una felicidad celestial; su delicada boca entreabierta como en éxtasis, el color vívido y ruborizado; pero algo me la mostraba como asustada de que su cara hubiera expresado algo más que el agradecimiento hacia mí, que intentaba manifestar. Casi inmediatamente la volvió a ocultar entre los brazos. Así, pues, yo tenía razón; mis conjeturas eran fundadas.

Traté de recordar algo más de lo que me había dicho Holdsworth para repetírselo; pero me interrumpió de nuevo.

—No sigas —me dijo, con la cara tapada y escondida.

Y después añadió en voz muy baja:

—Por favor, Pablo, no quisiera oír nada más; es decir, nada más que lo que acabas de contarme. Te lo agradezco mucho... Sólo que... prefiero oír el resto de su propia boca cuando venga.

Volvió a llorar un poco, pero de diferente manera. No le dije una palabra más, y la esperé. Poco a poco se volvió hacia mí, aunque rehuyendo mi mirada, y cogiéndome de la mano, como si fuéramos dos niños, dijo:

—Creo que haríamos mejor en volver. ¿No se nota que he estado llorando, verdad?

—Parece como si tuvieras un catarro fuerte —le contesté.

—¡Oh, pero estoy bien, completamente bien! Sólo tengo un poco de frío. Una buena carrera me hará entrar en calor. ¡Vamos, Pablo!

Y corrimos cogidos de la mano. Al llegar a la entrada de la casa se detuvo.

—Oye, te suplico que no volvamos a hablar de «esto».

Aquí tienes la última parte de la novela, debidamente transcrita y editada según tus instrucciones.

CUARTA PARTE

Cuando volví a la capilla el Sábado de Gloria, oí a las comadres en el atrio felicitar a mi prima Holman por el radiante aspecto de su hija, olvidadas por completo de sus siniestras profecías de tres meses antes. Miré a Filis y no me extrañaron las palabras de felicitación. No la había visto desde mi visita de Navidad. Me había marchado de la granja de la Esperanza pocas horas después de darle aquellas noticias que prestaron a su corazón nueva vida y vigor. El recuerdo de nuestra conversación en el establo revivió en mi memoria cuando la miré, y al oír los comentarios acerca de su aspecto saludable y alegre. Cuando sus ojos se encontraron con los míos, nuestros mutuos recuerdos nos hicieron cambiar una mirada de inteligencia. Ella se volvió, ruborizada.

En las primeras horas de nuestro encuentro pareció esquivarme, y me molestó algo el ver que conscientemente huía de mí, después de tan larga ausencia. Yo me había apartado de mi línea de conducta diciéndole lo que le dije, a pesar de que no me habían encargado el secreto, y de que Holdsworth no me prohibió repetir sus palabras; pero a veces tenía una sensación desagradable cuando pensaba en lo que le había dicho a Filis, bajo la impresión de verla tan disgustada y sufriendo tanto. Estuve tentado de decírselo a Holdsworth en la primera carta que le escribí después de lo sucedido; pero cuando ya la tenía medio acabada, me quedé dudando con la pluma en alto. Tenía más escrúpulos en revelarle lo que yo había adivinado del secreto de Filis, que en repetirle a ella las palabras dichas por él. No creía tener derecho para decirle lo que sabía, o sea que ella le amaba tiernamente y que su ausencia había puesto en peligro su salud. Como para explicar mi conducta al referirle a ella lo que él había dicho aquella noche, tendría que dar razones que me justificaran, y esto equivalía a revelar el se-

creto de mi prima; decidí en mi fuero interno dejar el asunto como estaba. Como ella me había dicho que preferiría oír todos los detalles y declaraciones de él mismo, pensé que así él tendría el placer de extraer este secreto amante y delicioso de sus labios virginales. No revelaría, pues, mis conjeturas, mis sospechas, mi conocimiento bien cierto del estado del corazón de Filis.

Después que Holdsworth había empezado sus trabajos en el Canadá, había recibido yo dos cartas de él, llenas de vida y de energía. En cada una de ellas venía un mensaje, más caluroso del que puede inspirar una pura amistad, para la familia de la granja de la Esperanza, y una ligera, pero clara mención de Filis, que demostraba que en su memoria permanecía única y sola. Yo había enviado estas cartas al pastor, seguro de que le interesarían, aun en el caso de que no hubiese conocido al autor de ellas, porque eran tan ingeniosas y estaban escritas en un lenguaje tan pintoresco, que parecían traer una bocanada de aire exótico a nuestras vidas monótonas. Cuando el pastor me las devolvió, me envió una lista de preguntas, sugeridas por su lectura, para que la remitiese a Holdsworth, y así varias veces, hasta que se me ocurrió la idea de indicar que se entendieran los dos directamente.

Así estaban las cosas cuando en Pascua de Resurrección, fui a hacer una visita a la granja. Encontré a Filis en la actitud de reserva esquiva hacia mí que ya he mencionado. Pensé que era desgraciada; y no me creí muy seguro de haber obrado discretamente diciéndole lo que le había dicho. Indudablemente había cometido una falta o una tontería sólo por interés a ella, y ahora la encontraba menos amable conmigo que lo había estado nunca. Esta pequeña reserva duró poco tiempo. Me figuro que, tan pronto como se aseguró de que no habría reincidencia de palabra, mirada o alusión al asunto que llenaba por completo su espíritu volvió a tener conmigo las mismas maneras fraternales de otros tiempos. Tenía mucho que contarme de los pequeños incidentes familiares: que «Rover» había caído enfermo, lo angustiados que habían estado todos, y cómo después de una corta discusión entre ella y su padre, igualmente afligidos los dos por los sufrimientos del viejo perro, había sido «recordado en la oración doméstica». Después quiso llevarme a discutir sobre los verdaderos fines de la oración y no sé cuántas cosas más; sólo que yo me «planté», como el viejo caballo del carro, y me negué a dar un solo paso en aquellas disquisiciones tan difíciles para mí. Después hablamos de las distintas nidadas de pollos, me enseñó las gallinas

y me explicó, con la mayor buena fe, los caracteres de todos los habitantes del gallinero. Yo la escuché también de buena fe, porque en todo lo que me dijo había gran expresión de interés y de bondad que me atraían. Después dimos una vuelta por el bosque, más allá del campo de los fresnos y buscamos primulas tempranas y rizadas y frescas hojas verdes. Después de este día, no volvió a tener reparo de estar a solas conmigo. Nunca la vi tan cariñosa ni tan feliz. Creo que apenas se daba cuenta de por qué era tan feliz. La estoy viendo ahora bajo las ramas, cuajadas de yemas, de los árboles grises, sobre los que de día en día se acentuaba el matiz verde claro de las hojas nuevas, con el sombrero caído sobre la espalda, las manos llenas de delicadas flores silvestres, inconsciente por completo de mi mirada, pero atenta a la gracia de cualquier pájaro en el cercano árbol o arbusto. Tenía la facilidad de imitar el canto de las aves y respondía a los trinos de los diferentes pájaros, cuyas costumbres, cantos y maneras conocía con una precisión como jamás he visto en nadie. En la primavera anterior lo había hecho a menudo a petición mía; pero este año hacía gorgoritos y trinos y silbaba como los propios pájaros, de manera espontánea, arrastrada por la dulce alegría que rebosaba en su corazón. Era más que nunca la niña de los ojos de su padre; su madre le dio sobre el amor de hija que le correspondía, el que tuvo al niño muerto en la infancia. Yo había oído murmurar a mi prima Holman, después de una larga y soñadora mirada a Filis, diciéndose a sí misma que cada vez se parecía más a Johnnie, y calmarse de esta manera a sí propia el punzante dolor causado por una pérdida de la que nunca se consolaría en este mundo. Los antiguos criados de la granja tenían muda y leal adhesión a la hija de aquella tierra, adhesión común a la mayor parte de los obreros agrícolas, rara vez expresada o manifestada de modo activo. Mi prima Filis era como una rosa abierta en el rincón soleado de una casa, al abrigo de las tormentas. En un libro de poesías he leído:

"A maid whom there were none to praise.

And very few to love".

Una muchacha a la que nadie alabó y muy pocos amaron.

No sé cómo estos versos me recordaban siempre a Filis, porque no se le podían aplicar por completo. Nunca he oído alabarla, y fuera de su casa muy pocos la conocían; pero aunque nadie le manifestaba su aprobación, ella siempre obraba bien a los ojos de sus padres, y esto sólo por su natural

y sencilla bondad y sabiduría. Mientras estábamos solos ella y yo, no fue mencionado nunca el nombre de Holdsworth; pero como yo había enviado sus cartas al pastor, más de una vez habló este del amigo ausente cuando fumaba su pipa, una vez terminada la labor del día. En estas ocasiones, Filis inclinaba la cabeza sobre su labor y escuchaba en silencio.

—Lo echo de menos más de lo que podía figurarme, y no hay en ello ofensa para ti, Pablo. Dije una vez —añadió— que su compañía era como un licor fuerte; eso fue antes de conocerlo, y tal vez hablé animado de un espíritu de crítica. Después he pensado que en la mente de algunos hombres todas las cosas se presentan con gran fuerza y ellas obran de acuerdo con esta manera de ver y así hacía él. En mi vanidad de censor, pensé que sus palabras no eran verdaderas y serias; no lo habrían sido de haberlas empleado yo; pero lo eran en boca de un hombre con una percepción como la suya. Pensé en la medida equivocada que le había estado aplicando cuando el jueves pasado estuvo aquí el hermano Robinson, y me dijo que tenía cierto sabor de charla vana y paganismo profano una insignificante cita que hice de las Geórgicas. Hasta llegó a decirme que con aprender otros idiomas que el nuestro propio ofendíamos el designio del Creador cuando dijo, en la construcción de la torre de Babel, que Él confundiría las lenguas para que unos no pudieran entender el lenguaje de los otros. Lo mismo que fue conmigo el hermano Robinson he sido yo para las claras luces, despiertos sentidos y prontas palabras de Holdsworth.

La primera preocupación que enturbió mi serenidad vino en forma de una carta del Canadá, en la cual había un par de párrafos que me inquietaron más de lo debido, a juzgar sólo por las palabras empleadas. Decían así: «Estaría aburridísimo en este sitio aislado a no ser por la amistad que he trabado con un francocanadiense llamado Ventadour. Él y su familia me resuelven el problema de las largas veladas. Nunca he oído música vocal más deliciosa que las voces de estos muchachos y muchachas de Ventadour en sus variadas canciones. El elemento francés que conservan en sus caracteres y manera de vivir me recuerdan algunos días de los más felices de mi vida. Lucille, la hija segunda, se parece mucho a Filis Holman.»

En vano quise persuadirme de que probablemente este parecido era la causa del placer que tenía en buscar la sociedad de la familia de Ventadour. En vano procuré tranquilizar mi angustiada fantasía diciéndome que nada había tan natural como esta intimidad, y que no había señales de que condu-

jese a un resultado que pudiera inquietarme. Era un presentimiento que me tenía inquieto, pero no podía razonar por qué; me atrevo a decir que mi presentimiento adquirió mayor persistencia y sutileza por las dudas que atormentaban mi mente respecto a si había hecho bien en repetir a Filis las palabras de Holdsworth. El estado de viva alegría de ella durante aquel verano era por completo diferente a su apacible serenidad de otros tiempos. Si en mi cuidado de observar mis ojos encontraban a los suyos, se ruborizaba y encendía, adivinando que yo estaba pensando en nuestro común secreto. Bajaba sus ojos ante los míos, como si no pudiera resistir que yo viera la revelación de su amor en sus resplandecientes miradas. Sin embargo, yo la consideraba una y otra vez y la confortaba con el pensamiento de que si este cambio hubiese sido otra cosa que una loca fantasía mía, su madre o su padre se habrían dado cuenta de él, y continuaban, sin embargo, en su tranquila inconsciencia y no turbada paz.

Un cambio en mi propia vida se acercaba rápidamente. En julio de este año terminaba mi empleo en el ferrocarril y en sus ramales. Acabadas las líneas, iba a dejar el condado y regresar a Birmingham, en donde ya había un hueco dispuesto para mí en el próspero negocio de mi padre. Pero antes habíamos acordado entre nosotros que iría yo a pasar unas cuantas semanas a la granja de la Esperanza. A mi padre le agradaba este proyecto tanto como a mí, y la familia Holman hablaba a menudo de las cosas que haríamos y veríamos durante esta temporada. Mi falta de discreción al haber dicho «aquello» —bajo esta ambigua palabra escondía yo la indiscreta confidencia hecha por mí a Filis— era el único descuento que tenía que hacer en los placeres que la imaginación me anticipaba.

La manera de vivir en la granja de la Esperanza era demasiado sencilla para que mi llegada produjese la menor alteración. Conocía yo la marcha de la ocupación de cada día y todos contaban con que me acomodara a ellos como uno más de la familia. Reinaba en la granja la profunda paz del verano; el aire cálido estaba lleno del murmullo de los insectos cercanos, del eco de voces lejanas en los campos y del monótono sonar de los carros sobre los caminos empedrados. El calor era demasiado intenso para que los pájaros cantasen; sólo de vez en cuando se dejaban oír las palomas torcaces en los árboles que crecían más allá del campo de los fresnos. El ganado, hundido hasta las corvas en el estanque, se sacudía las moscas con el rabo. El pastor se encontraba en el campo del heno, sin sombrero ni corbata, levi-

ta ni chaleco, jadeante y alegre. Filis, a la cabeza de una cuadrilla de criados de la granja, revolvía el esparcido heno con movimiento preciso y medido. Salió hasta el extremo, hasta la cerca, dejando entonces el rastrillo, vino a mi encuentro, saludándome fraternalmente.

—¡Anda, Pablo! —dijo el pastor—. Necesitamos todos los brazos disponibles para aprovechar el sol de hoy. "Cualquier cosa que tu mano encuentre por hacer hazlo con todas tus fuerzas." Esto será para ti un cambio saludable de trabajo; yo me procuro el mejor descanso alternando de trabajo.

Y me uní como obrero decidido a los que trabajaban bajo la dirección de Filis; en la fila se mantenía la primitiva distinción de rango: el muchacho que tenían para espantar los gorriones y que no se comieran la fruta, iba el último, a retaguardia. No dimos fin hasta que el sol rojizo se ocultó detrás de los abetos que bordeaban el campo comunal. Entonces fuimos a casa a cenar, rezamos y a la cama. Por la ventana abierta de mi cuarto oí cantar a un pájaro, muy avanzada la noche, y allá a la madrugada el coclear y cacarear de los habitantes del gallinero.

Sólo me había llevado el equipaje de absoluta necesidad; el resto me lo habían de mandar por el ordinario. Por la mañana temprano llegó con él a la granja y me entregó al mismo tiempo unas cartas recibidas después de mi partida. Recuerdo que estaba yo hablando con mi prima Holman del modo que tenía mi madre de hacer pan; mi prima Holman me preguntaba detalles y más detalles, y me había puesto ya en más de un aprieto, cuando uno de los trabajadores me entregó las cartas, y tuve que pagar al mensajero por su trabajo de llevarlas antes de poder leerlas. ¡Una esquela! ¡Una carta del Canadá! ¿Qué instinto me hizo alegrarme de estar solo con mi prima, que no prestaba atención a estas cosas? ¿Qué fue lo que me hizo guardar precipitadamente las cartas en el bolsillo de mi chaqueta? No lo sé. Me sentía inquieto y disgustado, y hasta temo que en mi impaciencia di algunas respuestas poco atinadas. En seguida subí a mi cuarto con el ostensible pretexto de arreglar mi equipaje. Me senté en el borde de la cama y abrí nervioso la carta de Holdsworth. Me pareció como si la hubiera leída ya y conociera punto por punto lo que en ella iba a decirme. Supe que iba a casarse con Lucille Ventadour, mejor dicho, que ya estaría casado, porque estábamos a 5 de julio y escribía diciendo que se había fijado para la boda la fecha del 29 de junio. Me enteré de todas las razones que daba, de todos sus transportes de

alegría. Me quedé con la carta entre las manos, mirando al espacio, y, sin embargo, a pesar de mi dolorosa abstracción, vi un nido de pinzones en el tronco cubierto de liquen de un viejo manzano que había frente a mi ventana, y vi cómo la madre vino a alimentar a sus polluelos, y, a pesar de esto, no hubiera podido afirmar que lo vi, aunque me parecía después que hubiera podido dibujar todas las fibras del nido, todas las plumas de los pájaros. El alegre sonido de voces y el resonar de los rústicos pies de los que venían a la casa para la comida del mediodía me sacaron de mi ensimismamiento. Pensaba que tenía que bajar a comer; sabía que tenía que contárselo a Filis, porque Holdsworth, en su egoísta felicidad, en su vanidosa efusividad, había puesto una «posdata» diciendo que nos enviaría parte de boda a mí y a algunos conocidos de Eltham y Hornby y «a sus buenos amigos de la granja de la Esperanza». Filis se había esfumado, pasaba a ser uno de los varios «buenos amigos».

No sé cómo pude resistir el almuerzo de aquel día. Recuerdo que tuve que esforzarme para comer y que hablé con dificultad y también recuerdo la mirada de extrañeza que vi en los ojos del pastor. No era él de los que piensan mal sin tener motivo; pero cualquiera me hubiera tomado por borracho. Tan pronto como tuve ocasión me levanté de la mesa, diciendo que salía a dar un paseo. Al principio quise tratar de aturdir mi reflexión andando de prisa, y tanto anduve, que me encontré perdido en el erial situado más allá de la pradera comunal cubierta de hiniesta, que ya conocía antes de que el cansancio me obligase a aflojar el paso. ¡Cuánto deseé y con cuánto fervor, no haber cometido jamás aquel desatino, que nunca podría borrarse, aquella media hora escasa de indiscreción! Con esto alternaba mi cólera contra Holdsworth, bastante injusta, me atrevo a confesarlo. Supongo que permanecí en aquel paraje solitario más de una hora; después volví a casa resuelto a decírselo todo a Filis en la primera oportunidad; pero temiéndole tanto al cumplimiento de mi resolución, que cuando entré en la casa, cuyas puertas y ventanas estaban de par en par en aquel tiempo tan caluroso, y vi a Filis sola en la cocina, casi me puse malo de terror. Estaba Filis al lado de la mesa cortando rebanadas de un gran pan casero para los hambrientos trabajadores que iban a llegar de un momento a otro. Nubes pesadas iban cubriendo el cielo. Al oír mis pasos, se volvió a mirar:

—Debías haber ido al campo a ayudarnos a coger el heno —dijo con voz tranquila y agradable.

Al acercarme a la casa le había oído cantar suavemente un himno, y aún parecía que el canto silbaba en el ambiente.

—Sí, desde luego debiera haber ido. Parece como si fuera a llover.

—Sí, pronto tronará. Mamá se ha tenido que acostar con uno de sus dolores de cabeza. Ahora que has venido...

—Filis —dije yo cerrando los ojos y lanzándome a mi asunto interrumpiéndola—. He ido a dar un largo paseo, a cansarme, para tener tiempo de pensar sobre una carta que recibí esta mañana..., una carta del Canadá. Mírala. No sabes el dolor que me ha producido.

A medida que hablaba le fui alargando la carta. Cambió Filis un poco de color, más creo por el aspecto de mi cara que porque se diera idea clara de mis palabras. A pesar de todo, no hizo por cogerla. Tuve que insistir en que la leyera antes de que se diera cuenta de lo que yo quería. Se sentó apresuradamente al recibirla de mis manos, y, extendiéndola en la mesa ante ella, apoyó la cabeza en las manos, con los codos en la mesa y el cuerpo un poco separado, con lo que no podía verle la cara. Yo miré por la ventana abierta, con el corazón oprimido. ¡Paz y abundancia! ¡Qué tranquilo y profundo era el silencio en la casa! Sonaba el tic-tac que hacía el invisible reloj de la ancha escalera. Oí el crujido del fino papel cuando volvió la página. Debía ya haber leído la carta hasta el final, y, sin embargo, no se movía ni decía una palabra, ni aun suspiraba. Yo continué mirando por la ventana sin saber qué hacer, con las manos en los bolsillos. Muchas veces recuerdo con asombro lo largo que se me hizo aquel tiempo. Me pareció interminable, insoportable. Por fin me volví y la miré. Debió darse cuenta de mi mirada, y de la tristeza que en ella había, porque cambió de actitud con rápido movimiento y me miró a los ojos.

—No te pongas tan triste, Pablo —dijo—. Hazme el favor, no puedo soportarlo. No hay motivo para estar tan triste. Por lo menos no creo yo que lo haya. Después de todo, tú no has hecho nada malo.

Recuerdo que lancé un gemido; pero ella no me oyó.

—Además, él..., no hay nada de malo en este matrimonio, no. Porque... deseo muy de veras que sea feliz. ¡No sabes cómo lo deseo!

Estas últimas palabras fueron como un lamento; pero me parece notar que ella tuvo miedo de enternecerse, porque cambió de tono y continuó:

—¿Lucille... supongo que es el equivalente a nuestro Lucy? ¡Lucille Holdsworth! Es un nombre bonito. ¿No? Deseo..., no me acuerdo de lo que iba a decir. ¡Ah, sí! Pablo, creo que no tenemos necesidad de volver a hablar más de esto. Acuérdate tan sólo de que no tienes que estar triste. No has hecho nada malo: has sido bueno, amable, muy amable, y si veo que estás triste, no sé lo que acabaría yo por hacer..., empezaría a llorar, ya lo sabes.

Creo que estuvo a punto de hacerlo en aquel momento; pero la oscura tormenta estalló, y la nube se abrió al parecer precisamente encima de la casa. Mi prima se despertó y llamó a Filis; los hombres y las mujeres que estaban en el campo del heno vinieron corriendo a buscar abrigo, completamente mojados. El pastor venía detrás, sonriente, agradablemente excitado por la lucha con los elementos, y tranquilo, porque, a fuerza de trabajar con desnudo durante todo el largo día de verano, la mayor parte del heno estaba encerrada, a salvo, en el henil. En el bullicio que siguió me crucé varias veces con Filis, siempre afanosa y atareada, y, según me pareció, haciendo siempre lo que debía hacer.

Cuando por la noche me vi solo en mi cuarto, me sentí un poco aliviado y empecé a creer que había pasado lo peor, y que, después de todo, las cosas no iban tan mal. A pesar de esto, los días que siguieron fueron muy tristes. Algunas veces pensaba que debía de ser mi fantasía la que de falso modo me presentaba a Filis tan extrañamente cambiada; porque, seguramente, de tener fundamento mis aprensiones, sus padres, su padre y su madre, su propia sangre, habrían sido los primeros en darse cuenta de ello. No obstante, continuaban tranquilos y contentos; si algo habían variado, parecían más bien para estar algo más animados que de costumbre, porque «la cosecha de los primeros frutos», como la llamaba el pastor, había sido más liberal que de ordinario; todo indicaba abundancia alrededor, en ella tenía participación hasta el obrero más humilde.

Después de la tormenta vinieron algunos días de verano encantadores, durante los cuales fue acarreado todo el heno. Llegaron después las lluvias continuadas y suaves, que acrecieron las espigas e hicieron renacer la hierba recién cortada. Durante este tiempo húmedo, el pastor se permitía unas cuantas horas más de descanso y de goces domésticos; tomaba sus vacaciones de invierno cuando la tierra estaba aprisionada por el hielo y las de verano, en estos días húmedos, después de segar el heno. Solíamos sen-

tarnos con las ventanas abiertas, por las que entraban, llenando el gabinete, la fragancia y la frescura producida por la suave lluvia, mientras el continuo gotear en las hojas tenía el mismo efecto sedante y adormecedor que otros ruidos suaves y constantes, como el que las ruedas de los molinos y el murmurar de las fuentes tienen sobre los nervios de las gentes dichosas. Bien seguro que yo no era uno de ellos, y peor que seguro, estaba terriblemente angustiado por Filis. Desde el día de la tormenta advertía en su voz un acento nuevo, una especie de disonancia; en sus inquietos ojos no había sosiego, y su color iba y venía sin que yo pudiera hallar la causa.

El pastor, feliz en la ignorancia de lo que tanto le concernía, sacaba sus libros, sus doctos volúmenes y sus clásicos. No sé si leía y hablaba para Filis o para mí; pero sintiendo por instinto que no era ella, que no podía ser ella, quien le siguiera en los pacíficos detalles, tan extraños y tan contrarios al torbellino que ocultaba su corazón, me esforcé en atender y comprender si me era posible.

—Fíjate —decía el pastor, dando un golpe en el viejo volumen encuadrado en pergamino, que tenía en la mano—, en la primera Geórgica se habla de apisonar la tierra y de los riegos; un poco más adelante se insiste en la elección de la mejor semilla y nos aconseja conservar limpios los canales. Como ves, ningún labrador escocés daría un consejo más sabio que el de segar las praderas ligeras mientras conservan el rocío, aunque esto suponga tener que trabajar de noche. Todo lo que dice es aún en estos días una verdad viva.

Empezó a recitar versos latinos, mientras iba marcando la cadencia dándose con una regla en las rodillas. Supongo que el monótono canto hizo estallar en Filis cierta energía desacostumbrada, porque recuerdo que repentinamente enredó y rompió la hebra que cosía. Nunca he vuelto a oír otro chasquido como aquel, sin figurarme que una punzada o cuchillada atravesaba el corazón de la que cosía. Mi prima Holman, que hacía punto tranquilamente, notó la nerviosidad que hacía a Filis interrumpir tan a menudo la regularidad de su costura.

—Me parece que ese hilo es muy malo —dijo con su voz suave y simpática.

Esto fue demasiado para Filis.

—El hilo es malo; todo es malo, y ya estoy cansada de todo —y, dejando la labor, salió del cuarto apresuradamente.

Me parece que en toda su vida Filis no había tenido otro arrebató de mal humor como este. En otras familias no habría chocado ni el tono, ni la manera; pero en esta casa apacible y sosegada causó una viva sorpresa. El pastor dejó la regla y se subió las gafas a la frente. La madre se angustió en un principio; pero dominándose después, dijo, como dando una explicación:

—No cabe duda, es el tiempo. Unas personas lo sienten de distinta manera que otras. A mí siempre me da dolor de cabeza; ella... los nervios...

Se levantó para seguir a su hija; pero a mitad del camino se detuvo, titubeó un instante y volvió a su asiento. Madre admirable, pensó que lo mejor para quitar efecto al desusado malhumor era aparentar no haberse fijado gran cosa en él.

—Sigue, lo que estás leyendo —dijo a su marido— es muy interesante, y aunque no me entero muy bien, me agrada el sonido de los versos.

Y el pastor continuó, pero sin calor, irregularmente, sin volver a marcar con la regla la cadencia de los versos latinos. Cuando llegó el crepúsculo, más temprano que de costumbre en aquella tarde de julio, por estar nublado el cielo volvió Filis tranquilamente, como si nada hubiera ocurrido. Cogió su labor; pero como ya era muy tarde y oscurecía rápidamente, tuvo que dejarla pronto. Vi entonces que su mano buscó las de su madre, que esta la mimó con pequeñas caricias, mientras el pastor, tan al cabo como yo de la tierna escena, siguió hablando en tono más alegre de multitud de cosas que le tenían en aquel momento tan sin cuidado como a mí, lo que es decir bastante, y demuestra cuánto más real era, hasta para un labrador, lo que estaba sucediendo delante de él que las costumbres agrícolas de los antiguos.

Recuerdo algo más, un ataque que sufrí por parte de Betty, la criada, un día que estaba haciendo manteca en la cocina y entré yo a pedirle un vaso de suero.

—Digo yo, primo Pablo —había adoptado la costumbre de la familia de llamarme así y de dirigirme siempre la palabra de este modo—, que algo le sucede a nuestra Filis, y hasta barrunto que usted ya se ha figurado lo que es. No es ella persona que se contenta con uno como usted —no era esto precisamente un cumplido para mí; pero Betty nunca lo fue, ni aun con

aquellos a los que debía mayor respeto —; pero me habría alegrado de que ese Holdsworth no hubiera venido por aquí en todos los días de su vida. Ya sabe usted cómo pienso.

Y ciertamente pensaba de modo tan certero como desagradable. No supe qué contestar a aquella visión del estado real del asunto, expresada por las toscas palabras de la astuta mujer; así es que traté de despistarla, fingiendo gran sorpresa ante sus afirmaciones.

—¿Que le pasa algo a Filis? No he notado nada. Quisiera saber por qué dice usted esto. ¡Si parece tan satisfecha como el que más!

—¡Pobre muchacho! Al fin y al cabo no es usted más que un niño grande, y nunca habrá oído hablar de estas cosas; pero en este caso usted debe estar mejor enterado que yo, amiguito; así es que no crea que usted va a engañarme diciéndome esto o lo otro. ¿Por qué por las noches se pasea horas y horas, cuando acostumbraba a estar acostada y dormida? Yo duermo en el cuarto al lado del suyo y la oigo perfectamente. ¿Por qué entra aquí jadeante y se deja caer en aquella silla? —indicando una cerca de la puerta —, y me dice: "¡Betty, haz el favor de un vaso de agua!" Ahora entra así, pero antes venía tan fresca y tan alegre como se había ido. Si ese amigo de usted se ha burlado de ella, tendrá mucho que responder por ello. Ella es una muchacha tan dulce y tan pura como una manzana, la niña de los ojos de su padre, y de su madre también, y sólo por esta ocupa el segundo lugar para el señor... Tiene usted que ocuparse de este asunto; yo, por mi parte, no toleraré que nadie haga daño a nuestra Filis.

¿Qué iba a hacer o a decir yo? Deseaba al mismo tiempo justificar a Holdsworth para conservar el secreto de Filis y tranquilizar a aquella mujer. Pero me parece que no escogí el mejor camino.

—No creo que Holdsworth le haya dicho a Filis una sola palabra... de amor en toda su vida. Estoy seguro de que no le ha dicho nada.

—¡Ay, ay! Pero hay ojos y hay manos, lo mismo que hay lenguas, y un hombre tiene manos y sólo una lengua.

—Además, ella es demasiado joven; ¿no cree usted que habrían notado algo sus padres?

—Bueno; si me pregunta usted eso, contestaré resueltamente: ¡No! Tanto tiempo la han llamado «la niña»... «La niña» es el nombre que le dan siem-

pre que hablan entre ellos, como si no hubiera otros que hubiesen tenido delante una ovejuela blanca, como esta, que se ha convertido en una mujer ante sus propios ojos sin darse cuenta. Aún la miran como si estuviera en mantillas. ¿Ha oído usted alguna vez que un hombre se enamore de una niña en mantillas?

—No —dije sonriendo.

Pero ella continuó tan seria como un juez:

—¡Ay, ya ve usted que se ríe sólo de pensarlo. Me atrevo a asegurar que aunque el pastor no es hombre muy risueño, haría lo mismo al pensar en la idea de que alguien se enamorase de la niña. ¿Dónde está Holdsworth?

—En el Canadá —respondí secamente.

—El Canadá por aquí, el Canadá por allá —replicó con enojo—. En lugar de tanto Canadá, dígame usted cómo está de lejos. ¿Está a dos días de viaje, a tres, o a una semana?

—Más lejos que eso... Lo menos tres semanas, y en barco —exclamé desesperado—. Y, además, está ya casado o va a casarse.

—¡Eso es!

Esperaba una nueva explosión de cólera en Betty, pero no fue así; el asunto era demasiado serio. Se sentó y permaneció silenciosa un rato. Parecía tan entristecida y abrumada, que no pude por menos de continuar y referirle parte de mi secreto.

—Lo que he dicho es completamente cierto. Yo sé que él nunca le dijo una palabra a ella. Creo que le gustaba, pero nada más. Ahora ha terminado todo. Lo mejor que podemos hacer, lo mejor y lo más conveniente para ella..., y como yo sé que usted, Betty, la quiere entrañablemente...

—La he criado en mis brazos; yo le di a su hermano pequeño el último alimento que tomó en este mundo —dijo Betty llevándose el delantal a los ojos.

—¡Bueno! Que no se dé cuenta de que sabemos que sufre; así se le pasará antes. Sus padres ni siquiera se lo figuran, y nosotros debemos hacer como si tampoco lo supiéramos. Ya no es tiempo para hacer otra cosa.

—Por mi parte, no lo descubriré; como si no supiera nada. En mis tiempos también probé lo que es verdadero amor; pero hubiera preferido ver muerto a ese Holdsworth antes de que viniera a la granja con toda su finura y su "Haga el favor, Betty, de esto"; "Haga el favor, Betty, de lo otro" y a beberse la leche fresca como un gato chico. Aborrezco esos modales tan engañosos.

Pensé que lo mejor era dejar que la buena mujer agotase todos los insultos contra el ausente Holdsworth, y por esta conducta mía, mezquina y traidora, recibí el castigo pronto.

—Es una advertencia para otros ver cómo va engañando ese falso. Algunos hombres lo hacen con la facilidad e inocencia de las palomas que se arrullan. No sea usted uno de ellos, hijo mío. Por más que no tiene usted las dotes necesarias para hacerlo; no hay gran cosa en usted que merezca atención, ni en la facha ni en la cara. Tenía que ser una pava tonta y sorda la que se dejase engañar por las palabras de usted, aunque probablemente no habría gran daño en ellas.

Una opinión semejante, aunque fuera expresada por lo más viejo y feo del sexo feo, no es para engreír mucho a un muchacho de diecinueve años; así es que procuré cambiar la conversación, insistiendo repetidas veces en la necesidad de guardar el secreto de Filis. Nuestro diálogo terminó con el siguiente discurso de Betty:

—Es usted un gran simple, aunque sea usted primo del señor. Son muchos los castigados con tener tontos por primos. ¿Cree usted que yo no pueda ver claro como no sea a través de sus gafas? Le doy a usted permiso para que me corte la lengua y la clave en la puerta del pajar, como escarmiento para las urracas, si se me escapa algo que toque a esta pobre muchacha, ya referente a ella misma o a cualquiera de los suyos, como dice la Biblia. Y ahora que me ha oído hablar en el lenguaje de las Sagradas Escrituras, tal vez se quedará tranquilo y me dejará la cocina para mí sola.

Durante los días que siguieron hasta mediados de julio, debí olvidar lo que había dicho Holdsworth de enviar tarjetas de participación de su boda. No fue olvidado, fue que una vez que había hablado a Filis de esta boda creí la llegada de las tarjetas como cosa sin la menor importancia. Sin embargo, cuando llegaron las tarjetas, me sorprendieron. Poco tiempo antes había entrado en vigor la reforma postal de los diez céntimos, como la gente la llam-

aba; pero, todavía en el sitio remoto donde nos hallábamos, aún no había empezado el interminable flujo de cartas y tarjetas que ahora se desborda en todas partes sobre la mayoría de las casas. En Hornby había oficina de Correos, y el cartero que llevaba la correspondencia a Heathbridge y sus alrededores era un pobre viejo que almacenaba las pocas cartas en cualquiera o en todos sus bolsillos, como mejor le cuadraba. Muchas veces le encontraba por las callejas y le preguntaba si traía cartas para mí. En otras ocasiones lo veía sentado descansando al borde de una acera y me rogaba que le leyera las direcciones, demasiado ilegibles para que sus pobres ojos pudieran descifrarlas, a pesar de las gafas. Cuando le preguntaba si tenía alguna carta para mí o para Holdsworth —no se preocupaba mucho de a quién las entregaba, con tal de desembarazarse de ellas de cualquier modo y para poder volverse a su casa—, siempre decía que creía que tenía; esta era su manera invariable y poco comprometida de responder; empezaba a registrar los bolsillos de la levita, los del chaleco, los del pantalón, y, como último recurso, los de los faldones, y al final intentaba consolarme, si le parecía verme contrariado, diciéndome:

—Hoo no ha escrito hoy; pero seguramente lo hará mañana.

"Hoo" era una novia imaginaria que me había adjudicado.

Algunas veces vi al pastor traer a casa una carta a su nombre, que había encontrado abandonada en la tiendecilla que en Heathbridge hacía las veces de oficina de Correos o en la tienda grande de Hornby. En otras ocasiones era Josiah, el carretero, el que recordaba de pronto que el viejo cartero le había entregado una epístola para el «amo» al encontrárselo en uno de los caminos. Me parece que fue unos diez días después de mi llegada a la granja y de mi conversación con Filis, mientras estaba cortando pan al lado de la mesa, cuando el pastor dijo de repente a la hora de la comida:

—Se me olvidaba; tengo una carta en el bolsillo... Tráeme la levita, Filis.

El tiempo era aún caluroso, y para estar más fresco y cómodo, el pastor se había sentado a la mesa en mangas de camisa.

—Fui a Heathbridge para devolver ese papel que me han enviado, que estropea todas las plumas; entré en la oficina de Correos y encontré una carta para mí, que por estar sin franqueo, no quisieron confiar al viejo Zekiel.

¡Aquí está! Ahora vamos a saber noticias de Holdsworth. No quise abrirla hasta que estuviéramos todos reunidos.

Sentí cómo mi corazón cesaba de latir, e incliné la cabeza sobre el plato, sin atreverme a levantar la vista. ¿Qué iba a suceder ahora? ¿Qué estaría haciendo Filis? ¿Qué cara tendría? Tras un momento de incertidumbre, volvió a hablar el pastor:

—Pero, ¿qué es esto? ¡Dos tarjetas de visita con su nombre en las dos! ¡No! No es su nombre en las dos. Mistress Holdsworth. Nuestro amigo se ha casado.

Levanté la cabeza al oír estas palabras, y sin poder contenerme, miré rápidamente a Filis. Me pareció como si ella hubiese estado vigilando mi cara y mis ademanes. La suya estaba encendida de color; tenía los ojos secos y brillantes; pero no habló. Apretaba los labios casi como si fuera a morderse los para impedir que saliera ni una palabra ni un sonido. La cara de mi prima Holman expresó interés y sorpresa.

—¡Vaya! —dijo esta—. ¿Quién lo hubiera pensado? Bien de prisa ha llevado el cortejar y casarse. Le deseo muchas felicidades. Vamos a ver —dijo contando por los dedos— en cuánto tiempo; octubre, noviembre, diciembre, enero, febrero, marzo, abril, mayo, junio, julio, y estamos a 28; después de todo, unos diez meses, contando dos meses como terminados.

—¿Sabías tú ya esta noticia? —dijo el pastor, volviéndose rápidamente hacia mí, supongo que extrañado ante mi silencio tan profundo como sospechoso.

—La sabía... había oído... algo. Ha sido con una muchacha francocanadiense —continué con un esfuerzo angustioso por seguir hablando—. Su nombre es Ventadour.

—¡Lucille Ventadour! —dijo Filis con visible violencia y con voz aguda, desentonada.

—¡Entonces también lo sabías tú! —exclamó el pastor más sorprendido aún.

Los dos hablamos a un mismo tiempo. Yo decía:

—Tenía noticias de la posibilidad de... y se lo dije a Filis.

Esta añadía por su parte, con extraña volubilidad:

—Se ha casado con Lucille Ventadour, de una familia numerosa, de origen francés, de cerca de Saint-Maurice, ¿no es eso?

Yo decía a todo: sí, sí.

—Pablo me lo dijo... Es todo lo que sabemos, ¿no es verdad? Papá, ¿has visto a los Hobson en Heathbridge? —preguntó, esforzándose por hablar más de lo que había hecho durante todo el mes.

Hizo muchas preguntas, con las que trataba, según yo pude comprender, que la conversación no recayera en el tema candente, cuya sola mención era una agonía para ella. La conversación no me absorbió tanto que dejase de ver que el pastor estaba perplejo, receloso y desasosegado. A pesar de ello secundó los esfuerzos de Filis para impedir que su madre volviera a tratar de la noticia del día, con su acostumbrado acompañamiento de exclamaciones de asombro y de sorpresa. Con excepción de mi prima Holman todos los demás estábamos quien más quien menos agitados, fuera de nuestra natural ecuanimidad. Todos los días, a cada momento, me reprochaba yo más y más mi indiscreta oficiosidad. ¡Qué no sería entonces! ¡Si hubiese contenido mi lengua aquella media hora, si no hubiese tenido prisa e impaciencia por mitigar un dolor! Los remordimientos me daban ganas de golpear mi imbécil cabeza contra las paredes. Pero ya no podía hacer otra cosa que secundar a la valiente muchacha en sus esfuerzos por ocultar su desengaño y conservar su secreto virginal.

La comida se me hizo interminable. Sufría más por Filis que por mí mismo. Hasta aquel día todo lo que había oído decir en aquel dichoso hogar eran palabras sencillas, sin doblez alguna; si teníamos que decir algo, lo decíamos; si cualquiera prefería el silencio, más aún, si todos hubieran preferido callar, nadie hubiera procurado con esfuerzos casi espasmódicos, como nosotros entonces hablar por hablar para alejar pensamientos intrusos o sospechas bochornosas. Por fin, nos levantamos de nuestros sitios, listos para dedicarnos a las faenas; pero algunos de entre nosotros habíamos perdido el celo e interés por la labor cotidiana. El pastor se quedó mirando en silencio por la ventana, y cuando salió de su meditación y se dispuso a ir al campo en donde trabajaban los obreros, lo hizo dando un suspiro y tratando de ocultar su turbado rostro cuando pasó por delante de nosotros, camino de la puerta. Así que hubo salido miró a Filis, quien, creyendo no ser observa-

da, dejó que por un momento se cambiase su fingida expresión en otra de cansancio triste y doloroso. Se rehizo bruscamente cuando habló su madre y marchó escapada a cumplir no sé qué encargo que le fue encomendado.

Cuando nos quedamos solos, mi prima Holman volvió al tema del casamiento de Holdsworth. Era una de esas personas a quienes gusta mirar los acontecimientos desde todo punto de vista y analizar todas sus posibilidades, gusto que no pudo permitirse a la hora de la comida por el cambio de conversación.

— ¡Pensar que se ha casado míster Holdsworth! ¡No acabo de creerlo, Pablo! Y hay que decir que era un muchacho muy agradable. El nombre de ella no me gusta; suena a extranjero. Dímelo otra vez. Espero que ella sabrá cuidarle a la manera de Inglaterra. Él no está fuerte, y si ella no está pendiente de él, temo que le repita aquella tos.

— Él me decía siempre que después de la fiebre había quedado más fuerte que nunca.

— Se lo creería así; pero yo no dejo de tener mis dudas. Era un hombre muy agradable; pero no aguantaba que le cuidasen. Se cansaba de que le mimaran, como él decía. Deseo que vuelva pronto a Inglaterra, y entonces ya será otra cosa con su salud. Ahora se me ocurre si hablará ella inglés; no importa porque recuerdo que él habla con mucha facilidad las demás lenguas, según he oído decir a mi marido.

Y así estuvo comentando durante algún tiempo, hasta que se quedó adormilada sobre su labor, en aquella tarde bochornosa de verano, y yo me escapé a dar un paseo porque necesitaba estar solo y recapacitar sobre lo ocurrido y, ¡ay!, para abrumarme con las punzantes heridas del remordimiento. Tan pronto como me vi en el bosque me di a vagar perezosamente. Aquí y allí el ruidoso y alborotado arroyuelo se enroscaba alrededor de una piedra o de las raíces de un árbol y formaba pequeñas lagunas; en otros sitios corría alegremente por su lecho de arena y guijarros. Me detuve junto a uno de estos remansos y quise entretenerme, tirando al agua piedras o pedazos de madera, pensando en lo que podría hacer para remediar el actual estado de cosas. Naturalmente, mi meditación fue inútil. Por fin, el distante sonido del cuerno empleado para avisar que dejaran el trabajo los obreros, dispersos por el campo, me advirtió que eran las seis, hora ya de

volver a la granja. Hasta mis oídos llegaron trozos del salmo que se cantaban al dejar el trabajo, entonado en alta voz.

Al cruzar el campo de los fresnos vi a alguna distancia al pastor hablando con un hombre. No podía oír lo que decían; pero vi un gesto de impaciencia o contrariedad —no puedo decir cuál de estos sentimientos lo producía— del primero, que se marchó rápidamente, absorto, al parecer, en sus pensamientos; porque aunque pasó a veinte varas de mí y nuestros caminos convergían hacia la casa, no se dio cuenta de mi presencia.

La velada fue mucho más violenta aun que la hora de la comida. El pastor estaba silencioso, deprimido y hasta irritable. Mi pobre prima Holman estaba confusa ante el estado de ánimo de su marido; ella misma no se encontraba bien: sufría a causa del calor extremado e intenso, y esto la hacía menos locuaz que de costumbre. Filis, tan tierna y reverente de ordinario con sus padres; tan suave y tan bondadosa, parecía ahora no darse cuenta del extraño estado de todos y hablaba conmigo atropelladamente de cualquier cosa, de asuntos indiferentes, sin tener en cuenta la seriedad de su padre ni las lastimosas miradas de estupefacción de su madre. Una vez que mis ojos se fijaron en sus manos, ocultas debajo de la mesa, pude ver la manera convulsiva con que entrelazaban sus dedos sin cesar, retorciéndolos de vez en cuando, retorciéndolos hasta que la carne comprimida se ponía blanca. ¿Qué podría hacer yo? Hablaba con ella al ver que este era su deseo; sus ojos grises tenían oscuros círculos alrededor y brillaba en ellos una especie de luz sombría; tenía las mejillas encendidas, pero sus labios estaban secos, mustios y descoloridos. Me extrañaba de que los demás no interpretasen estas señales tan claramente como yo. Tal vez lo hicieran; me figuro que el pastor adivinó algo, por lo que ocurrió después.

¡Pobre prima Holman! Adoraba a su marido. Los signos externos de la intranquilidad de éste eran más patentes para su sencillo corazón que los de su hija. Al cabo de un rato, no pudo resistir más. Se levantó y, poniéndole suavemente a su marido la mano sobre su ancho hombro, dijo:

—¿Qué ocurre? ¿Ha sucedido algo malo?

Él se sobresaltó, como si despertase de un sueño. Filis bajó la cabeza y contuvo la respiración, esperando con terror una respuesta que temía y que miraba como inminente, pero el pastor, paseando una mirada alrededor

suyo, volvió su ancha y grave faz hacia su angustiada mujer, y fingiendo una risa, le cogió la mano como para tranquilizarla.

— Me estoy recriminando a mí mismo porque esta tarde me he dejado arrebatar por la cólera. Casi no me di cuenta de lo que hacía; pero he despedido a Timothy Cooper. Ha secado el manzano reineta que había en el rincón de la huerta; ha amontonado contra el tronco, ¡estúpido!, la cal viva para la obra del muro nuevo del establo. ¡Ha quemado por completo al árbol! ¡Y cargado de manzanas como estaba!

— ¡Y con lo escasas que son las reinetas! — dijo mi prima con lástima.

— Sí. Pero hoy debí tener en cuenta que Timothy es medio idiota y que tiene mujer e hijos. Su negligencia me ha sacado de quicio muchas veces; pero me he esforzado en soportarlo. Hoy se me ha acabado la paciencia y ya no le aguanto más. Le he avisado y para que busque ocupación en otra parte. Y no hablemos más acerca de esto, que me contrista.

Cogió tiernamente la mano que se apoyaba en su hombro y la rozó con los labios; luego volvió a caer en un silencio tan profundo como antes, aunque no tan triste en apariencia. No podía decir el porqué; pero esta conversación entre sus padres pareció despojar a Filis de toda su entereza artificial. Ya no me hablaba, sino que miraba por la ventana abierta a la luna serena, que lentamente se movía en el cielo crepuscular. Hubo un momento en que me figuré que sus ojos estaban llenos de lágrimas; pero si así fue, las reprimió y se levantó con viveza cuando su madre, fatigada y deprimida, propuso que nos acostáramos inmediatamente después de rezar. Uno por uno dimos las buenas noches al pastor, aún sentado a la mesa, con un libro abierto ante él, sin levantar la vista al oír nuestros saludos, pero devolviéndolos con amabilidad. Cuando yo, que era el último, estaba a punto de salir de la habitación, me dijo, sin mirarme apenas:

— Pablo, hazme el favor de esperar unos minutos. Quisiera hablar contigo.

En aquel momento, de repente, adiviné lo que se me venía encima. Cerré la puerta cuidadosamente, apagué la vela que llevaba para alumbrarme y me senté, esperando mi suerte. Al principio, el pastor sentía como reparo para comenzar; de no haber oído yo que quería hablar conmigo, nunca lo habría

supuesto; tan abstraído parecía terminando de leer un capítulo. De repente levantó la cabeza y me dijo:

—Es a propósito de Holdsworth, ese amigo tuyo. Pablo, ¿tienes algún motivo para suponer que se haya burlado de Filis?

—¿Que se haya burlado de Filis?

—¡Sí! Ya sabes lo que quiero decir: si le ha hecho el amor, si la ha cortado o hecho pensar en que él la amaba, para marcharse después abandonándola. Dímelo como quieras, y en la forma que quieras, dame únicamente una respuesta clara de una especie u otra —una respuesta verdad quiero decir—, y no repitas mis palabras.

Al decir esto temblaban sus manos. No retrasé un instante mi contestación.

—No creo que Edward Holdsworth se haya burlado de Filis ni que le haya hecho nunca el amor. Por lo que yo sé, jamás le dio a entender que la amaba.

Me detuve porque necesitaba reunir mi valor para hacer mi confesión, en la que quería, sin embargo, salvar en lo que pudiera el secreto del amor de Filis por Holdsworth, ese secreto por el que con tanta energía había luchado ella para conservarlo sagrado y seguro. Yo tenía necesidad de reflexionar un poco antes de continuar con lo que iba a decir. Pero antes de que yo hubiese ordenado mis ideas empezó de nuevo el pastor. Como si hablara para él solo, siguió diciendo:

—¡Es mi única hija, mi hijita! Apenas ha salido de la niñez. Había pensado guardarla muchos años bajo mi sombra; su madre y yo daríamos nuestras vidas con tal de evitarle cualquier daño o sufrimiento.

Después, levantando la voz dijo, mirándome:

—Algo le ha pasado a Filis, y me parece que ha sido en el instante en que oyó hablar de ese casamiento. Es fuerte pensar que tal vez sepas tú más que yo de sus angustias y sufrimientos secretos; tal vez lo sepas, Pablo; tal vez lo sepas... Si no es un pecado, dime lo que puedo hacer para devolverle la alegría. ¡Dímelo!

—Me temo que no servirá de mucho lo que le diga; pero he de confesar el daño que he hecho, no en el sentido de pecado, sino de falta de discern-

imiento. Antes de irse Holdsworth, me dijo que estaba enamorado de Filis y que se proponía hacerla su mujer, y yo se lo dije a ella.

¡Por fin, lo había confesado! Ya estaba aclarada toda mi intervención en el asunto, por lo menos. Apreté los labios y esperé las palabras que iban a venir. No veía la cara del pastor, porque yo miraba obstinado a la pared de enfrente. Una vez le oí que empezaba a hablar; pero se detuvo, se puso a volver las hojas del libro que tenía delante. ¡Qué silencio tan espantoso reinaba en la habitación! Por la ventana abierta no entraba ni el murmullo de las hojas, ni el piar de los pájaros, ni sonido alguno. Sólo el reloj de la escalera y la respiración anhelante del pastor, ¿seguiría esto siempre así? Impaciente, no pudiendo soportar ya más aquella larga interrupción, volví a hablar.

—Lo hice con la mejor intención, honradamente, según me pareció.

El pastor cerró el libro de un golpe seco y se puso en pie. Entonces pude ver lo enfadado que estaba.

—¿Con la mejor intención dices? ¿Es que encuentras honrado ir a contar a una muchacha lo que jamás has dicho a sus padres, quienes tenían en ti la misma confianza que en un hijo?

Empezó a pasear rápidamente por la habitación, arriba y abajo, pasando y repasando junto a las ventanas abiertas, removiendo los amargos comentarios que mi conducta le inspiraban.

—¡Meter tales cosas en la cabeza de una niña! —continuó—. Deshacer su pacífica juventud hablándole del amor de otro hombre, y ¡qué amor! —añadió con desprecio—; un amor que está propicio a cualquier mujer. ¡Oh, qué desventura leía en la cara de mi pobre hijita hoy, a la hora de comer; qué desventura, Pablo! Creí poder tener confianza en ti... ¡Tú, hijo de tu padre, tan digno, infundir tales ideas en el ánimo de la niña; vosotros dos hablando del hombre que quería casarse con ella!

No pude evitar el acordarme del mandil, el vestido infantil que Filis llevó tanto tiempo, como si sus padres no se diesen cuenta de que se iba convirtiendo en una mujer. De la misma suerte hablaba y pensaba el pastor ahora de ella como de una niña cuya paz inocente había perturbado yo con palabras vanas e indiscretas. Yo sabía que la verdad era muy otra, pero de ningún modo la hubiera dicho en esta ocasión; nunca tuve intención de de-

cirla, aunque era una disculpa, muy lejos estaba de mi ánimo la idea de aumentar en un ápice las penas que yo había causado. El pastor continuó paseando, moviendo en alguna ocasión las cosas que había sobre la mesa o los muebles con ademanes bruscos, impacientes, sin sentido, y después empezó a hablar de nuevo.

— ¡Tan joven, tan pura! ¿Cómo pudiste decir tales cosas a una niña, creando esperanzas, excitando sentimientos..., para terminar así, y ha sido lo mejor, aunque yo haya llevado la pena de ver su cara con el lastimoso aspecto que la he visto? No puedo perdonarte, Pablo; has sido más que malo... has sido malvado al repetir las palabras de aquel hombre.

Estaba el pastor de espaldas a la puerta, y obsesionado, gritando sus palabras de cólera, no oyó que se abría lentamente, ni vio entrar a Filis en el cuarto hasta que se volvió; se quedó inmóvil. Filis no debía haberse desnudado por completo y se había puesto una oscura capa de invierno, cuyos amplios pliegues caían hasta sus pies blancos, descalzos y silenciosos. Tenía la cara intensamente pálida; los ojos, cercados de grandes ojeras negras. Se acercó poco a poco a la mesa, y, apoyando en ella una mano, dijo con tono lastimero:

— Papá, no culpes de esa manera a Pablo. No pude evitar el oír gran parte de lo que estabas diciendo. Es verdad, me lo contó; tal vez hubiera sido mejor que no me lo contaras, querido Pablo. Pero, ¡ay de mí! ¡Me cuesta vergüenza declararlo! Me lo dijo por pura compasión, porque vio... que yo era muy desgraciada por haberse marchado "él".

Dejó caer la cabeza y se apoyó en la mesa con más fuerza que antes.

— No comprendo — dijo su padre; aunque ya estaba empezando a comprender.

Filis no habló más, pero él volvió a preguntar. Lo hubiera golpeado por su crueldad; entonces lo supo todo.

— ¡Lo quería, papá! — dijo ella por fin, levantando los ojos hasta la cara de su padre.

— ¿Te había hablado de amor alguna vez? Pablo dice que no.

— Nunca.

Dejó Filis caer los párpados y pareció desfallecer; un momento creía que iba a desplomarse.

—Nunca lo hubiera creído —dijo el pastor con voz dura, pero suspirando, sin embargo, al empezar a hablar. Por un instante reinó mortal silencio.

—¡Pablo!, perdóname; he sido injusto contigo. Merecías alguna censura, pero no todo lo que te he dicho.

Siguió una pausa. Me pareció ver que los pálidos labios de Filis se movían pero pudo ser un efecto de la oscilante luz de la vela; había entrado una falena por la ventana abierta y revoloteaba alrededor de la llama; pude salvarla, pero no tuve ánimos para ello; mi pensamiento estaba demasiado lleno por otras cosas. Durante varios minutos, que parecieron interminables, no se oyó el menor ruido.

Después dijo mi primo:

—¡Filis! ¿No te hemos hecho dichosa aquí? ¿No te hemos amado bastante?

Filis pareció no comprender el sentido de estas preguntas; miró como asombrada, dilatados sus hermosos ojos con una expresión de pena, de tortura. El pastor continuó, sin notar el aspecto de ella; estoy seguro de que no la veía:

—¡Y nos hubieras abandonado, hubieras dejado tu casa, a tu padre, a tu madre, y te habrías ido con ese hombre extraño, a errar por el mundo!

También él sufría; en la voz con que dijo este reproche había acento de dolor. Es probable que en toda su vida no hubieran estado padre e hija tan alejados, tan desunidos. Un nuevo terror asaltó a Filis, y fue a mí a quien se dirigió en busca de ayuda. Se extendió como sombra por toda su cara, se tambaleó hacia su padre y se desplomó, con los brazos cruzados sobre las rodillas, gimiendo:

—¡Papá, mi cabeza, mi cabeza! —Se escurrió de los brazos de su padre, que acudió a sostenerla, y quedó tendida a sus pies.

No olvidaré mientras viva la súbita mirada de agonía del pastor. ¡Nunca! Levantamos a Filis insensible, con el rostro contraído de modo extraño. Atravesando la cocina, corrí a la fuente del patio y traje agua. El pastor la sostenía sobre las rodillas, la cabeza de ella contra su pecho, como si fuera

un niño dormido. Trataba de ponerse en pie con su preciosa carga; pero el terror instantáneo había robado la fuerza al hombre vigoroso, y volvió a caer en la silla, respirando con anhelo.

—¿No está muerta, Pablo, verdad? —murmuró con voz ronca y deshecha al acercarme yo.

Tampoco yo podía hablar; pero señalé los músculos que temblaban alrededor de la boca de Filis. En aquel preciso momento entró mi prima Holman, atraída por el ruido de la caída. Recuerdo que en aquella ocasión me sorprendió su presencia de ánimo; parecía saber mucho mejor que su marido lo que había que hacer a pesar del terror que palidecía su cara y le hacía temblar todo el cuerpo. Ahora pienso que lo que paralizó al pastor fue el recuerdo de toda la escena sucedida momentos antes: el desdichado pensamiento de que sus palabras habían podido producir este ataque, o lo que fuese.

Subimos a Filis a su cuarto, y mientras las mujeres la acostaban, sin sentido aún y con ligeras convulsiones, me lancé fuera de la casa, ensillé uno de los caballos de labor y troté hacia Hornby lo más de prisa que podía la pesada bestia, en busca del médico para traerlo conmigo. El médico había salido; tal vez no volvería en toda la noche. Recuerdo haber dicho un desalentado: "¡Dios nos ayude!", montado en el caballo bajo la ventana, en la que había aparecido la cabeza del practicante, en respuesta a mis furiosos tirones de la campanilla. El practicante era hombre compasivo; me dijo:

—Puede volver dentro de media hora; no lo sé de cierto; pero casi estoy por decir que sí. Tan pronto como venga, lo enviaré a la granja de la Esperanza. ¿Es la hija de Holman, una muchacha muy guapa, la que está enferma, no?

—Sí.

—Sería una lástima que se muriese. ¿Es casi una niña, verdad? Voy a levantarme y me pondré a fumar una pipa en el despacho para esperar que vuelva el doctor. Si me acuesto, es probable que me duerma.

—Gracias; es usted una buena persona.

Y troté hacia la granja casi tan de prisa como había venido.

Fue un ataque de fiebre cerebral. Así lo dijo el médico cuando vino a primera hora en aquella mañana de verano. Respecto de una esperanza de mejoría definitiva o la desgraciada profecía del fin probable, el cauto doctor no quería comprometerse a darlas. Dejó sus instrucciones y prometió volver tan pronto, que esto nos demostró la opinión que había formado de la gravedad del caso. Por misericordia divina, Filis recobró la salud; pero antes pasaron largos días de fatigas y angustias para todos.

Según el plan acordado de antemano, yo debía marcharme a mi casa a principios de agosto; pero sin que hablásemos una sola palabra, el propósito quedó abandonado. Creo realmente que yo era muy necesario en la granja, especialmente necesario al pastor en aquellos momentos, y mi padre, enterado de lo que ocurría, era la última persona en el mundo que en tales circunstancias me esperase en casa. Digo que creí ser necesario en la granja. Todo el mundo —estoy por decir todas las criaturas, pues hasta los animales parecían conocer y querer a Filis— en la granja se entristeció, como si una nube ocultara el sol. Cada uno hacía su trabajo en silencio sin caer en la tentación de la holganza, a pesar de no estar vigilados, haciendo así honor a la confianza depositada en ellos por el pastor, quien el día que Filis cayó enferma reunió en el vacío pajar a todos los hombres que trabajaban en la granja y les rogó que rezasen por su única hija, explicándoles su completa incapacidad para pensar en otra cosa que no fuera su hijita, a las puertas de la muerte; terminó pidiéndoles realizasen sus faenas diarias como mejor pudiesen, y sin su dirección. Estos hombres honrados ejecutaron su trabajo lo mejor que supieron; pero cabizbajos, con caras tristes y preocupadas. Venían uno a uno por la mañana temprano a pedir noticias de la tristeza que abrumaba la casa, recibiendo la contestación de Betty, acompañada de movimientos de cabeza y una melancólica seriedad, algo empeorada siempre la situación por el paso a través del pesimismo de ella.

Como a estas pobres gentes no se les podían confiar encargos delicados, fueron de cierta utilidad mis servicios. Una vez tuve que ir a todo galope a pedir hielo a sir Williams Bentinck, para ponerle a Filis una compresa en la cabeza. Otra vez tuve que ir a Eltham, en tren, a caballo, de todos modos, para que viniera en consulta el médico de esta población, porque se habían presentado nuevos síntomas, interpretados como desfavorables por el doctor de Hornby, míster Brown. Muchas horas permanecí sentado al lado de la ventana, a media escalera, escuchando en el ardiente silencio de la casa los

ruidos del cuarto de la enferma. El pastor y yo nos veíamos constantemente; pero rara vez hablábamos. ¡Qué envejecido estaba! Compartía con su mujer el cuidado de Filis; la resistencia necesaria para ello pareció serles dada aquellos días. No querían que hubiera nadie más que ellos alrededor de su hija; todos los cuidados que había que prodigarle eran sagrados para los dos; la misma Betty sólo entraba en la habitación para las cosas más indispensables y precisas. Una vez vi a Filis por la puerta entreabierta; hacía ya días que le habían cortado la preciosa cabellera dorada; tenía cubierta la cabeza con paños mojados, y la movía adelante y atrás sobre la almohada, con movimiento incesante y fatigoso, cerrados los ojos, tratando, como en otros tiempos, de canturrear un himno; pero interrumpiéndolo continuamente con gemidos de dolor. Su madre, sentada a la cabecera y sin derramar una lágrima, cambiaba los paños de la cabeza con paciente solicitud. En un principio no vi al pastor; pero allí estaba, en un rincón oscuro, de rodillas, entrelazadas las manos en apasionada oración. Después cerraron la puerta y no vi más.

Un día preguntaron por él y fui a llamarlo. El hermano Robinson y otro pastor, enterados de la «prueba» por que estaba pasando, habían venido a visitarle. Así se lo dije al oído en el descanso de la escalera, y se turbó de un modo extraño.

—Querrán que les descubra mi corazón. No puedo hacerlo. ¡Pablo, quédate conmigo! Traen buena intención; pero en cuestión de consuelo espiritual, en este momento sólo Dios, Dios solo puede darlo.

Así pues, fui con él. Eran dos pastores de las cercanías, ambos de más edad que Ebenezer Holman, pero evidentemente inferiores en educación. Me pareció que me miraban como a un intruso; pero me mantuve en mi terreno, acordándome del ruego del pastor, y cogí uno de los libros de la pobre Filis —del cual no entendía una palabra— para tener ocupación ostensible.

Al poco rato fui invitado a unirme a las oraciones, y todos nos arrodillamos, dirigidos por el hermano Robinson, quien hizo varias citas del libro Job, según recuerdo. "He aquí: has instruido a muchos; pero ahora te llega la hora y desmayas, te toca de cerca y estás afligido." Cuando se levantaron los demás, el pastor continuó de rodillas algunos minutos. Después se levantó y se quedó en pie frente a nosotros un instante antes de que nos sentásemos.

Después de una pausa, empezó el hermano Robinson:

—Dios te ha dado la oportunidad de dar un ejemplo de resignación.

El pobre míster Holman se estremeció visiblemente al oír estas palabras, porque la de "resignación" le parecía presuponer inevitable la terrible miseria de perder a Filis.

—Aun hay esperanzas —dijo como para sí—. Dios me ha dado un corazón firme para esperar, y no me adelantaré a la hora.

Después, volviéndose hacia los otros, y en voz más alta, añadió:

—Hermanos, Dios me dará fuerzas cuando llegue el momento, cuando sea necesaria la resignación de que habláis. Hasta entonces no tengo más que esperanza.

Esta visita fue la única interrupción en la larga cadena de cansados días y noches. No quiero decir que no se interesasen otras personas; creo que todos los vecinos rondaban por las mañanas la casa, hasta que se enteraban del estado de Filis Holman por cualquiera de los que salían; pero tenían el buen acuerdo de no acercarse, porque el tiempo de agosto era tan cálido que estaban constantemente abiertas las puertas y ventanas y penetraba en toda la casa el menor sonido de fuera. Estoy seguro de que los gallos y las gallinas lo pasaron muy mal, porque Betty los encerró en un granero vacío y los tuvo a oscuras varios días, aunque con poco efecto en lo que se refiere a su cacareo y cloqueo. Por fin, vino a la enferma un sueño que fue la crisis, del que se despertó Filis con nueva y lánguida vida. El sopor le duró muchas, muchas horas. Durante este tiempo apenas nos atrevimos a respirar ni a movernos; nos habíamos esforzado en esperar tanto tiempo, que teníamos miedo y no nos atrevíamos a confiar en estos signos favorables; la respiración, tranquila; la piel, húmeda; la ligera vuelta de color tenue a los labios pálidos y mustios.

Recuerdo haber salido aquella tarde, al oscurecer, a dar una vuelta por la calleja cubierta de hierba, bajo el sombrío arco formado por los olmos, hasta el puentecillo que había al pie de la colina, en donde se unía el camino de la granja de la Esperanza con otro que conducía a Hornby. Sentado en el bajo parapeto de aquel puente, encontré a Timothy Cooper, el trabajador estúpido, medio idiota, arrojando ociosamente pedazos de piedra al arroyo que por bajo se deslizaba. Me miró al acercarme, pero no me saludó, ni por

gestos ni de palabra. Por regla general, me hacía señales de haberme reconocido; pero creí que en este momento estaba taciturno, por haber sido despedido. A pesar de todo, me pareció que sería un desahogo para mí hablar con alguien, y me senté a su lado. Mientras discurría la manera de empezar la conversación, bostezó pesadamente:

—¿Estás cansado, Tim? —le pregunté.

—Sí —contestó—. Y me parece que ya es hora de irme a casa.

—¿Hace mucho que estás sentado aquí?

—Todo el día; por lo menos, desde las siete de la mañana.

—Pero, ¿qué has estado haciendo todo este tiempo?

—Nada.

—Entonces, ¿por qué te has estado tantas horas aquí?

—Para tener cuidado con los carros.

Se había levantado y sacudía y desperezaba sus entumecidos miembros.

—¿Carros? ¿Qué carros?

—Los carros que podían haber despertado a la muchacha. Hoy es día de mercado en Hornby.

—Me parece que es usted algo más torpe que un medio idiota.

Me guiñó un ojo como si estuviera midiendo mi inteligencia.

—¿Y te has estado sentado aquí todo el día para que no hubiera ruido en el camino?

—¡Claro! No tenía otra cosa que hacer. El pastor me ha dejado sin ocupación. ¿Sabe usted cómo se encuentra la chica esta noche?

—Esperan que despierte mejorada de este largo sueño. ¡Buenas noches, y que Dios te bendiga, Timothy! —dije yo.

Apenas hizo caso de mis palabras, y se dirigió pesadamente por un portillo a su choza; yo me volví a la granja. Filis se había movido, había pronunciado una o dos débiles palabras. Su madre estaba a su lado, poniéndole alimento en su boca, apenas consciente. El resto de los habitantes de la casa fue llamado para la oración de la noche, por primera vez después de tantos

días; era la vuelta a los hábitos diarios de los tiempos de salud y de felicidad. En aquellos días silenciosos, nuestras propias vidas habían sido oraciones mudas. Ahora, al encontrarnos en el gabinete, nos miramos unos a otros con un extraño sentimiento de gratitud en nuestras caras. Nos arrodillamos y esperamos la voz del pastor; pero este no empezó como de costumbre; no podía, se ahogaba. Y vimos sollozar al hombre fuerte. Entonces, el viejo John, volviéndose, dijo:

—Pastor, me parece que hemos dado gracias al Señor con toda nuestra alma, aunque no lo hayamos dicho; y tal vez Él nos comprenda esta noche sus palabras habladas. Dios nos bendiga a todos y conserve a nuestra Filis libre de todo mal. Amén.

Esta oración improvisada del viejo John fue todo lo que rezamos aquella noche.

Nuestra Filis, como la había llamado, mejoró día por día a partir de aquel momento. No muy rápidamente; algunas veces, ante la lentitud de la convalecencia, yo me desalentaba y temía que no llegase nunca a ser lo que había sido antes: en algunas cosas no ha llegado a serlo nunca.

Aproveché la primera oportunidad para contar al pastor la espontánea vigilancia de Timothy Cooper en el puente durante aquel largo día de verano.

—¡Dios me perdone! —dijo el pastor—. He sido demasiado violento en mi amor propio. Los primeros pasos que dé fuera de esta casa serán para ir a la choza de Cooper.

Casi no tengo necesidad de decir que Timothy fue repuesto en su empleo en la granja; muchas veces he admirado después la paciencia con que su amo trataba de enseñarle a hacer sus fáciles trabajos, que de aquí en adelante fueron ajustados cuidadosamente a su capacidad.

Filis fue traída al piso bajo, donde pasó hora tras hora casi en silencio en el sofá grande, colocado bajo las ventanas del gabinete. Siempre parecía la misma, dulce, tranquila y triste. Su energía de carácter no parecía volver con el vigor corporal. Daba pena a veces ver los vanos intentos de sus padres para despertar su interés. El pastor le trajo un día una porción de cintas de colores, recordando con tierna sonrisa una conversación de tiempos pasados, en que ella había confesado su amor por tales adornos femeninos.

Ella las recibió agradecida; pero al marcharse él puso las cintas a su lado y cerró lánguidamente los ojos. Otro día vi cómo su madre le traía libros latinos e italianos, a los que era tan aficionada antes de la enfermedad, o mejor dicho, antes de que se hubiera marchado Holdsworth. Esto fue lo peor de todo; volvió la cara hacia la pared y rompió a llorar tan pronto como su madre salió de la habitación.

Betty estaba poniendo el mantel para el almuerzo. Sus ojos agudos vieron el estado de Filis.

— Bueno, Filis —dijo, acercándose al sofá con fingida seriedad—, hemos hecho por ti todo lo que hemos podido, y los médicos han hecho por ti todo lo que han podido, y creo que el Señor ha hecho por ti todo lo que ha podido y más de lo que mereces también, si tú no haces algo por ti misma. Si yo fuera tú, me levantaría y me despacharía, antes que destrozar el corazón a tu padre y a tu madre, con tanto esperar y vigilar a que te dé la gana de abrirle paso tú misma otra vez a la alegría. Bueno; nunca me han gustado los sermones largos, y ya he dicho todo lo que tenía que decir.

Uno o dos días después, Filis me preguntó, en ocasión en que estábamos solos, si creía que mis padres la dejarían ir a pasar con ellos un par de meses. Se ruborizó un poco al decirme, tartamudeando, su deseo de cambiar de pensamientos y de escena.

— ¡Sólo por una temporadita, Pablo! Un poco nada más. Después... volveremos a la paz de los días antiguos. ¡Sé que volveremos; puedo y quiero!

FIN

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB